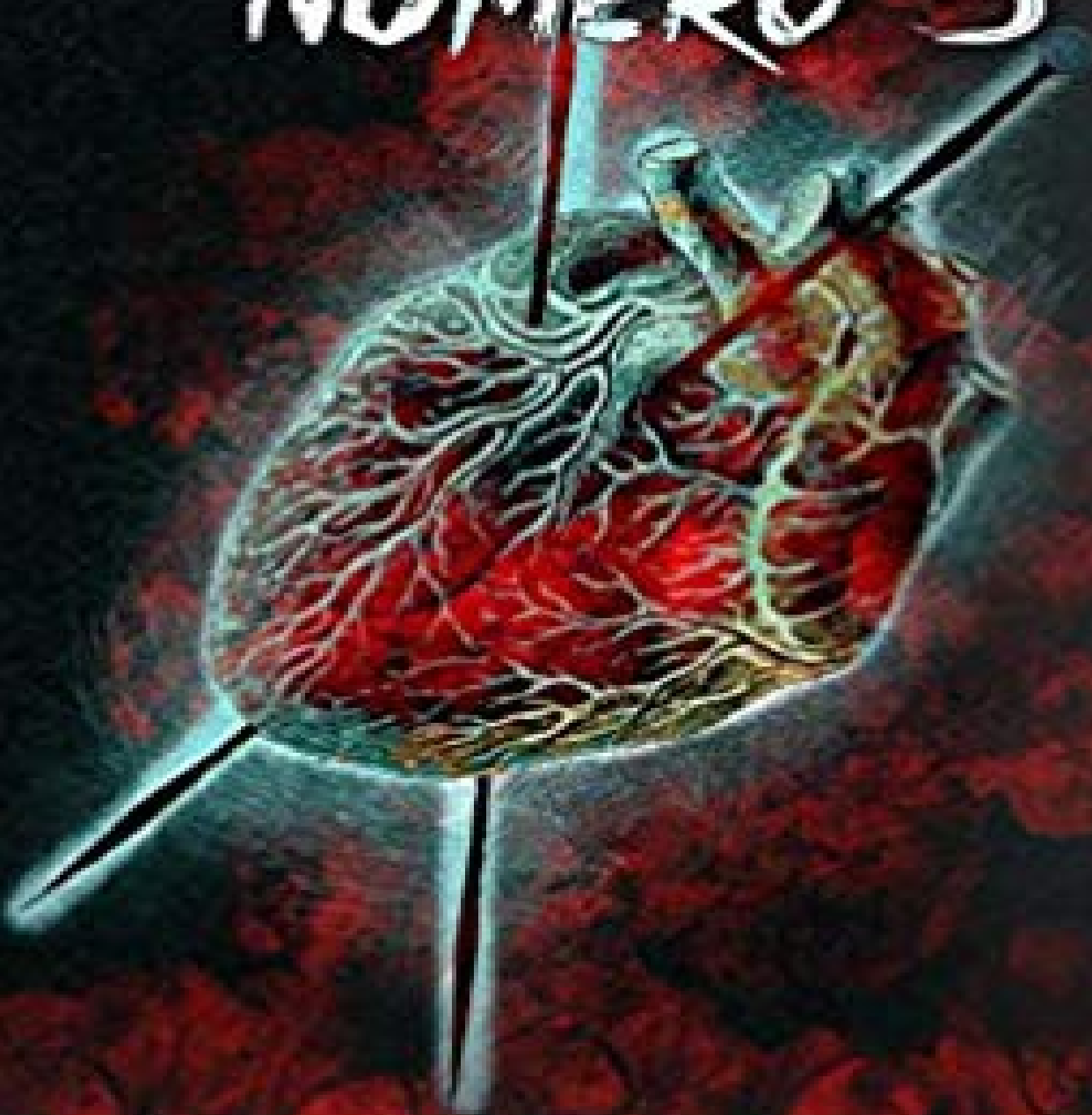


Obra protegida por derechos de autor

LA NIÑA DE LAS AGUJAS DEL NÚMERO 3



DANIEL DIEZ CRESPO

Obra protegida por derechos de autor

[Miradas sangrientas](#)
[El primer encuentro](#)
[El accidente](#)
[El rumor de un deseo](#)
[La zorra decapitada](#)
[Las heridas de un crimen](#)
[El dedo en la llaga](#)
[Muerte inesperada](#)
[Los pequeños detalles](#)
[Sospechas](#)
[Los ojos de la novia](#)
[El vacío de la muerte](#)
[Vela de cumpleaños](#)
[Vértigo sobre su piel](#)
[Los ecos de la batalla](#)
[Bocados de insensatez](#)
[Desliz emocional](#)
[Infidelidades mortales](#)
[Desanudando celos](#)
[La metralla del recuerdo](#)
[Puntadas finales](#)
[Biografía](#)

LA NIÑA DE LAS AGUJAS DEL NÚMERO 3

DANIEL DIEZ CRESPO

-1-

Miradas sangrientas

Por las frías y vacías pupilas de sus ojos se descolgaba un fino hilo de sangre. A sus inertes y finas agujas se aferraban los ojos de su víctima; ciegos, apagados. Eran como dos pequeñas cebollas desnudas; sin piel. Su doble trofeo despuntaba obediente, clavado a su arma. Ambas destilaban aún densas gotas de la sangre caliente de su madre. El cuerpo yacía muerto a escasos metros de mí y a nimios centímetros de ella. Me ahogaba aquel ambiente incómodo; inédito en mi vida. El pánico me abofeteaba una y otra y otra vez, de izquierda a derecha sin cederme un resquicio de aire que me permitiera aferrarme a alguna reacción. Cuando conseguí disparar un par de neuronas por las carreteras secundarias de mi cerebro, meramente logré dar un paso atrás, pero aún me invadía en exceso la

torpeza. El terror impedía agilidad a cada uno de mis músculos. No me mecía con soltura en aquella habitación adolescente.

Examiné su presencia. Silenciosa. Ella permanecía de pie, sin siquiera pestañear, exponiendo con indiferencia su terrorífico acto; satisfecha en la neutralidad que emanaba su rostro. Era demasiado aterrador; ficticio. Parecía más delgada en la sombra, lejos de la luz de estudio que tantas tardes nos había cosido en cierta manera. Emanaba serenidad, y sin que ninguno de los que aún permanecíamos con vida dijéramos una sola palabra, mantenía las agujas a la altura de sus diminutos pechos, imperturbables, presas por sus anoréxicas manos. Atesoraba un pulso gélido; casi inerte. Y en su carné de identidad solo había trece años de vida.

La misma Eva dulce y tímida que tantas tardes había oído reír con una suavidad infinita mientras escondía los dientes con las manos para ocultar su aparato dental, acababa de cometer sin piedad el crimen de su vida. La misma que, cuando le explicaba la lección, posaba una de sus manos con suavidad en mi brazo; idéntica que su madre. La misma que con mimo pelaba una manzana a media tarde y se la comía en pequeños trozos cortados casi de manera matemática. Era la Eva que un día sopló una vela de cumpleaños sobre una enorme magdalena de chocolate ante mi confundida mirada. Jamás vi en ella un mal gesto, un grito, un tacho o un aspaviento de rabia, enfado o desprecio. Siempre me pareció una niña dócil, débil, sensible y feliz. Y sin embargo, en apenas cuatro minutos, había logrado clavar las agujas a su madre, desencajarle las pupilas y venir a mostrármelas con la sangre aún latiendo en el aire. Yo estaba allí, sin poder dejar de mirar la escena ni un instante. La observaba sin pestañear. No me planteaba la razón de lo ocurrido. Tampoco las consecuencias del asesinato. Mi cuerpo permanecía de pie, inquieto pero inmóvil. Me sentía atrapado en otra dimensión, muy distante de mi habitual realidad. Buscaba un fino hilo de cordura que me despertara. Analizaba cada uno de los detalles de la escena en busca

de la ficción que me aliviara, pero todo se enhebraba con excesiva veracidad.

La puerta que separaba la habitación del pasillo permanecía abierta de par en par. Ella vestía sus habituales pantalones morados de pitillo, una camiseta verde que hacía mención a una ONG protectora del medio ambiente y sus zapatillas Converse negras. A su derecha quedaba la mochila de tela anaranjada que colgaba a su espalda, y de la que emergían aquellas famosas agujas del número 3. Con ellas tejía pequeños muñecos de lana que acumulaba en la habitación y aseguraba vender a sus compañeros de instituto. Yo tenía uno de sus muñecos, recordé de pronto al ver dos ovillos de lana de color rojo sobre una estantería. Lo había hecho idéntico a mí. Había logrado plasmar el color y la forma de mi rostro, y mi pelo castaño y alborotado. No había olvidado mis gafas para la vista, y me había vestido con una de mis habituales chaquetas de lana, unos pantalones azul marino y mis zapatos marrones. Aquel entrañable regalo, de repente, me horrorizaba.

Estuve a punto de decir su nombre en voz baja para sustraerla de la hipnosis, pero me abstuve. Eché un vistazo atrás. Caía la noche y apenas una luz artificial se colaba por la persiana. Dos libros de literatura, abiertos y luciendo fosforitos verde y rosa, descansaban a mi espalda ignorando todo lo sucedido. Junto a ellos, bolígrafos de colores, un lápiz y un cuaderno a la espera de concretar la rima y medición de varias estrofas líricas. Ella continuaba enfrente, tan albina e introvertida. Sus pies se posaban sobre el parqué, junto a un extraño y libre riachuelo de sangre. Relajada e impasible, abstraída de la habitación que nos había unido por primera vez, dirigía la mirada al frente, desnuda de sentimientos.

Tenía que actuar. No podía permanecer más tiempo allí. Los minutos caían uno sobre el otro y nada acontecía. Sin embargo, cuando la adrenalina nubla la mirada y la sangre que se observa parece real, se resbala veraz por el parqué, e incluso huele a

auténtica, uno actúa por impulsos, como en el sexo, sin lógica. Yo, que desde que alcancé mi madurez siempre me consideré una persona tranquila, fría, que prosperaba en la vida con los pies bien adheridos al suelo, midiendo con minuciosidad cada uno de mis pasos, pensando hasta tres o cuatro veces en las consecuencias antes de actuar, me veía desbordado por una niña de trece años. El gran aprieto se complicaba debido a que el extraño revolcón que me tenía mareado había arrancado hacía meses. Aquel crimen era el gran centrifugado. Descolocado, una punzada en el estómago despertó mis nauseas, mi vértigo.

Aceptar aquellas clases particulares y obtener una paga extra que me ayudara a pagar la letra del coche cada mes, me pareció entonces una buena idea. La amistad con su madre a través de una amiga me hizo decir que sí. Meses después, nada me parecía una buena idea. Mi Fiat Punto esperaba ansioso desde hacía diez minutos.

«No hay marcha atrás», pensé. Mi paso continuaba indeciso y huir iba a ser un difícil camino. Tendría que deslizarme entre Eva y su madre muerta, atravesar la escena del crimen, el charco de sangre que poco a poco era absorbido por la alfombra. «¡Qué demonios!» Sin lucha no hay victoria, dicen. Aunque sin ella tampoco hay derrota; la cobardía volvía a abofetearme. Me gustaban mis ojos y también las gafas de pasta de doscientos euros que compré con mi novia una tarde después de pasear por las Ramblas de Barcelona. Aquellos cristales con dos dioptrías y media los protegían, me enjuagaban la vista y me hacían una persona intelectual e interesante. Si bien, a la niña le veía capaz de atravesar mi escudo

ocular y alcanzar su objetivo. Aquella ejecución me parecía más espeluznante. Temblé.

Di un paso. Mi cuerpo crecía a su lado. Mi sombra era aún mayor sobre ella. Mi fuerza, sin duda, era instrumento suficiente para mandar al traste cualquier intento de ataque. Di otro paso. Todavía sentía pavor. Me faltaba confianza, la que hace fuerte a cualquier ser humano cuando actúa como contrincante.

—Eva —susurré de manera involuntaria.

El silencio continuó. Apenas creí ver un espasmo en su rostro. Intuitivamente también di otro paso hacia ella; la salida. Ya podía oler su perfume a frambuesa, dulce, mezclándose con ese agrio olor a muerte. Me aferré a la silla que tantas veces había utilizado. «¿Podría utilizarla como arma?». Su firmeza me otorgó una inyección de seguridad.

—¿Qué has hecho, Eva? —pregunté elevando la voz, olvidándome de los susurros.

De inmediato se desplomó. La pared sujetó la caída. Su espalda se posó junto a una estantería repleta de libros. Su cuello también perdió el equilibrio convirtiéndose en una mera espiga de chicle, y acto seguido, la cabeza chocó feroz contra la pared. Sus dedos se volvieron inertes, frágiles, y con ello, las dos agujas sangrientas, junto con los dos ojos, que se descolgaron y cayeron hasta hundirse en el suelo viscoso.

—¡Eva! —grité.

Di dos pasos hacia atrás y dos hacia delante a una velocidad palpitante. Me agaché buscándole la cara. Ella, desde una ortodoxa posición, de cuclillas, pegada a la pared, alzó la cabeza y me clavó su furia en un inédito e inhumano encaro visual. Golpeó con las manos abiertas el parqué, la sangre explotó y una infinita lluvia rojiza nos embadurnó las miradas de sangre. Me retraje y ella comenzó a chillar.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Sus lágrimas se unían con facilidad a la sangre de sus mejillas blancuzcas y el azote de terror, esta vez sí, aun oyéndola gritar, no me hizo dudar y huí.

El primer encuentro

Cruzaba las piernas. Inmovilizaba con su menuda mano derecha una larga aguja plateada a la que iba unido un largo hilo de lana del color del chimpancé que tejía. El ovillo se perdía sobre el césped, que a media mañana ya había olvidado la humedad del rocío de esos primeros días de septiembre. En la mano izquierda idéntica imagen. Ambas giraban en pequeños círculos de manera intermitente. Un movimiento lento pero continuo. Su piel albina resplandecía bajo su melena negra. En la amplitud del jardín se dibujaba más delgada. Sonreía levemente, como si tuviera un pequeño tic en los labios, y emanaba una extraña seriedad. Escondía en su mirada una timidez; un miedo; una dulzura extraña.

Aquella fotografía de Eva fue la primera que captó mi mirada. No sé si la busqué, la vi por casualidad o su aura me llamó la atención. Estaba sentada en una soledad que parecía desmesurada por el vacío que ofrecía aquel parque que quedaba junto al instituto. Ni siquiera cruzamos las miradas. Yo venía de mi descanso de la sala de profesores y caminaba hacia mi segundo café con leche del día. Ella parecía demasiado concentrada en una actividad más digna de una anciana que de una adolescente... El bullicio juvenil gastaba sus minutos de recreo en una lejanía excesiva para ella. Continué mi camino con su retrato en la cabeza. Se desdibujaba en mis pensamientos hasta convertirse en un bonito óleo.

La cafeína desapareció de mis venas, tracé unas primeras letras en la pizarra mientras mis veinte cuatro alumnos de 4º de ESO apenas prestaban atención, y la estampa de aquella niña seguía ahí. Nunca imaginé que, días más tarde, los dos chocáramos nuestras

miradas, y ella, sonriente, bañaría sus fríos y temblorosos dedos en mi gigante mano. Fue el comienzo.

Eva odiaba a sus compañeros de clase. Apenas salvaba a dos. «Tres siendo generosa», decía. Sabiéndose una niña, se sentía la patrona intelectual en aquel barco estudiantil de 2º de la ESO, que sin duda, navegaba con el viento de barlovento en contra y a la deriva. No toleraba las insulsas tonterías juveniles que emanaban de los «chulos-guaperas» imberbes capaces de todo y de nada. Ni a las «espejito-espejito» escondidas tras un exceso de maquillaje y realzadas por sus escotes atrevidos y minifaldas descosidas. Eva solo tenía dos amigos. Julia era la que toda la clase, incluso ella, consideraba «laempollona». Lo había ganado a pulso. Vestía clásico y se recogía el pelo rizado, voluminoso y áspero con una amplia coleta que le chorreaba sobre su espalda como si fuera una larga cola de caballo. Además, su madre le había colgado en sus orejas unas gafas de plástico de un tono marrón rancio que, junto a su ordenado estuche metálico de tres plantas, la convertían en una verdadera diana para el resto de alumnos. Era una chica con un tono de voz anoréxico y agudo. Se la conocía en clase por ser la que facilitaba los deberes y cualquier elemento de librería. En su estuche atesoraba bolígrafos de todos los colores, rotuladores —fosforitos—, lapiceros —sacapuntas de distintas medidas—, y portaminas —con su arsenal de minas—, pinturas, gomas de borrar para lápiz y boli y tìpex. Los «chulos-guaperas» eran los principales beneficiarios de su botín. Llevar estuche no estaba bien visto.

—No se lo dejes —le susurraba Eva en plena clase.

—¿Y qué hago? —preguntaba aún con ese sonrojo que se le

encendía junto a su piel anaranjada.

A Julia le gustaba David, el niño bueno y guapo de clase que traía a todas loquitas y al que llamaban «Da». Era un amor imposible. Sin embargo, con trece años el término inverosímil no existe y nada queda fuera del alcance.

—A ti lo que te pasa es que el «Da»... —decía Eva con recalcada ironía al decir su apelativo— te moja las braguitas.

—Putá —respondía Julia.

—Es verdad —presionaba con esa sonrisa estudiada frente al espejo para esconder sus braquets.

—¿Qué quieres qué haga? —El enfado y el sonrojo crecían en su rostro, pero en ningún momento dejaba de anotar lo que el profesor garabateaba en la pizarra.

—Deja todo en casa. Tráete un boli, un lápiz y un cuaderno como yo, y listo. ¿Para qué quieres más?

—Lo ves muy fácil... Yo necesito todo esto...

—Te mola, ¿eh? —fastidiaba de nuevo Eva.

En ese momento de la conversación, Julia siempre se veía salvada por la sombra del profesor, el susurro de algún compañero, o bien introducía la esencia de Iker en la conversación. Era el tercer amigo y el amor que perseguía a Eva desde hacía un año. Sin duda, Julia tenía más que indicios para picar. Este niño sentía por Eva un amor platónico de los que ya son inexistentes. Besaba el suelo que ella pisaba. Consentía todo lo que ella decía, pedía, hacía o mandaba. A Iker se le iluminaba la mirada hasta el deslumbre cada vez que del cuerpo de Eva emergía un sonido, un gesto, una mirada. Le estallaba el corazón en mil pedazos, preso de los nervios, si una caricia suya le peinaba la piel. Vivía enamorado a esa edad en la que el amor no tiene heridas, es irrompible y todo parece para siempre sin resquicio alguno para las dudas. Sin ella, el rostro le envejecería. A su lado emanaba una alegría de ensueño.

Iker se unió a Eva a través de una modesta estrategia que le

obligó primero a aterrizar en el pupitre de Julia. No era del grupo de los chicos extrovertidos que accedían por la puerta directa, levantando la barbilla, exhibiendo sonrisa y mirada para emitir con el cuerpo esa frase que canturreaba «aquí estoy yo, nena», y en realidad pensaba «¿Dónde estás tú, nena? Me da igual, pero búscame y mírame que soy tu regalo del día».

Este niño vasco, al que trajeron sus padres a Madrid con tan solo dos años, siempre necesitaba bordear para llegar al cielo. Utilizó la lectura como excusa. Julia, débil ante el sexo masculino, vio en su aparición una fantasía. Imaginó que aquel chico fuerte de pelo rizado, largo y rubio, y de ojos azul mar del Caribe, sería su primer beso. Pronto despertó devorada por un gigante NO.

—¿Qué tal está? —Eran esos nimios minutos entre clase y clase—. Yo me estoy leyendo la primera parte.

—Si te gustan los vampiros... —respondió con resignación, al tiempo que apresuraba a enderezarse sobre la silla, atusar el pelo y estirar la blusa.

—¡Me encantan! ¿Y a ti?

—Está... bien.

—¿Cuando termines me lo dejas?

—Es de Eva —se excusó señalando a la esquina, junto a la ventana, donde la muchacha tejía un pequeño gatito de lana.

—¿Ah, sí? —se sorprendió artificialmente—. ¿Le puedes decir que me lo deje?

—Vale —afirmó con frialdad pero atada a esa sonrisa bobalicona que le usurpaban todos los chicos.

Iker había visto leer el libro a Eva hacía semanas. Iker ya se había leído la trilogía hacía un par de meses. Sin embargo, acercarse él solo a ella por ese motivo literario le aterraba. Lo había intentado en varias ocasiones, pero en todas sentía un imparable y veloz temblor en las rodillas, seguido de un hinchazón en la vejiga y una sequedad en el paladar que le obligaba a tartamudear. Finalmente

fue en un recreo. Iker mascaba chicle a un ritmo endemoniado al tiempo que se mordía la yema de los dedos y pataleaba con el pie derecho. Eva sintió curiosidad, puso la calma, la distancia, e hizo valer su extraña madurez. Por su parte, Julia quedó como mera espectadora en una esquina y acabó desapareciendo sin que ninguno supiera el momento exacto. Con el paso del tiempo, la amistad entre ambos creció, pero nada cuajó. Nadie enhebraba lo que solo uno deseaba. En un año apenas habían tenido dos citas y las dos fueron con la esencia cinéfila como protagonista. Eva había aceptado por la necesidad y el deseo de ver ambas películas. Iker moría por atravesar el muro que le impedía rozar su piel, y en la última proyección, sirviéndose de la oscuridad, se arrojó al vacío. Puso bonitas palabras aduladoras, sonrisas y tímidos acercamientos. No era él, pero ya había sido él mismo y los labios de ella seguían a idéntica distancia; muy lejos. Cuando apenas transcurría la hora de cinta, los dedos de Iker se movieron sutilmente por el posabrazos y cayeron sobre los de Eva. Ella tuvo un espasmo incómodo, como si le azotaran con un látigo, como si le hubieran empujado a otra dimensión. Retiró el brazo clavándole una ciega mirada a Iker y entregó de nuevo sus pupilas a la pantalla. Él ni siquiera vio sus ojos. Quizá por ello el segundo intento llegó minutos después. Levantó el brazo y lo trató de deslizar por detrás de sus hombros con suavidad. Eva percibió el movimiento, alzó el codo con brusquedad, le golpeó en el antebrazo y detuvo su intención. Le escupió una mirada repleta de furia, y una nimia dosis de sorpresa y desagrado. Fueron tres segundos. Nadie se dio cuenta, pero la otra mano, libre, sujetaba con ímpetu una de las agujas que asomaba de su mochila. Acto seguido, regresó a la película. Ninguno volvió a comentar aquello.

Aquel extraño contratiempo no le sirvió a Iker como derrota. Eva era su muro, el que amaba y por el que lucharía. Chocaría todas las veces que fuera necesario. Julia se convirtió en la almohada que amortiguaba los golpes.

Eva, sin haber encontrado aún la manera, quería huir del instituto cada mañana. La necesidad la devoraba cada lunes, cuando tras días de paz volvía a pisar el artificial camino que la llevaba hasta su aula. Para ella, el fin daba comienzo cuando el autocar frenaba bruscamente y las puertas se abrían empujándola al frío aún nocturno de la calle. El rocío del césped custodiaba su camino, y sus pasos la sumergían entre lo que ella consideraba un rebaño de adolescentes vacíos pero repletos de hormonas. En los chicos únicamente abundaba alcohol, sexo, «playstation» y el fútbol, aunque esto último no en todos los casos. En las chicas solo había moda, ellas, su belleza, los chicos y de nuevo ellas. «Son unas petardas que viven en una minúscula burbuja repleta de espejos para verse mejor», arremetía Eva cada vez que las veía contonearse por en medio de la clase. Enfundadas en idénticas prendas de tiendas como «Bershka, Pimkie, H&M, Zara y Pull & Bear», eran hermanas con una similitud asustadiza. Esta se agudizaba con un peinado idéntico. Y al aspecto terrorífico había que añadirle el piercing labial que se había puesto de moda y que se clavaba en uno de los lados del bigote. «El día de la grapa vacuna faltamos a clase, ¿no?», ironizaba con Julia.

Con una de esas chicas Eva había mantenido una pequeña relación de amistad. Fue como ciertos amores, que tras el verano se evaporan por el exceso de calor. El curso había vuelto a arrancar y Almudena, que ahora, sin saber el motivo, se hacía llamar «Almu», había desaparecido. La antigua chica morena de pelo rizado se escondía tras unos considerables pechos para 2º de la ESO, una importante capa de maquillaje, dos aros descomunales para sus orejas y una vestimenta de «furia discotequera». Eva no volvió a cruzar la mirada con ella. Habían compartido amistad desde los cinco años, pero ahora, al cruzarse por los pasillos eran completas desconocidas. «Almu» era, sin que Eva supiera cómo, del grupo «espejito-espejito».

Yo siempre quise ser un profesor distante con los alumnos. Jamás me involucraba más allá de mis cincuenta y cinco minutos de clase. Reservaba mi espacio y tiempo a sus clases, y en cuanto la campana sonaba, me retiraba sin permitir el acercamiento. Sus palabras torpes e insulsas, su olor corporal y sus miradas vacías me aborrecían. Que Concha me planteara clases particulares de manera excepcional como «gran favor» a una amiga, solo me atrajo por dinero. «No es de mi curso», alegué en un principio. «Mejor, ¿no?», tentó ella. «¿Cuánto?», acepté.

Dos días después conocí a la madre en la cafetería del instituto. Mayor, pero cuidada. Barnizada con una densa crema, maquillaje y una vestimenta atrevida para su edad. Lo acordamos con rapidez. El resto del café lo dedicamos a hablar de nuestras vidas. Todos los jueves. Sin concretar las horas. «Según necesidades», apuntilló ella con una débil sonrisa. La madre resultaba simpática, sonriente, excesiva en las caricias. En apenas diez minutos había llegado a acariciarme el brazo una decena de veces. Se despidió con dos sonoros besos en mis mejillas.

Lo que ocurrió después fue totalmente inesperado. Quizá, la primera gota del diluvio que me atormentaría en el futuro. Yo estaba enfrascado en esa soledad aterradora que almacena un aula vacía después de clase. Ella apareció con una sutileza extrema; como un fantasma. Eva siempre fue un fantasma a la hora de caminar; flotaba. No sé cómo, pero me hizo temblar. Las hojas de mis apuntes se desordenaron. Su suavidad no tintineó sobre el suelo de azulejos. Como una pluma que se desliza por el aire. Y no sé qué fue primero,

si su voz, su aroma dulce o su mirada penetrándome desde la distancia.

—¿Eres Marc Parrot?

El accidente

Pronunció mi apellido con acento en la «o». Sonreí, pero ella se mantuvo seria. Le corregí con media sonrisa, queriendo ser simpático. Ella continuó distante, junto a la puerta, excesivamente sobria. Sí me miraba a los ojos, sin cobardía, como un adulto que posee una seguridad en sí mismo e inamovible; como un dique inerte que no se inquieta ante las desbocadas olas de un colérico mar. Le sostuve la mirada. Sus profundos y oscuros ojos realzaban su piel albina, y por alguna extraña razón, engrandecían su menuda presencia. Me desnudaba. La vergüenza me apresaba. Yo, sin poder evitarlo, bebía a sorbos inagotables el ridículo; cada vez más extremo. Su crecimiento no cesaba. No podía creer que a mis treinta y siete años estuviera retrocediendo a una escena de adolescencia tímida y estúpida. Era solo una alumna de apenas trece años. En aquellos primeros instantes, mi intuición no dilucidó que iba a ser la protagonista de mis clases particulares.

Después de tres escuetas frases, el silencio sostenía una densidad demasiado confusa. La tensión no podría cortarse con unas simples tijeras. Eran cables de acero atravesando y uniéndonos. Éramos marionetas inamovibles. Su aparición había sido un ciclón que había fulminado el aula como escenario. Era un decorado circunstancial. Durante segundos, su fuerza y atrevimiento habían borrado la realidad como una tiza que muere en la pizarra; todo era demasiado borroso.

—¿Qué quiere, señorita? —bromeé amable tratando de desdibujar la tensión. Me acerqué y le tendí la mano.

—Mi madre me ha dicho que vas a ser mi profesor particular.

Sus palabras me sirvieron un gran revolcón. Me apresaron por sorpresa. La palabra «particular» me golpeaba en la cabeza, y con ese eco, perdía de nuevo el control de una situación que creía haber dominado durante unos segundos al tender mi mano y reiniciar la conversación. Ella dio dos pasos nerviosos y nuestras pieles se unieron. Su diminuta mano se escondió en la mía. Sostuvo la mirada, pero al instante se despegó de mí. Sus fríos dedos le quemaban pegados a los míos. La palma de mi mano sudaba. El paladar se me reseca. Rasqué mi lengua por el cielo de la boca, pero la humedad seguía ausente entre mis dientes. Pese a todo, opté por prolongar mi tono jovial y jocoso. Erré.

—Vaya, vaya... —la voz me salió excesivamente infantil—. Así que tú vas a ser mi alumna preferida.

—No —contestó al instante.

El gesto le cambió. Creció en seriedad. Dio un paso hacia atrás, dudó si girar y marcharse, dio otro paso más hacia atrás y se desfundó la mochila. Ya no me miraba. Escondía la cara bajo su melena. Bajó la cremallera y extrajo sus dos agujas. Una en cada mano. De ellas caían dos finas tiras de lana marrón cuyo ovillo intuía que reposaría en el interior. Se aferraba a ellas con fuerza. Yo entrecerré la mirada y también vacilé en mi posición. «¿Qué hacía?» «¿A qué jugaba?»

—Ellas son mi prioridad —afirmó mostrándome las dos agujas, colocándolas en cruz—. Los jueves me vienen fatal las clases. Tengo tres horas reservadas a ellas.

—¿Los miércoles? —pregunté de manera espontánea.

—Tampoco... Ellas también —respondió con una falsa resignación.

—¿Hay algún día libre? —insistí cansado del juego.

—No. —Se enfundó la mochila y volvió a congelar su mirada sobre la mía sin soltar las agujas; una en cada mano.

—Tendrás que hablarlo con tu madre —le advertí con austeridad.

Las dos agujas pasaron a una mano. El hilo seguía perdiéndose en su mochila. Ella no disparó una sola palabra más. Únicamente me miraba. Estaba allí, de pie, frente a mí. Yo no sabía por qué no había zanjado aquel encuentro. Habría arrancado hacía ya diez minutos. Permanecí quieto.

—No quiero verte el jueves —concluyó.

Con una perfecta habilidad encestó las agujas por la ranura de la mochila, que permanecía abierta sobre su espalda. Mantuvo la mirada sobre la mía unos segundos; brillante, firme y sin parpadeos; segura de sí misma y neutra; completa. Quise que me soltara pero ella no movió un ápice sus pupilas.

—¿Qué tejes? —pregunté.

Su mirada se hundió. «Al fin», pensé. Me soltó como si mi pregunta le hubiera dado un calambrazo. Levantó los ojos con extrañeza. Al fin vi la niña. Sorprendida, se acercó con una lentitud excesiva. Cada segundo más menuda físicamente, y si embargo, su presencia lograba intimidarme, acobardarme, empequeñecerme.

—Un mono —musitó con una voz anoréxica.

—¿Lo puedo ver?

Mi pregunta inmediata volvió a sorprenderla. Ella accedió. Volvió a descolgarse la mochila, abrió la cremallera y me cedió la parte del mono que había tejido, aún unido a los dos flejes de lana que nacían en las agujas. No soltó su herramienta de trabajo ni un solo instante. Examiné el mono y se lo devolví. Entonces algo extraño en la punta de una de las agujas. Era una pequeña mota granate. Como una mancha de sangre.

Después de que ella desapareciera del aula, un minuto después de enseñarme su mono, no volvimos a cruzarnos por el instituto. Ella volvió a guardar el muñeco y las agujas, se colgó la

mochila tras decir un escueto «me voy», y con un concluyente «adiós» desapareció de la clase.

En poco tiempo comenzaron a pararme las alumnas del colegio, pero sin aflorar un solo rastro de Eva. Era como si se hubiera borrado de aquellos pasillos. Como si hubiera sido todo un sueño. Y yo, en vez de olvidar, me obsesioné. Tan absurda y enorme fue la obstinación, que me acerqué al despacho de Concha para preguntar por ella. «Está en la «A»», respondió escueta porque su concentración era absorbida por varias cuadrículas horarias. Emití un escueto «gracias», y como si encontrarla fuera de una necesidad, un vicio ausente, caminé enrabiado hacia su clase esquivando el pasotismo juvenil, cargado de risas, aroma a hachís, sudor, risas y griterío. Ascendí por las escaleras y avancé preso de los nervios. El corazón se me aceleraba. Un poquito más cuando la «A» gigante sonreía sobre la puerta abierta. Alumnos en pareja o en tríos entraban y salían a la espera de que llegara el profesor. «¿Qué estaba haciendo?» «¿Qué iba a decir?». Las preguntas frenaron mi acelerado paso y alimentaron mis dudas. Si bien, no iba a darme media vuelta. Disimulé, me asomé al interior y pregunté tembloroso por el profesor Paulino. No llegué a oír mi voz. Mis ojos recogieron todos mis sentidos y buscaron sin resultado por todos los pupitres. La respuesta de los que ocupaban el aula fue gritada. Ella no estaba. Ni ella ni el profesor. Sin embargo, sí vi su mochila. En la esquina, las agujas sobresalían; únicas.

Traté de no volver a dejarme llevar. Olvidar. Los días posteriores, solo esperé a que el azar nos cruzara en los pasillos. El subconsciente me hacía vigilar, pero no hubo casualidad.

Su barrio lo protagonizaba una hilera de viviendas uniformes, de ladrillo, de no más de cuatro plantas. Era un barrio obrero sin zona azul, lejos del centro de la ciudad. Las hojas cubrían los bordes de las aceras, los árboles se desnudaban. Abundaban los coches sucios y abandonados. Fue fácil aparcar. Eran las seis de la tarde. Cogí una carpeta y caminé raramente embargado por la zozobra de la

primera vez. El silencio despistaba y hacía olvidar el bullicio urbano. El frío, que comenzaba a desfilarse a gran velocidad por la calle, no encontraba rival humano. Tras las persianas bajadas, las primeras luces tímidas que escondían el calor de los hogares. Casi al final de la calle, su portal. Pulsé, contestaron, y abrí cuando chirrió el timbre.

Su madre volvió a liberar sus caricias sobre mis brazos. Me dio dos besos, me piropeó, sonrió y me ofreció de comer y beber.

—¿Nada, seguro?

—Nada... —Sonreí—. Tranquila, no se preocupe.

Nos mantuvimos un tiempo en silencio. Yo sondeé la decoración de la casa. Ella me examinaba mientras jugaba con un paño y reordenaba la cocina. Me empujó para que anduviera hasta el salón. Allí continuó reorganizando los detalles. Se mezclaba lo antiguo y clásico con pequeños detalles modernistas. Daba la sensación de que la madre quería avanzar hacia la actualidad decorativa, pero todavía había demasiados retazos del ayer inamovibles en las estanterías.

—Está encerrada en su cuarto —cuchicheó sin mirarme—. La última puerta del pasillo.

Sus palabras pusieron fin e inicio. Ella se quedó doblando la manta, me dio la espalda y cerró nuestra escena. De inmediato entendí que iba a tener que iniciar yo solo el siguiente pasaje.

Me re Coloqué la carpeta bajo el brazo derecho, y tras despedirme con un mínimo gesto visual, me adentré en aquel pasillo. Toqué con los nudillos suavemente en la puerta de su habitación. No hubo respuesta. Miré hacia el pasillo. Ni rastro de la madre. No iba a ayudar, me convencí. La pelea era mía. Insistí y acerqué la cabeza. Identifiqué la música. Las guitarras sesenteras de los Beatles me sorprendieron. Giré la manilla y empujé. No chirrió. Una suave luz de estudio iluminaba su figura. El resto del cuarto se mantenía en la sombría oscuridad del atardecer. Di un paso y saludé con un tímido «hola». No se movió para mirarme. Continuó hilando. Sentada sobre

la cama, con la cabeza hundida y las piernas cruzadas, removía sus muñecas en pequeños círculos. Tejía concentrada. No movió la cabeza para reparar en mi presencia, únicamente se movían sus brazos y manos.

—Tenemos clase —anuncié con una sonrisa y decisión.

De pronto un silencio. Creí que romperíamos la distancia, pero el «Let it be», un clásico, se adelantó. No me atreví a cambiar la música ni a pararla. Eva mantenía la postura, absorta en su trabajo. Las agujas parecían pequeñas extensiones que salían de sus pequeños dedos. La lana era una serpiente de color rojo que daba vida a un nuevo muñeco. En esta ocasión ya no era un mono. Decidí posar mi carpeta en su escritorio. Examiné la habitación y me gustó la acumulación de libros sobre una larga estantería. Y en ese instante, tomé la decisión. Tenía que detener aquel absurdo juego de su omisión hacia mi persona.

No sé si dije su nombre, o simplemente lo pensé. Me dirigí en silencio hacia ella. Todo sucedió a una velocidad extrema y lenta al mismo tiempo. Cuando ocurrió, lo sucedido era como un sueño pese a que aún sentía arder la sangre en mi mano.

Quería parar aquella pasividad de inmediato. Deseaba que me mirara, que me dijera algo, aunque fuera un burdo «paso de ti, vete». Necesitaba su atención, y ella se empeñaba en escupirme un vacío inmenso. Mi cuerpo se coló entre la luz de la lámpara, me recliné levemente, y cuando vi que sus muñecas se detenían un segundo, actué. Ella ya sabía que yo estaba allí. Su organismo ya brindaba un desagrado por mi presencia. La poca luz que le permitía tejer la había ahogado mi espalda. Me agaché y me dirigí hacia sus agujas. Quería arrebatárselas, quitar de en medio esa extraña afición para que ella y yo habláramos cuerpo a cuerpo, sin lanas ni tejidos de por medio. Fue mi mano derecha la que lanzó el ataque. Iba a arrebatárselas con ímpetu y fuerza para que no hubiera un «tira y afloja» que convirtiera la escena en más estúpida. Sin embargo, el

flequillo que cubría parte de su ojo bailó hacia un lado y otro, se alzó y dejó su pupila furiosa al descubierto. Ella izó la cabeza, escondió uno de sus brazos al percibir mi acecho, y con una velocidad vertiginosa y concreta impulsó el otro hacia delante. Como un cuchillo virgen que busca deseoso su presa y que se colma de orgasmo infinito al atravesarla. Creí ver satisfacción en su mirada; quizá lo soñé. También creí percibir que emanaba placer de su sonrisa, bajo su mirada vidriosa, cuando la punta de su aguja se hundió en mi piel. El pinchazo hirió con sutilidad pero firmó la llaga impregnada de rabia. Me cazó desprevenido. Emití un grito seco que me aceleró el corazón, y al ver la sangre, me retiré como un perro acobardado; arrugándome como un niño. El duro metal colándose entre mi piel escocía horrores. Cuando di esos pasos atrás, ella no se retiró con suavidad. Con una furia descontrolada, rajó. Su movimiento había sido habilidoso, veloz y sin una pizca de inseguridad. En la otra mano, rezagada, aún sostenía, en posición de ataque, la otra aguja, la que escondió y yo no había llegado a alcanzar. Di dos pasos más atrás y miré mi mano. La herida era profunda y cruzaba desde mi pulgar hasta mi dedo meñique. Un denso hilo de sangre comenzó a nacer y engordar sobre mi piel. Ella se aferraba con fuerza a sus dos agujas, como si ellas le mantuvieran en equilibrio. De ellas continuaban colgando dos finas trenzas de lanas. Permanecía sentada, con las piernas cruzadas. Bajo su vientre, un muñeco a medio hacer. Ambos en silencio; mirándonos.

Una gota púrpura resbaló por mi mano suavemente, se descolgó, voló y murió en el parqué. Olvidé el latir dolorido y nervioso de mi herida. Ella volvía a mirarme fijamente, como el día del aula. Yo esperaba una explicación, una disculpa. La mitad de su ojo izquierdo quedaba escondido bajo su flequillo. Por un instante, vi nacer en sus labios una media sonrisa. Aquel gesto desgarró mi aparente calma y me empujó a un pánico inédito.

El rumor de un deseo

Me observé la mano, como si en aquella herida viera mi futuro. Un delgado espagueti rojo serpenteaba en mi palma, desde el meñique hasta el pulgar. Roja la vida, blanca la piel. Las líneas que siempre estuvieron allí parecían desdibujarse, convertirse en nuevos caminos, todos sin destino; sin salida. La fisura se ensanchaba y la sangre emergía con lentitud. Su aparición daba vida a la historia que me empujaría a infinitos kilómetros de mi habitual realidad.

Cuando hundí la cabeza, descubrí que varias gotas de mi vida agonizaban todavía cálidas en el suelo. Mis rodillas se debilitaban y sufrían un perenne cosquilleo que me abrasaba el estómago. Era miedo. La vejiga se me debilitó y sentí náuseas; ganas de orinarme encima. Incluso percibí una debilidad descontrolada en mi esfínter. Mi corazón, atragantado, tosía cada uno de mis latidos atropellados. Alcé la mirada. Ella había perdido el impulso y el brío; la erección metálica del tres. Mi sangre aún despuntaba en aquella afilada arma. La niña, con las piernas cruzadas, estática, continuaba abstraída; ajena al percance. Su cuerpo quedaba a apenas dos pasos. Su alma, lejos; demasiado lejos de la mía. Eva, la niña que había estrechado mi mano hacía unos días en aquel aula, no era Eva en aquel instante. ¿Y yo era yo en aquel cuarto? Tal vez tampoco.

Me apoyé en el escritorio, busqué su mirada, la encontré vagamente, y entonces hice la absurdidad que me convenció de la anterior cuestión. El gesto lo motivó el título de un libro que reposaba en la mesilla de noche de la niña: «Sangre de frambuesa». La ilustración la protagonizaba un vampiro entre luces y sombras dibujadas con denotada intención. Expresé determinación, me senté

a su lado, y mirándonos, saqué la lengua como si fuera a comer un limón. Con miedo, la acerqué hasta la palma de mi mano, y cuando esta se emborronó por la proximidad, lamí. La hinchada línea de sangre desapareció. El sabor me recordó a la última vez que mi nariz sangró.

—¡Vaya! No sabe a frambuesa...

Las agujas se libraron de sus manos. El sonido metálico tintineó en el parqué. Su abstracción desapareció como un truco de magia y la niña cobró vida. La desmesurada tensión que albergaba su menudo cuerpo se esfumó. La mirada que había estado suspendida en una extraña transición inerte fue sustituida por unas pupilas vergonzosas, desorientadas, tímidas y temerosas. Me examinaba. Primero se detuvo en la herida, después en mis ojos, acto seguido en sí misma; escondida. La sangre volvió a emerger con lentitud.

—¿Quieres? —bromeé.

—Lo siento —dijo su voz seca—, fue sin querer, no sé qué ha pasado...

—Tranquila —calmé al verla temblar y contener los sollozos—, ¿tienes vendas o algo para curar la herida?

—Me concentro mucho en esto... —continuaba sin escuchar.

—Preguntaré a tu madre.

Sonreí y esperé a que el silencio la obligara a mirarme. Lo hizo. Me levanté y abandoné el cuarto. Caminé hacia el baño, eché agua sobre la palma de mi mano y apreté la mandíbula. Escocía como si el agua oxigenada me estuviera supurando la piel. La profundidad del corte me asustó. De pronto, oí voces. La madre gritaba. De inmediato tocó a la puerta. Abrí, y enseguida, después de continuos «mil personas», me facilitó una venda. La mano seguía laténdome con fuerza, como si necesitara explotar. Me punzaba por la fuerza con la que la madre me había apretado el vendaje. Para bien, el sangrado, con la presión, parecía cesar.

—Tendremos que empezar otro día —traté de minimizar lo

ocurrido.

La madre, que en ningún momento había usurpado el cuarto de Eva, se ofreció a acompañarme a Urgencias. La figura de Eva permanecía escondida entre las sombras que emitía su lámpara de estudio. Sus agujas, con dos motas que evidenciaban lo sucedido, subsistían inertes en el suelo.

—¿Mañana? —susurró con un fino hilo de voz avergonzado.

—El lunes, mejor —respondí en cuanto oí sus palabras colándose entre la voz alterada de la madre. Abandoné el pasillo y volví a introducirme en el cuarto a paso lento—. El lunes empezamos de verdad, ¿vale? Y tranquila, Eva, solo fue un accidente.

Ella afirmó con un vaivén suave, acariciándome de nuevo con una mirada que arrojaba tranquilidad; como un suave oleaje excesivamente pudoroso que debe de besar la orilla. Me atreví a acariciarle el cabello con mi mano intacta, pero sin liberarme del miedo y la duda. Noté un intenso calor al frotar su pelo, y cuando giré el cuello, visualicé la transformación que dibujó su gesto. De repente, lo protagonizaba una cuidada sonrisa embriagada de timidez y arrepentimiento. Aquellos segundos me ahogaron la respiración. Su ternura era insólita. Ella no retiraba mis caricias ni un instante. Disfrutaba de mi tacto, mirándome. Eva era como un gatito nervioso que aún respiraba acelerado por lo desconocido. Me conmovía lo fácil y veloz que caminaba de la furia e imbatibilidad a la fragilidad más débil. Ella escondía sus braquets al sonreír y, por primera vez, me miraba como una niña. La afabilidad me envolvió. Había dejado que una pequeña luz entrara en nuestro entorno.

Al mirarnos, vislumbré la llama que necesitaba encender. Era un brillo deseando cegar de hermosura. Y yo me veía obligado a prender toda aquella luz. Hacer de aquella lejana estrella un enorme sol. Me creí ridículo escuchando aquellas palabras en mi cabeza, pero no podía callarlas. Minutos después, camino del centro de salud, no lograba borrar el fotograma de su bello gesto infantil; tímido y

arrepentido. Mientras las palabras de la madre golpeaban contra mí, en un vacío auditivo, me conjuré para ayudarla a despegar, a crecer, a desplegar sus imponentes alas hasta ver que volaba sin vergüenza ni miedo por cualquier rincón del planeta. Puliría la llave de aquellas rejas vitales que la impedían pisar con seguridad el exterior.

La madre me pagó el día y trató de convencerme para cancelar las clases. Yo me negué con rotundidad.

—Eres demasiado bueno —dijo con voz dulce—. ¿Te duele?

—Ya menos.

La madre me tenía cogida la mano vendada; vigilando que todo fuera bien. Con la otra me acariciaba la parte superior de la espalda. Yo sonreía incómodo. Y cuando esperábamos uno de los semáforos peatonales que nos llevaba a casa y a mi coche, empezó a contar una pequeña porción de algo, que sin duda, hacía tiempo deseaba expulsar:

—No puedo, Marc. Intenté quitarle las agujas hace varios meses, pero se volvió histérica —reveló—. Jamás lo he vuelto a intentar... Pero por ellas descuida tanto los estudios...

—¿Cuándo empezó?

—Al morir su padre.

Que dijera su padre y no su marido me hizo especular. Apliqué el paso, me quedé mirándola, pero no pregunté. Además, ella siguió caminando. Su mirada se perdía en un abstracto vacío del frente.

—Desde que él se fue nada ha sido lo mismo, o sí, no sé. Tal vez es la edad de Eva y ha coincidido todo...

Hablaba, pero no a mí. Yo era la circunstancia que la acompañaba. Era un pensamiento en alto; tal vez, una confesión embarazosa que anhelaba expulsar.

—¿Hace mucho? —pregunté cuando vi que la pausa no moría.

—Tres años. Las encontró en el desván. Eran de abuela. Un día las limpió, las afiló y de unos viejos cuadernos aprendió a tejer.

—¿Las afiló? —la pregunta enarcó mis cejas.

—Abuela siempre las afilada. Decía que mantenía a raya a los hombres y que se cosía con mayor seguridad. Si no pinchan, las agujas están vacías por dentro; sin sentimiento; sin alma. Es su personalidad, decía. Era otra época, no sé.

—¿Y su abuela atacó a alguien...?

En ese instante me arrepentí de la broma. Ella lo entendió y emitió una leve mueca sonriente con sus labios.

—Si alguno se intenta sobrepasar, hija, le atacas, le decía a Eva. Siempre nos hacía gracia, no sé, no creí jamás que lo haría. Contigo ha sido la primera vez, lo prometo.

—¿Ella también hacía muñecas?

—También...

—¡Vaya! —La sorpresa me estaba aturdiendo— Le asusté, nada más...

—Sí me gustaría que no comentaras esto a nadie —pidió antes de despedirnos—. Eva ya tiene suficientes problemas en el instituto.

Acepté complaciente. Antes de subirme al coche me dio un suave abrazo y me besó en la mejilla. Volvió a acariciarme el brazo y susurró un dulce «gracias por todo», continuado por un «cuídate». El botón del mando a distancia abrió las puertas del coche, la madre desapareció tras el portal, yo arranqué y conduje a casa con la incomodidad de los mordiscos que me producían la herida en la mano.

En casa, Verónica descansaba en el sofá, en bata, concentrada en la televisión. Me acoplé a su lado. La tele tenía como protagonista a diez seres humanos que vivían entre cámaras en una casa de Guadalix. Aquella noche, mi cabeza fue incapaz de expulsar a Eva.

Eva despertó sudorosa por una pesadilla y por el nórdico que su madre le había comprado. Si bien, no podía recordarla. Sonriente se dirigió al baño, mirándose al espejo acarició su melena rememorando. La mueca risueña engordó. Regresó a su cuarto, levantó la persiana, y cuando la luz se coló por la ventana sin miedo, una carpeta desentonó en su escritorio. Las agujas inertes brillaron en el suelo. Miró a la mesilla y cogió el libro. La imagen de aquel profesor lamiendo sangre le hizo reír. Se acercó con lentitud hasta las agujas. En la punta de una de ellas la sangre era una costra seca. Sonrió. Caminó de nuevo hasta el baño y las lavó. Como un remolino, aquel rastro se perdió junto al agua y el jabón por las tuberías.

Por algún motivo, Eva había despertado jovial aquella mañana; justo un día después de su ataque. El mundo parecía distinto. Había sido como un bofetón; como caer desde el cielo y golpear contra el suelo, morir y despertar del sueño. Tenía ante sí una realidad que parecía brillar de otra manera. Se avistaba otro color en algunos retazos, como a un lagarto cuando muda la piel. El disfrute de la soledad que tanto había deseado para evitar lo absurdo y el vacío de la vida que la rodeaba, se rompía por un profesor de gafas y pelo revuelto. Aquel chico de metro noventa la ofrecía algo distinto; inédito. Todavía no sabía el qué, pero lo averiguaría.

El instituto, en pleno otoño, también le ofrecía otro color a Eva. Quizá ahí del «prisma» con el que se mire la vida...

Los alumnos que caminaban reían, hablaban, fumaban y gritaban, pero no molestaban a Eva, que con su mochila anaranjada, sus agujas del número 3 amenazando al cielo, su mismo peinado, idéntico gesto y caminar, recorría la única senda que le llevaba a clase.

—¿Qué llevas? —preguntó Julia por la espalda.

—¡Joder! ¡Qué susto!

Eva se retiró y golpeó en el hombro a su amiga.

—Perdona... —Sonrojada mantuvo un silencio temeroso.

Miró la carpeta bajo su brazo e insistió—. ¿Qué es?

—Una carpeta, ¿no lo ves? —alegó con evidencia extrema.

—Ya, imbécil —respondió ofendida—. Pero dentro qué hay, digo.

—No te interesa —zanjó.

Julia vio como Eva aceleraba el paso. Julia trató de alcanzarla. La carpeta que su amiga veía era algo tan inusual que no podía resolver así aquel «secreto». En ese instante, al examinar el clasificador con detalle, dio con la pista que allanó parte del misterio. En una esquina, a ordenador, venía escrito un nombre: «Marc Parrot».

—¡Joder, tía!

—¿Qué?

—Es del profe «tío bueno».

Eva clavó la mirada en Julia. Se detuvo y sin decir una sola palabra exigió más información. Eva, desencajada, se sentía fuera de lugar; sin información. El placer que proporciona el saber ante quien desconoce emergió en su amiga, que con una sonrisa malévola rebanó el corazón de Eva en dos. Un golpe de ira y celos se adueñó de sus sentimientos. Tenían la sensación de que su historia, la que había saboreado en sus pensamientos toda la noche, no era única; no era suya. Odió esa sensación. Odió que su profe no fuera suyo; que le engañara. Ella deseaba que lo fuera solo para ella. Por eso, las palabras de Julia desangraron su sueño.

—Todas las chicas de clase están loquitas por él. —La sonrisa de Julia bailaba a un ritmo angelical—. Diría que medio instituto.

—¿Y tú también? —le escupió amenazante en la cara—. ¿A ti también te moja las braguitas?

Julia se asustó y se sonrojó. Escondió la mirada. Miró de

nuevo la carpeta y leyó de nuevo el nombre del profesor.

—¿Por qué la tienes?

No dudó. Eva hubiera querido degollarla allí mismo. Agarrarla del moño, desenvainar una de sus agujas y clavársela por la nuca mientras un fino hilo de sangre chorreaba como una graciosa fuente hasta la punta de sus pies. Allí mismo, sobre la hierba, tejería un muñeco, con su sangre reseca en la aguja y viendo como su amiga inundaba de muerte el camino que unía la parada del autobús con la entrada al instituto. Borraría de una estocada aquella estúpida sonrisa de superioridad. Sin embargo, prefirió dar una respuesta.

—Es mi amante —mintió con una perversa felicidad.

—¡Y una mierda!

Eva camino deprisa. Julia siguió sus pasos de cerca. Insistía, pero no hubo otras respuestas. Únicamente puso un poco más de carne en aquel rumor, que sin duda, comenzaba a desear fervientemente.

—Es tan tierno... Se quedó a dormir en mi casa y se la olvidó.

—¡Mientes!

—Y qué bien besa...

—¡Putá!

—¡Qué manos!

—¡A veces eres una auténtica zorra!

Eva abrió la puerta del instituto sin frenar el paso y entró. Su rostro emanaba el placer de aquella fantasía. Julia, a la espera de la verdad, se quedó en la calle. Abrió también la puerta y entró. Las dos se miraron desde una distancia prudencial. Julia esperaba la verdad, pero no llegó.

—Voy a verle... —Y con decisión se perdió entre el resto de estudiantes con un único destino: la sala de profesores.

Días después, el rumor volaba con convicción entre gran parte del alumnado.

La zorra decapitada

Entre sus manos descansaba la cabeza de un ser vivo. No latía, únicamente sangraba. Tampoco le acompañaba su cuerpo. La balanceaba como a un bebé. La cogía del cabello rubio aún reseco por la laca y la miraba con un exceso de curiosidad. Aún sostenía entre sus dedos, con debilidad, una de las laminadas agujas. En el suelo, en un ardiente y viscoso charco de sangre, se le ahogaba la pareja metálica, herida, sola y arrepentida por los actos cometidos. Matar nunca es como uno lo imagina. La realidad es la única capaz de ofrecer ese atroz sentimiento al ser humano.

Era demasiado diferente. Aquella sensación le hacía temblar. Sus rodillas apenas tenían un mínimo de estabilidad. Observó la cabeza. Su gesto era excesivamente incrédulo. Aquella mirada inerte era de verdad. El cráneo que tantas veces le había puesto una mueca de desprecio en los pasillos del instituto estaba entre sus manos, muerto. Aquel rostro era demasiado familiar. Su tacto, extraño, su peso, excesivo, su olor, desapacible, y la viscosidad de su sangre insistía en colarse bajo las suelas de sus zapatillas Converse negras; en la media luna blancuzca aparecían desdibujadas manchas rojizas. La catarata escarlata había decidido convertirse en un constante goteo púrpura, pero el charco rojizo ya había rodeado ambos cuerpos.

Siguió observándola durante minutos. Los labios morados, los ojos aún abiertos; deshabitados; desiertos. Imaginó a aquella niña con vida, y visualizarla muerta le hizo sonreír. Se sentía feliz,

victoriosa, satisfecha. La zorra estaba decapitada. La zorra no tenía sus pequeñas tetas pegadas a escasos centímetros de la cabeza. La zorra había perdido su coño. La zorra tenía su corazón agujereado por el fino filo de las agujas. La zorra, tal y como le había bautizado el día que sus labios susurraban a la oreja de Marc y él reía, había muerto en aquel enorme sótano. Ella había reído y puesto ojitos en aquel pasillo estudiantil. Se debía haber empapado con el solo roce de la mano del profesor. La zorra vestía pantalones prietos, casi idénticos a los que ahora sustentaba la parte inferior de su cadáver, a dos metros de distancia de su cabeza. Eva rio, y su risa se convirtió en un eco aterrador.

Cogió la cabeza entre sus manos, después lo hizo del cabello y finalmente la balanceó de nuevo. La soltó de golpe, pero no rodó. La nariz frenó cualquier giro. El cráneo sonó seco en el suelo de azulejos. Eva se fijó en el piercing del labio superior. Continuaba allí, como un pequeño recuerdo de una decisión de su vida. Ahora aquel detalle era absurdo; ridículo; banal. Sonrió y se puso de cuclillas. Su dedo pulgar e índice atraparon aquella perla plateada y tiraron con fuerza. La risa volvió a estallar en aquella soledad vital. El labio se deformó, el gesto inanimado adquirió un dibujo grotesco. Eva estalló a reír. «¡Qué fea!». Siguió tirando, y cuando parecía que su acción no podría lograr una mayor deformación facial, el pendiente se desenganchó y parte del labio se fragmentó. La fuerza provocó la inercia, y esta lanzó a Eva al suelo, que no soltó en ningún instante la pequeña perla plateada. La imagen fue dantesca. Los pequeños pies escondidos bajo las zapatillas negras resbalaron y el trasero menudo se hundió en el charco sangriento, deslizándose levemente y dibujando un pequeño camino blancuzco con pequeños regueros de ríos escarlata.

Con la perla en la mano y la mirada muerta clavándosele en los ojos, siguió riéndose entre jadeos y estupor. Se sentía incluso mareada. La adrenalina, el corazón bombeándole a un ritmo

endemoniado y el miedo, le pedían más. Se inclinó hacia delante, atrapó la aguja sangrienta y volvió a unir la pareja. Las puntas se besaron. Eva sonrió, escondió sus dientes y recogió su mochila, de donde extrajo un ovillo. Rodeada de sangre, concentrada y divertida con todo lo que estaba aconteciendo, comenzó a tejer su pequeña obra de arte. Ya habría tiempo para deshacerse del cadáver.

Vi a Eva el lunes siguiente, en nuestra aula particular: su cuarto. Antes habíamos intercambiado algunas palabras en el instituto. Fue el día que me entregó la carpeta. Nerviosa, acelerada y con un leve sonrojo en las mejillas, me la cedió con rapidez. Las palabras se le atropellaban, y tras preguntarme por mi mano desapareció, como si el ambiente le quemara.

La tarde que regresé a su casa ella apareció sentada junto al escritorio, bajo una nimia y espesa luz estudiantil que iluminaba varios libros abiertos y vacíos de fosforito. Estaba descalza, con unos calcetines de colores que estaban diseñados con la forma de sus dedos. Me miró, sonrió y musitó un «pasa» únicamente con la mirada. Dulce y tenebrosa.

No sé porqué no encendí las luces. Lo deseaba, pero me vi sin la autoridad suficiente para desarmar aquel tenue ambiente. Afuera, el azulado del cielo iba debilitándose y convirtiéndose en un mar intenso. La oscuridad contrastaba con la luminosidad del escritorio. La luz cegaba los libros. Eva retiró mi silla, y sin previo aviso atrapó mi mano. Sus fríos dedos me provocaron un descarado sobresalto que no pude disimular.

—Lo siento —murmuró—. No quería asustarte, más.

Yo retiré la mano poco a poco de entre sus minúsculos dedos. La pequeña niña me miraba y sonreía, como si yo fuera el niño y ella la madre; el gigante que aún no creció.

—No pasa nada —apacigüé acariciando la venda de mi mano.

—¿Pero estás mejor?

—Sí, se curará. —Me senté a su lado y abrí mi carpeta—. ¿Por qué materia empezamos hoy?

—Hoy guardé las agujas, ¡je, je! —Miró atrás, se levantó como un rayo y fue a cerrar la puerta del cuarto—. Para evitar tentaciones, ¡je, je!

La risita nerviosa me resultó estúpida, pero no pude evitar imitarla con una evidente ficción. En cuanto regresó a su silla abrí su libro de matemáticas, y mi herida y el incidente, desaparecieron de nuestra conversación.

Durante las dos primeras semanas, las clases particulares tuvieron esa extraña armonía positiva que, por supuesto, jamás habíamos llegado a vislumbrar en nuestros encuentros. Eva se mostraba encantadora; excesivamente complaciente. Ni un mal gesto, ni una mala mirada; sin un ápice de seriedad. Todo en ella era sonrisa. Tampoco hubo un solo rastro de las agujas, ni de sus lanas, ni de los muñecos. Es como si quisiera, al menos a mi lado, distanciar lo que provocó aquella herida. A mi lado, durante la corrección de ejercicios o en pequeñas pausas, reía mis bromas cada vez con mayor intensidad; sin apenas complejos. Incluso dejó de esconder sus braquets. Borró ese miedo a lo desconocido. Las tres horas de clase nos ayudaban a deshilar pequeños retazos de nuestras vidas, aunque siempre sin sobrepasar el límite. Yo seguía siendo el adulto. Ella seguía siendo la niña. Yo el profesor. Ella la alumna.

Tras cada clase, yo comencé a sentirme un poquito más héroe. Era como si mi trabajo tuviera recompensa. Los pétalos de aquella flor se habían revitalizado y se expandían sin miedo en el jardín de

este mundo. Aquellas horas, creo que eran una terapia, para ella y para mí. En aquella habitación eliminaba el desagrado de las clases del instituto, donde nunca había una satisfacción personal.

La dulzura desapareció por primera vez en la quinta clase particular. Aquella tarde, aún, el otoño se resistía. El viento azotaba con desgana y apenas empujaba las primeras hojas que dormían en los bordes de las aceras. El aire no congelaba las gargantas y el sol dibujaba las últimas sombras humanas. Me bajé del coche, me escondí bajo un largo abrigo marrón y caminé con pasos lentos. Los zapatos parecían pesar toneladas. El día había sido agotador. Notaba en exceso que los alumnos hubieran comenzado a saborear la confianza del paso del tiempo. Incordiaban antes, durante y después de cada clase, e incluso en los pasillos. Trataba de esconderme en la sala de profesores, pero las tareas me obligan a salir de mi trinchera. Allí, en pleno campo de batalla, siempre me asaltaban. El pequeño camino hacia clase, cafetería o baño eran siempre de alto riesgo. A toda aquella vorágine debía sumarle lo extraño de no haber visto a Eva desde la última clase particular.

Su madre me dio dos besos, me miró la cicatriz de la mano, que comenzaba a desaparecer y me acarició el brazo. Me ofreció algo de comer y beber, y cuando me negué, señaló con una sonrisa hacia la habitación de su hija. Asentí y me deslicé con la misma suavidad sobre las alfombras. La oscuridad creció, y al abrir la puerta encontré la misma imagen de semanas atrás. En su silla, impaciente, junto al escritorio, con la luz iluminando los libros y la oscuridad invadiendo el resto del cuarto. Únicamente dos cambios. Su rostro serio no me miraba. Y sobre la cama brillaban las dos agujas y un ovillo de lana con un muñeco a medio hacer.

—¿Cómo fue la semana? —Sonreí, me quité el abrigo y acaricié su hombro.

—Bien —respondió seca—. ¿Y la tuya?

—¿Ocurre algo? —Me senté en la silla y busqué en su mirada.

—Un mal día, ¿el tuyo? —Me clavó la mirada y me perforó.

—También, pero vamos a mejorarlo, ¿no? —animé. Saqué mi carpeta y volví a acariciarla el hombro—. Por cierto, la semana pasada no te he visto en el instituto. ¿Te ha pasado algo?

—No. —La respuesta no incluyó su mirada, que la escondía en su cuaderno—. Habrás estado demasiado entretenido.

La aguja de sus palabras me dejó congelado. No pude moverme durante largos segundos. Recapacité qué pudiera haberla enfadado. Aunque al tiempo, me decía lo absurdo de aquella situación. Ella volvía a brindarme esa soledad sobria, vacía y aterradora. Tal vez fue estúpido, pero no pude evitar mi mano, y pensar en las agujas chispeantes durmiendo sobre su cama.

Eva descubrió los celos quince días después de entregar la carpeta al profesor. No podía creer que muchas chicas de clase le hubieran venido a preguntar por Marc creyéndose como «estúpidas» el rumor. De pronto, muchas se interesasen por ella y por todos los secretos que escondía aquel bulo. Eva optó por callar. El silencio les enrabietaba y enfadaba, pero ella estaba disfrutando con aquella situación. Sin embargo, el escenario mutó por completo en apenas unos días. Ese mutismo por parte de la «niña de las agujas» desprendió el veneno más mortal de las arpías más peligrosas de este planeta: Las «espejito-espejito». Ataviadas con sus mejores galas, «como zorras», le susurraba Eva a Julia, fueron directamente a él con excusas ridículas. Fueron aquellas imágenes las que comenzaron a herir con crudeza la sensibilidad de Eva. No podía ver a esas golfas de piercing labial acercar sus escotes a Marc. Mientras, él, absurdo y

sonriente, les seguía el juego. Deseaba exterminar a aquellas alimañas «mojadoras de bragas». Debía de fumigarlas para liberar a su hombre de la plaga juvenil. El asedio era diario. Y además, ellas se encargaban de hacerle saber todas las mentiras que habían susurrado al «profe-tío-bueno». Eva prefirió tejer para digerir la ira. Clavaba el odio en los giros de sus lanas como si quisiera excavar un enorme agujero hasta el centro de la tierra. También decidió huir, alejarse de los flirteos de las «zorras». Si bien, puso como investigadora a Julia, que ejecutó encantada aquella tarea. Decidió esconderse de Marc porque el corazón se le encendía tanto.... Saber, ver, sentir esos celos despertaban una furia desconocida que le atormentaba y aterraba. Quería sacarles los ojos, arañarlas, patearlas, escupirlas, morderlas, agujerearlas, decapitarlas... Creía que en cualquier momento su corazón iba a arder y convertir su menudo cuerpo en una enorme llama descontrolada.

Lo decidió el día que Silvia se le acercó al final de clase y le susurró algo al oído. Marc sonrió y Eva, que tejía en una esquina, tras un árbol, oculta, se pinchó el dedo sin querer. La sangre brotó, pero la ignoró. La rabia le tensaba el cuello, la mirada, la frente y la dentadura. Los braquets le dolieron. Las agujas se le marcaban en la palma de las manos. En tanto, Silvia, «la zorra» rubia de pelo rizado «enlacado» caminó sonriente y con decisión.

—Te lo voy a robar, reina.

Apoyó sus manos en las caderas, sobre sus pantalones elásticos, y se retiró con suavidad la melena de la cara.

—Con ese escote —le escupió Eva sin cesar su actividad ni preocuparse de la gota de sangre que le colgaba del dedo índice izquierdo—, sin duda.

—Envidia. Me lo follaré, y mejor que tú. —La sonrisa le estalló en la cara.

En ese instante, un arrebató de odio estuvo a punto de dominar a Eva. Sostuvo las agujas entre las manos. La miró y quiso

devorarla de un solo mordisco para luego cagarla, tirar de la cadena y hacerla desaparecer para siempre. No obstante, el cerebro expulsó una nimia idea repleta de brillantez que le permitiría degustar la venganza con calma.

—Puedes venir a la fiesta del viernes —dijo sin dejar de tejer—. Él vendrá.

—¿Cómo?

—Te puedo organizar una cita.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que se ha fijado en ti...

—Mientes.

—No.

Ambas mantuvieron un silencio tenso. Silvia estaba poniéndose nerviosa. El juego entre alumna y profesor abandonaba el tablero y la ficción, y comenzaba a caminar por la realidad. Eva estaba deseosa que la «espejito-espejito» mordiera el anzuelo.

—Con tus encantos podrás conquistarle —invitó con una pequeña sonrisa, mirando sus tetas y deteniendo el ritmo de las agujas.

—¿Tú crees?

—Sí...

Cuando Silvia se marchó, Eva aflojó la fuerza de las agujas, sonrió y no pudo evitar disfrutar escuchándose el corazón acelerado. Aquella zorra jamás iba a volver a acercar sus labios al lóbulo de Marc.

Hacía años que no pisaba aquella casa. La última vez, tenía nueve años. Recuerda que su padre le llevaba todos los veranos en aquel viejo escarabajo destartado por una vieja carretera de curvas en la que el frondoso paisaje acababa mordiéndoles con decisión durante el final de trayecto. Desde que él murió, su madre y ella no regresaron. Eva no había vuelto a pisar aquel jardín. Enjaularse en aquella casa la embriagó de tristeza. No había vuelto a balancearse en aquellos columpios domésticos, ni a zambullirse en la piscina, que ahora, vacía, ofrecía la pintura desconchada, algunas ramas y hojas secas, así como restos de basura. El césped, descuidado, también anochecía ahogado por un gran volumen de hojas. La puerta metálica, por el frío, la lluvia y la nieve, había perdido el color ocre que su padre le había otorgado una mañana de agosto. La soledad era la dueña en propiedad de aquella finca.

Eva tenía frío. El tren de cercanías le había dejado demasiado lejos. La azotaban los nervios y un extraño temblor en las rodillas que le hacía dudar. En media hora aparecería Silvia, ilusa, maquillada, despampanante, de sábado, y con la idea de disfrutar de una velada con Marc. La inocencia de la juventud posibilitaba en engaño. La zorra se deslizaba, vendada de ojos, y atada de manos y piernas, hasta la mentira más delicada de su vida. En esa ocasión, nadie le esperaría al finalizar el tobogán para que sus dientes evitaran hincarse en el barro.

Sintió que la mochila le quemaba en la espalda. Las agujas, por primera vez, no disimulaban su osadía. Brillaban tras su cabeza; desafiaban al cielo, que avergonzado, se escondía tras el grisáceo de unas densas nubes deseosas de llorar. Las dudas frente a lo desconocido azotaban en una constancia inevitable. Paso arriba, paso abajo; la zozobra cosquilleaba. Mientras, la niña de los zapatos rojos, la de las revistas juveniles repletas de chicos con el torso descubierto,

la del «Ipod» verde, su peinado lacado y el pendiente en el labio superior, seguía sin aparecer. Durante minutos, fue Eva la que se creyó una crédula incoherente. Y a aquel escenario de soledad, únicamente interrumpido por escasos y desconocidos viajeros de tren, se anudaba la posibilidad de la compañía planeada. La seguridad de Eva se inquietaba. La venganza, al acercarse a escasos centímetros de la realidad, crecía hasta ser una sombra monstruosa. ¿Cómo hacerle frente?

Oír el nombre de «Marc» en su lengua perforada le avivó los celos. Esa sonrisa embelesada, la mirada seducida y el «chichi» lacrimoso le envenenaban la piedad. Y el deseo espesó en su corazón cuando fue el propio profesor el que sonrió por ella. «Una chica simpática, graciosa, sí, viene a consultarme de vez en cuando...». Las palabras acribillaban sus venas una y otra vez como una ametralladora atascada por un eco infinito. «Una pena que tenga tantos pájaros en la cabeza», concluyó con una petulancia paternal que retorció por completo el gesto de Eva. Sus uñas se le hundieron en la piel al tiempo que veía como pájaros le picoteaban el cabello. Diez minutos después finalizó la clase. «Tengo que tejer», alegó.

El viento soplaba con desgana y la temperatura desfilaba robusta alejando al ser humano aún del otoño más invernal. Su aparición fue inconfundible a los ojos de Eva, que al ver su figura, sufrió un agrio latigazo en su corazón; acelerado; atropellado; turbado. Vaciló, dudó y agachó la cabeza a la espera de tenerla cerca. Dio un paso atrás, dos y regresó. Entonces, oyó su nombre en diminutivo y encarcelado en una voz nítida, estridente, desagradable pero jovial. Le hirió la confianza.

—Ya creí que no ibas a estar, tía. Decía, a que todo va a ser una broma... —Sonrió muy nerviosa, tocó a Eva y se atusó el pelo—. Por como te hemos tratado y eso, ¿sabes? Me alegro de que estés.

—No se lo has dicho a nadie, ¿verdad?

Eva no cruzaba la mirada con ella. De hecho, había

comenzado a andar, preocupada por el paso de los minutos y la realidad.

—¡No... tía! ¡Prometido!

Silvia se besó un anillo dorado que dormía en su dedo corazón, sonrió y le guiñó un ojo torpemente. Eva expuso una sonrisa artificial y aceleró el paso declarando que llegaban tarde. A Silvia, que aún llevaba el «Ipod» colgado, le costaba seguir el paso. La «espejito» no cesaba en su conversación. La excitación le obligaba a expulsar palabras. No debía de soportar el silencio y hablaba de clase, compañeros, música, del entorno, de su bolso nuevo, e incluso preguntaba a Eva, que sin embargo, no contestaba. Apretaba los labios, sonreía y encogía los hombros queriendo expulsar un «no sé, tal vez». La niña, que veía la sombra de sus agujas en la acera, ascendía la cuesta que le llevaba a su casa con la razón de aquel encuentro golpeándole en el corazón. Los propósitos, bien cimentados en su origen, comenzaban a desvanecerse como un castillo de arena peinado por el viento.

La puerta metálica de ocre despuntaba al fondo. Silvia insistía en su batería de preguntas, sonrisas y gestos. Eva respondía con un escueto y desganado, «ten paciencia, chica». Sin embargo, la chica engañada no disimulaba su ansiedad. Extrajo un chicle, ofreció a Eva, que rechazó la invitación, y comenzó a masticarlo a gran velocidad.

La idea de matar se desdibujaba compleja en su cabeza. Las razones de matar se disipaban como el deseo sexual masculino tras una eyaculación. Y cuando la verja dejó de ser una mancha borrosa, Eva sintió que las agujas le ardían en la mochila; que el fuego la descosía. La culpabilidad centelleaba como el fuego en su cabeza.

La puerta chirrió. La soledad de ambas fue interrumpida por el furioso motor de un BMW que aceleraba cuesta arriba. Silvia miraba a un lado y a otro, sin duda, buscando la figura de Marc; inexistente. Sus zapatos de tacón se hundieron en el césped. La sensación le hizo sonreír, estúpida y nerviosa. Eva le invitó a pasar,

respiró profundamente, volvió a cerrar la verja y arrojó un crujido idéntico. A su lado continuaban los comentarios de Silvia, en esta ocasión, acerca de la casa. La niña se descolgó la mochila, caminó hasta el porche y allí en el césped se sentó. Aquel gesto descolocó a Silvia, que tardó minutos en reaccionar.

—¿Qué haces, tía?

—Tejer... —respondió sin apenas prestarle atención.

Silvia comenzó a untarse los labios con un cacao de purpurina.

—¿Y Marc? —insistió desconfiada.

—Llegará, tranquila.

Eva no sonreía. Entre sus manos sostenía aquellas dos agujas afiladas, a las que ya se había unido una lana rojiza, idéntica al color de los zapatos de Silvia.

—No será una broma... ¡joder! —se exasperó ante la pasividad de Eva—. Es una broma, ¿verdad? Te juro que si lo es...

—No lo es —zanjó mientras continuaba hilando.

El móvil de Silvia, fucsia y blanco, salió de su bolso. Eva, en ese instante, sí levantó la mirada, nerviosa y recelosa por lo que fuera hacer. Sin embargo, ella solo miró la hora y volvió a guardarlo.

—Tía, te juro que si es una maldita broma no volverás a querer pisar el instituto. —Se dio media vuelta y caminó despechada, sin rumbo.

Los minutos pasaron. Eva continuó tejiendo. Silvia paseando. Si bien, al final del final, pero del principio, la paciencia estalló y se cristalizó como si una piedra golpeará con ira la ventana que la protegía. La lluvia de furia cayó, y escupió con rabia después de que Silvia, en incontables ocasiones, hubiera mirado el móvil, y la verja en busca de la imposible presencia de Marc. Sus zapatos, torpes pero veloces, se acercaron por el césped descuidado. Eva tejía; concentrada. Ya había tejido unos zapatos y unas piernas blancuzcas.

—¡Es mentira! —le gritó por sorpresa a dos palmos—.

¡Maldita niñata de mierda! ¡Te has quedado conmigo! ¿Verdad?

El silencio soplaba en forma de viento. Durante esa pausa no hubo un gesto más por ninguna de las dos. Únicamente tensión etérea.

—¡Me piro! —amenazó.

Eva siguió sin pestañear. Como si aquellas palabras aulladas fueran un sueño y no pudiera hacer nada más que dormir despierta, enjaulada en aquellas palabras viscerales.

—¿Me oyes? —desesperó.

Pero no hubo respuesta. Silvia se acercó, insatisfecha con aquel mutismo por respuesta. Se colocó de cuclillas, hundiendo sus rodillas en la hierba, la zarandeó y le levantó la cabeza sin conseguirlo. La niña no detuvo su labor.

—¡Qué me escuches, joder! —chilló.

En ese instante, la desesperación enloqueció su enajenado estado. El vacío, la noche, la calma y el miedo impulsaron en ella un desconocido instinto más visceral. Sin tiempo para especular, su brazo cogió impulso y la abofeteó. El sonido contrastó como un estruendo en aquel sosiego. Sin embargo, la fuerza no llegó a torcer su cara blancuzca. Silvia repitió, y de inmediato, al ver que sus dos sopapos no interrumpían la incesante actividad, se lanzó a arrebatarse las agujas. Los ojos de Eva sufrieron un espasmo; despertaron como de una pesadilla. Fueron dos fogonazos, como si alguien le hubiera pellizcado. La fina espada de su mano izquierda maniobró, se hinchó de ira al verse interrumpida, y con una fuerza inhumana, disfrutando del gesto asustadizo de Silvia, la lanzó al pecho para hundirla en su corazón. La sangre, como un hilo rojo; herido, se deslizó por su ropa. El grito seco y mudo y el gesto horrorizado de Silvia detuvieron el tiempo. Eva trazaba en su rostro unos labios joviales. Su muerte era cuestión de minutos. La venganza se desangraba en el jardín.

A Eva no le costó repetir la acción. No pensaba en ella, solo

deseaba hacerla. Con saña y cólera extrajo la aguja y volvió a pincharla con idéntica ira, desenvainó de nuevo y clavó. Así una y otra vez, y otra vez. La sangre salpicaba tras cada punzada, y la vida desaparecía tras cada herida. La respiración de Silvia se agotó. Eva se detuvo exhausta y el cadáver se derrumbó.

Arrastrar el cuerpo al desván y descuartizarlo fue un juego. La cabeza era real, los huesos excesivamente duros, el peso elevado y el olor desagradable. Sobre aquel escenario terminó su pequeño muñeco. Lo tejió descuartizado, sangriento e idéntico a Silvia. Sonrió extremadamente feliz al sostenerlo entre sus manos. Después, limpió, enchufó el arcón y escondió el cuerpo. El tiempo lo congelaría todo.

La ausencia de Silvia tardó apenas dos días en aparecer en el Instituto. Los carteles comenzaron a colgarse de las columnas, en los árboles, en pasillos, farolas, marquesinas de autobuses... La foto hacía bastante justicia a la realidad. Bajo la imagen, un texto con la descripción exacta de la ropa que llevaba aquella tarde y varios teléfonos de contacto. Las lágrimas emergieron entre muchos compañeros y profesores, y los medios de comunicación tomaron el patio. Cámaras, micrófonos y palabras de deseo de volver a ver a Silvia con vida, que desde hacía dos días no había vuelto a casa. Organizaron equipos de búsqueda, pero la desaparición en aquella ciudad complicaba concretar cualquier inicio de rastreo. No obstante, se hizo. Fueron muchos los alumnos que rastrearon los alrededores de su barrio colgando fotos en postes, paredes, comercios, autobuses...

Los telediarios también se hicieron eco de la noticia. Algunas de las «espejito-espejito» aparecieron hablando ante las cámaras, e incluso Gorka, el último novio de Silvia, que pronto se convirtió en el principal sospechoso.

En el instituto, la tensión mordisqueaba tras cada gesto. Las miradas caminaban demasiado hundidas, incluso en pleno recreo. Durante un tiempo, no había gritos desaforados ni carcajadas libres y desvergonzadas. Además, los rumores se desplegaban como víboras y el sospechoso parecía acechar en cada una de las aulas. Muchos nombres, pero ningún detenido.

Eva obvió el circo mediático. Con un gesto desinteresado, solo emitió un «sí, extraño», a la pregunta de Marc por Silvia durante una de sus clases particulares. El profesor no volvió a mencionar el tema.

En cambio, alguien sí lo hizo. Ocurrió después de dos semanas de la desaparición de Silvia. Eva tejía durante el recreo en el parque del instituto. Una imagen frecuente a la que ni siquiera lograban acceder Julia e Iker. Aquella mañana, bajo el frío sol de noviembre, cuando el olvido comenzaba a hacerse un hueco en la desaparición de aquella alumna, una sombra invadió la pequeña figura de la niña de piernas cruzadas. Ella no detuvo su actividad. Sus muñecas seguían circulando hacia arriba y abajo. Su voz le fue familiar tras la primera entonación:

—¿Qué hiciste aquella tarde con Silvia?

El dedo en la llaga

Aquella sombra se había desdibujado. Casi nada quedaba ya de la niña que, hace años, le había enseñado a ilusionar animales utilizando las sombras y sus manos. Nacían y morían en aquella pared del barrio grisácea y con desdibujados trazos de tiza. Eva observó que sus piernas se habían estilizado, sus caderas aún estrechas, ensanchado, y sus pechos, engordado. Sus pies se inclinaban doloridos por los zapatos de tacón. Eran verdes. Vestía una minifalda vaquera, medias negras y una camiseta blanca que hacía mención, en inglés, a su novio. Permanecía seria, sin pestañear, con la seguridad de esconder un conocimiento; una pista. Y al mismo tiempo, con miedo a lo desconocido. Sabía que tras la pista había un tesoro, una respuesta, pero descubrirlo también podría desanudar consecuencias apocalípticas.

Eva ignoró la presencia y siguió tejiendo. La densa sombra atravesó su círculo inexpugnable. Introdujo uno de sus zapatos bajo los brazos de Eva, y con una sutil patada le golpeó en una de las muñecas. La aguja izquierda se soltó de la mano, voló y aterrizó a escasos metros en el césped. Una fina lana serpenteaba entre la hierba.

Las cicatrices en la piel nunca desaparecen. Tan solo la magia de la cirugía las asesina. Lo que no elimina el quirófano es el origen de las heridas; los recuerdos, el suceso que las provocó. El pasado desfila libre por nuestro cerebro y nunca desaparece. Dormita, pero no muere. En cualquier momento, una palabra, un gesto, un recuerdo, una mirada, lo resucita. Somos presos del pasado, de nuestros hechos, y cuando la incorrección se hace amiga de la

conciencia, estas se fortalecen hasta la inmortalidad. Incluso envenenan el estado anímico. Cicatrizar esas heridas lleva tiempo. A veces se infectan, hay que descoserlas, desinfectar y volver a curar. Si bien, los puntos de sutura nunca desaparecen.

A Eva, semanas después, las fotos de Silvia acorralándola en decenas de postes, paredes y cristaleras le descosían la herida una y otra vez. La conciencia le infectaba los latidos de su corazón, y además, era incapaz de olvidar aquella sangre viscosa pegada a su piel. La sombra, ahora, se había encargado de introducir el dedo en la llaga. Su mirada escocía. Que hubiera ultrajado su entorno, su mundo y la hubiera desarmado, le hinchó de odio. Deseó que la hierba se convirtiera en una cama de clavos, y la nimia distancia entre ambos fuera una lengua de fuego que le abrasara. Pero en aquel ambiente otoñal, donde las voces bailaban demasiado lejos en un patio de instituto, ellas dos mantenían silencio. La guerra helaba. Eva miró a la sombra. Examinó su cara; la escupió; la mordió. Luego buscó la aguja. Apretó con rabia la otra fina y afilada espada. Soñó con la libertad de asesinarla, de agujerearla allí mismo como una tormenta que taladra las calles. Sin embargo, solo rio. Almudena ni pestañeó. «Almu» ya no era la niña que le enseñaba a hacer animales con las sombras y sus manos.

Tejer para Eva era su vida. Así me lo explicó una tarde durante una de las clases particulares. Yo, sin embargo, no podía comprender que aquella pasión le entretuviera tantas horas alejada de la realidad. El tiempo se le detenía. El mundo a su alrededor desaparecía. Y entre sus manos, en su regazo, brotaba una pequeña figura de lana con

vida propia. Así lo aseguraba ella. No es que pudieran andar, sentir, gesticular o hablar. Pero cada muñeco siempre era único, y en ellos, Eva ponía una gota de su alma para contagiarles con un pequeño elixir vital.

Aquel lunes de noviembre, la ciudad estaba revoltosa. Yo tenía tres cervezas en la cabeza. No había podido evitar la última invitación. La madre pagó y me acompañó a casa. Esas cervezas eran el agradecimiento por todo lo que había hecho por su hija. Nos acompañamos de unas patatas bravas con una salsa exquisita, y la madre, cuando recogía el cambio, advirtió, «repetiremos». Aquella propuesta sonó demasiado indecente para lo inocente del acto.

La casa no ofrecía el silencio habitual de una tarde de lunes. En el cuarto se oían voces, risas. El pasillo tenía la luz encendida. Eva tenía visita. En la misma entrada dudé. Miré a la madre y me ofrecí a dar clase otro día, opción que, con las cañas aún latiéndome en el cerebro, hubiera aceptado de buen agrado. No obstante, la madre me arrastró hacia la habitación sin miramiento alguno.

—¿No te asustarán a ti unos pocos jóvenes? —ironizó tras el último empuje.

Quise responder, pero cuando giré la cabeza, ella se servía un vaso de agua en la cocina.

Eva apareció ante mis ojos, sentada en su escritorio. A su lado había un cofre de lanas de diversos colores. Entre sus manos, un cuaderno, y entre sus pies, las dos agujas. En la cama, conversaban relajados dos jóvenes. Sin duda, eran del instituto. Reían; charlaban, si bien, mi aparición escindió toda calma y placer de raíz. La soltura fue engullida por la timidez. La chica de pelo rizado color zanahoria se levantó de la cama y buscó un rincón protegido. El chico rubio escondió la mirada mientras mantenía su posición sobre el colchón. Observé la situación, y lo que me despertó el interés no fueron los jóvenes, sino la decena de muñecos que reposaban sobre el oscuro nórdico.

—Tengo clase —explicó Eva tras unos segundos.

—Lo siento, chicos —murmuré sin moverme de la puerta.

La chica zanahoria sonrió pícara y me curioseó con delicadeza. El chico rubio se levantó como un muelle al que hubieran liberado de su presión, pero no llegó a mirarme. Ambos hicieron el ademán de despedirse de Eva. Tensos, fríos y torpes. Interrumpieron su salida inicial porque tuvieron que recoger unos olvidados muñecos. Yo terminé la escena con un vago «hasta luego», justo cuando caminaron a escasos centímetros de mis zapatos. Después, nos miramos, pero tardamos en decirnos una sola palabra. Yo decidí romper el mutismo:

—Cuántos, ¿no? —Me detuve junto a la cama y observé con detenimiento la colección—. ¿Los hiciste todos tú?

—Sí... Es mi pasión.

—Y, por lo que veo, los vendes, ¿no? —Señalé con la mirada los dos billetes de diez euros que reposaban entre sus dedos.

—Sí... Me piden en clase.

—¡Vaya! Toda una empresaria —bromeé.

Caminé hasta la silla, dejé mi carpeta sobre la mesa y regresé hasta la cama. Los conté. Habría unos veinte.

—Tengo más —añadió con orgullo—. Y tendría más de no haberlos vendido.

—¿Puedo? —consulté acercándome a coger uno.

Ella afirmó con un leve «sí», manteniendo en todo instante su posición inicial. Cogí un chico con gorra, de ropa colorida. Era un claro estereotipo a mucho de los jóvenes de instituto. Lo posé con cuidado y recorrí el resto con la mirada. Había animales: un mono, un perro, un elefante, un pulpo e incluso una ballena. Me encantó una niña de pelo corto que bien pudiera haber nacido en los años sesenta, la que parecía Marilyn Monroe o el cocinero. También había un bombero, un buzo, un futbolista y una estrella de rock.

—¿Eres del Atleti? —pregunté con el futbolista entre los

dedos.

—No ofendas —reprochó con media sonrisa—. Me lo pidieron en clase, pero el idiota nunca lo quiso pagar. ¿Te gustan?

—¡Increíbles! —Asentí sorprendido—. ¿Y esta?

La muñeca yacía apartada, en el fondo de una caja, y tenía la cabeza deshilachada, pero unida por una fina lana roja. Sin duda, estaba muerta. En su pierna tenía sangre y la ropa estaba tejida de tal manera que también mostraba pequeñas manchas rojizas.

—Tiene la cabeza cortada —aclaró indiferente.

—¿Por?

—Me gusta lo tétrico... —Me miró con firmeza, se levantó y me la arrebató de las manos—, Creo que será un filón comercial, como hace Tim Burton.

—Ajá...

Me quedé abstraído, mirándola; extrañado por sus palabras. Eva acariciaba la melena de esa muñeca. Su cabeza quedaba descolgada a la altura de su cintura. Mantuvimos un silencio. Seguí observando con detalle, pero Eva miraba únicamente a su muñeca.

—¿Quieres uno?

—¿Cómo?

—Si quieres un muñeco. Te lo hago igualito a ti —aclaró con una amplia sonrisa.

—¿No harás vudú con ellos?

—¡Qué imbécil! —soltó sin pensar con esa sonrisa nerviosa e infantil que siempre cubría a la perfección sus braquets.

—¿Y sabrás?

—Me vuelves a ofender —gruñó—. Iker y Julia se llevaron uno iguales a ellos. ¿No los viste?

—No, lo siento —me disculpé.

Nos miramos a la espera de una nueva frase que rompiera el silencio. De fondo se oía un televisor. Lejos, en el salón. Y fui yo

quien disparó. Tal vez por las cervezas, lance una absurda insinuación:

—Era tu novio, ¿verdad?

—¡Qué!

—El niño rubio —aclaré dudando si continuar—, ¿no? A tu edad ya tenéis... El nerviosismo me quemó el paladar y mis manos perdieron su lugar; su seguridad.

—¿No te gusta? —insistí

—¡No...! —Respondió con rotundidad.

—¿Ningún chico?

Las palabras quedaron en el vacío; desorientadas. Eva me miraba sorprendida por escucharme; expectante. Finalmente, habló:

—A veces creo que nací en otra época, Marc —se arrancó mirando al frente—, que hubiera nacido hace años, pero que por alguna puñetera razón alguien me hubiera colocado a esta edad y en esta fecha en un instituto. No soy como los gusanos de clase. Todas están locas porque se la metan...

—¡Eva! —exclamé.

—Tú las has visto, Marc —increpó—. ¡Te atacan!

Me quedé analizando el gesto de su cara, que sin duda, esperaba mi afirmación. Yo miré los muñecos, nervioso por la precisión de sus ojos. Su menuda figura permanecía en idéntica posición. Sus vaqueros, sus calcetines rojos y su camiseta blanca con un pez de ojos enormes. Su flequillo aparecía más elevado de la habitual, lo que liberaba su mirada; profunda e intensa; deseosa de seguir allí. Caminé hacia mi silla, abrí la carpeta y noté que me seguía observando. Cuando puse sobre el escritorio los apuntes, creí que sus pupilas estaban congeladas.

—¿Entonces quieres uno? —insistió.

—¿Cuánto cuesta?

—A ti nada. —Sonrió, cogió las agujas del suelo y la tiró sobre los muñecos—. Por la herida que te hice.

Me miré la mano y observé la cicatriz. Aún yacía sobre mi piel.

La hierba no oscureció. La sombra tampoco desapareció. Eva seguía allí, mirando a Almudena, la niña que se hizo mujer en un verano. Tras el recreo todo había terminado en un «luego hablamos». Entonces, Eva recogió sus agujas con desparpajo y desagrado, se colgó la mochila en los hombros, y fue desapareciendo de su vista poco a poco. «Almu» le llamó por su nombre a voces, e incluso llegó a perseguirla unos metros, sin embargo, el menudo cuerpo de Eva avanzaba más veloz. Subió unas escaleras, abrió la puerta acristalada y metálica del centro y se convirtió en una sombra borrosa entre el nervioso alumnado.

El timbre repicó a última hora de la mañana con la idéntica fuerza que en días anteriores. El silencio estalló; murió, y las voces fusilaron con total descontrol todos los pasillos. Eva se despidió de Julia. «Tenía prisa», alegó. «Almu» la miró de reojo desde la esquina de clase y persiguió su estela tras varias mochilas. El césped las esperaba de nuevo. Idéntica posición. La niña desenfundó las agujas y tejió. Ambas, entre sus dedos, eran su defensa. Almudena llegó tres minutos más tarde. Se detuvo a escasos centímetros de las Converse negras y empujó la cabeza hundida de Eva hacia atrás para que levantara la mirada.

—¿Qué?

—Tengo el secreto —lanzó sin cesar de tejer—. Pero no puedes contárselo a nadie.

—¿De qué hablas? —la pregunta emergió amenazante.

—De Silvia... ¿No preguntabas por ella?

Eva parecía divertirse. Se recolocó en la hierba, examinó el paseo que alejaba a los alumnos del instituto y regresó al rostro torcido de «Almu». Aquel gesto no le favorecía.

—Cuenta —pidió.

—Sé dónde está Silvia —musitó con recelo, vigilando cualquier gesto, cualquier emboscada, alguna sospecha.

—¿Qué? —El rostro de Almudena se desencajó como una mandíbula muriéndose por los efectos de la cocaína.

—Fue idea suya —continuó tejiendo a menor velocidad—, pero si quieres que te lo contemos tendrás que aceptar nuestras reglas.

Almudena se arrodilló. Sus pupilas se emborronaban por la ausencia de pestañeo. Miraba atrás, en busca de un amigo, una amiga, pero no había sospechado nada de aquello y estaba sola. «Las espejito-espejito» estarían ya en la higuera, fumando a escondidas tabaco de liar y costo barato, riendo y charlando de las trivialidades que regala la adolescencia. Cogió a Eva del brazo con fuerza, pero ella no detuvo sus agujas, que seguían hilando. Almudena le brindó excesiva seriedad y le escupió el aliento en la mirada.

—¿Qué tengo que hacer?

Eva, al fin, detuvo el movimiento de sus muñecas. La lana se enredó entre sus dedos. Encumbró la mirada sobre sus ojos y ofreció miedo. Nunca creyó que aceptara aquella absurda idea. Sin embargo, sí, Almudena había decidido descubrir el desfigurado paradero de Silvia.

Muerte inesperada

El asesinato es un asunto de dos. De la persona que asesina y de la que es asesinada. No existe asesinato sin ejecutor ni ejecutado. El crimen perfecto vive en una cumbre de dificultad extrema. Siempre hay flecos deshilachados que dejan rastro, y otros permanecen ocultos en la manga de quien no sabe que perderá la vida. Son sus movimientos inesperados, desconocidos por el homicida, los que desdibujan cualquier estrategia. Las posibles actitudes del rival ante la muerte inesperada son las que dan al traste con la maquinación más sublime y precisa. Asesinar es una partida de a dos. Todo lo planeado puede deshacerse cuando la víctima logra una milésima de tiempo para pensar; actuar. Antes de matar, hay que sospechar cualquier posibilidad del contrario, por absurda que sea. Eva no lo hizo.

La niña de las agujas del número 3 no pensaba en las consecuencias de descender sin frenos por aquella desconocida espiral. La velocidad era excesiva, no llevaba protección y el raciocinio había desaparecido por completo en su primer crimen. Únicamente se valía del corazón, del odio, la ira y la fuerza. En este caso, el odio hacia «Almu» fue de índole diferente, pero tenía que eliminar cualquier fleco que la relacionara con la desaparición de Silvia. Sin embargo, Eva vivió dos contratiempos inesperados. Almudena no fue la chica dócil que esperaba.

Volver a pisar la hierba despeinada, crecida, húmeda y fría, y salpicada de sonoras hojas, ofrecía excesivos escalofríos a Eva. Allí, de pie, sin mover un solo músculo y con la mirada vacía de

pensamientos incómodos, se abrigaba tras regresar del desván en el que descansaba eternamente el cuerpo desfigurado de Silvia. El invierno oscuro comenzaba a asentarse en la ciudad con timidez. En la piel agrietada y descolorida de su primera víctima se acentuaban más las bajas temperaturas. Las estalactitas de hielo le crecían firmes a lo largo de su gesto desfigurado y ayudaban a conservar su muerte en buen estado. Su cuerpo seguía allí, inamovible; insensible, y con la sangre seca, dispersa, y mostrando charcos de espanto. No faltaba una sola de las piezas que una vez formaron un único cuerpo. Eva observaba por inercia, sin aflicción. Bajó la tapa del arcón con fuerza, examinó con detalle las paredes que le rodeaban y salió al exterior.

Eva disfrutaba de dos galletas untadas de mantequilla. Permanecía abrigada con una bufanda que le cubría la barbilla, sentada en el respaldo de un frío banco de madera. El volar del aire afónico le sonrojaba la nariz. El pisoteo metálico del tren se repetía cada escasos minutos. Los coches arrancaban, aceleraban y desaparecían tras el primer cruce. Y Eva seguía quieta, mordisqueando su merienda.

Almudena fue mucho más puntual. Eva no se inmutó cuando creyó divisar su figura. No contempló la posibilidad de que aquel plan podría tomar cuerpo y empujarla con fuerza hacia una espiral con destino tenebroso. Si despertaba a tiempo, tendría que rebuscar la manera de frenar; reducir la velocidad homicida. Aquello había dejado de ser un juego. Nadie resucita de la muerte. El menudo cuerpo de trece años no buceaba en los recuerdos ni en su conciencia. Olvidaba; vaciaba los recuerdos terroríficos de su mente. Ni siquiera se planteaba que caminaba hacia el precipicio que pondría fin al trayecto vital de su amiga de infancia.

Solo se levantó de su sitio cuando creyó que estaba lo suficientemente cerca. Alzó la mirada para volver a observar a «Almu». Tuvo que pestañear. No venía sola. Hablaba con alguien. La miraba, sonreía e incluso llegaron a rozarse al andar. «¡Joder!»,

masculló Eva. Eran dos mujeres, sin duda. Desde el banco miraba de manera intermitente y nerviosa. El pensamiento se le aceleró vertiginosamente. Demasiadas ideas, frases, palabras, pero todas la besaban deshilachadas y huían. Se levantó del respaldo, caminó con la decisión de huir, pero en ese instante, Almudena saludó con el brazo y fijó en sus labios una amplia sonrisa. De pronto, las dos figuras se detuvieron. Aún permanecían lejos. La incertidumbre aterraba a la niña. Sus manos aferraron con fuerza las asas de su mochila naranja. La testigo asesinaba la virginidad de la sospecha, y construir una alternativa no era fácil. Habría que suspender cualquier idea. Eva lo creyó así, y sin permitirse un pensamiento más huyó del encuentro.

Aquellos pasos esquivos bajo el frío crepúsculo de noviembre le parecieron eternos; pesados; imposibles de acelerar. Eran días caminando apenas unos metros; segundos. La voz sonó violenta a su espalda. Almudena desgañitaba su garganta ahogada. Su nombre era un eco siniestro con una pronunciación descuartizada por el piercing en el frenillo de la lengua. Eva se detuvo al tercer latigazo nominal. Miró atrás y observó como «Almu» casi corría hacia ella. La niña quiso matarla allí mismo, atravesarle la nuez con sus agujas, pero se contuvo. Tampoco medió palabra. Almudena, exhausta, se detuvo levemente. La respiración le abofeteaba. Se recolocó el flequillo, se estiró la ropa y sonrió hacia la derecha.

—¿Quién coño era? —clamó sin elevar en exceso la voz.

Almudena frunció el ceño, alzó los brazos con las palmas hacia arriba, como si estas sujetaran dos bandejas, y encogió los hombros. Eva odió ese gesto. Digirió un pequeño escalofrío, pero no pudo evitar la arcada y vomitó un impulso repleto de odio. Aquella chica ya no era la niña que una vez la rescató del barro y le lavó las heridas de la rodilla. Aquella chica ya no era la que cada tarde le llamaba al timbre del portal para que bajara a jugar a la goma. Aquella chica no era la chica que le contó por primera vez su primer

beso, justo antes de que el verano llegara y liquidara su amistad. «Almu» era ahora una «espejito-espejito». Y al final, Eva no pudo evitar la contención. Dio un paso firme hacia adelante y la tensión retenida empujó con fuerza a su cuerpo rival.

—¡Eres una zorra estúpida! ¿Lo sabes? ¡Una zorra estúpida!
—repitió alterada.

El enfrentamiento se difuminó. La mochila con sus dos agujas como rayos de luz, y la menuda niña, volvieron a caminar calle arriba. Almudena no pudo articular una sola palabra. Únicamente la vio alejarse.

La distancia entre ambas no llegó a ser eterna. Ocurrió lo contrario. Desapareció de nuevo por completo. Los aros de Almudena bailaron bajo sus lóbulos desbocados, los tacones caminaron inestables y el insulto escocía como si un gusano venenoso se retorciera por la herida abierta. La persecución fue brutal; un reto obligado. Y lo consiguió.

Las pequeñas manos no llegaron a tiempo. Huyendo del frío, no salieron de sus vaqueros. Los labios se le desdibujaron aterrados cuando un envite aterrizó de improviso en su espalda. Sus ojos se abrieron presas del pánico y la acera creció hasta emborronarse. La palabra zorra golpeaba al aire una y otra vez. En su labio y nariz irrumpió una quemazón horrible. Le nació sin anestesia un enérgico dolor en la piel. Y por el interior de su nariz fluía un pequeño hilo de sangre. Las lágrimas también despertaron. Apelotonadas en los párpados deseaban explotar en mil pedazos. Los zapatos de «Almu» aparecieron a la altura de sus pupilas. Cada segundo más arrepentida, pero su cerebro le pedía paciencia una y otra vez.

Cuando Eva se puso de pie, el rostro de Almudena se acobardó. La sangre que tenía en su labio superior no era el resultado que ella esperaba. Eva extrajo un pañuelo de papel de la mochila. Le temblaba la mano, y con cuidado y lentitud, se limpió.

—Lo siento, no era mi intención...

Eva quiso asesinarla allí mismo. Quiso que sus agujas le desgarraran la piel milímetro a milímetro hasta que solo quedaran a la vista sus músculos, tendones y venas. Las uñas habían dibujado pequeñas medias lunas en la palma de sus manos. Miró a izquierda y derecha. Solo viento, soledad y hojas inquietas. Finalmente, tras sentir un ofensivo dolor en el labio, musitó.

—No debí llamarte zorra. —La rabia le ardía las entrañas—. Silvia estará esperando, vamos.

Almudena no dijo una sola palabra más. Avergonzada por la herida abierta, siguió la estela de Eva a escasos dos metros. Cabizbaja, quiso volver a pedirle perdón, abrazarla, besarla, curarle la herida día tras día, pero no dijo nada. Ninguna dijo una sola palabra. El camino se hizo largo, denso y frío. Cuando la puerta metálica creció ante ellas, la niña extrajo unas llaves de la mochila. Abrió el candado y empujó con fuerza. Parecía pesar toneladas. La hierba, sometida, denotaba que había habido un movimiento reciente.

—¿Es aquí? —preguntó Almudena dudando entrar—. ¿De quién es esta casa?

—Sé paciente —abrevió Eva, que sonrió con su boca herida e invitó a pasar.

Bajar las mismas escaleras que recientemente había ascendido en soledad, satisfecha y tranquila, le resultó paradójico. Ahora las descendía nerviosa, con el enojo congelado en su corazón y sin un plan concreto. Solo quería que su ira actuara. No iba a permitir que sus ideas más cerebrales tomaran parte en aquel combate.

—¿Qué es esto? —volvió a insistir «Almu», esta vez tomando distancia y dubitativa.

—El desván —resumió la niña.

—¿Está ahí abajo Silvia? —preguntó desde lo alto de la escalera

No hubo respuesta. Cuando llegó abajo, encendió una

menuda luz que tomó fuerza muy poco a poco y se desfundó la mochila. Decidió sentarse en el suelo, cruzar las piernas, y extraer sus luminosas agujas y un pequeño ovillo de lana negra. Cuando las piernas de «Almu» aparecieron por el pasillo, Eva giró la mirada levemente, sonrió, notó que uno de sus braquets podría estar suelto y se lamió las encías. Acto seguido extrajo un ovillo verde.

—¿Qué haces? —La chica «espejito-espejito» caminaba temblorosa, ridículamente nerviosa. Se subió la cremallera de su cazadora hasta la barbilla y dio dos pasos más hasta que pudo colocarte frente a Eva—. ¿Dónde está Silvia?

—Busca.

—¿Qué?

—¡Qué la busques, joder! —la orden la arrojó sin levantar la vista; sin pestañear; sin un mínimo gesto.

—¿Es un juego? —inquirió con tono vacilante.

—Tal vez...

Eva continuó absorta en su tejido. Oyó murmurar, pero no escuchó. La oyó caminar, pero lo ignoró. La paz bebía a tragos largos la ira que le pellizcaba en el labio cada tres segundos. Mientras, hilaba un menudo triángulo negro que, sin duda, pronto tendría forma de zapato. Almudena se quedó observando aquel habitáculo, todavía tenue. Iba a aceptar el juego pese a lo extraño del mismo. No veía a Silvia organizándolo, pero quería llegar al final de aquel inexplicable acertijo.

El desván se disfrazaba repleto de herramientas. La mayoría dormían colgadas en las paredes. Había sierras de infinidad de tamaños, azadas, palas y rastrillos, escobas y varios cubos metálicos de gran tamaño. También había una guadaña en una de las esquinas. En una de las paredes había un pequeño cortacésped y también una manguera estrangulada y dominada por densas telarañas. Vio varias cajas apiladas sobre estanterías de madera, una de ellas, seguro que llena de herramientas. Divisó pequeñas cajas de zapatos en una

esquina lóbrega, y junto a ellas, un pequeño motor que no supo su utilidad.

—¿Está aquí?

Eva no respondió. Sus muñecas habían logrado desentumecerse del frío y maniobraban a gran velocidad. El hilo subía y bajaba en pequeños círculos y pasaba de ser un mero fleco huérfano a convertirse en un pequeño lazo hermanado que germinaba aquel zapato de lana. Almudena rompió el silencio con un «¡No puede ser!». Miró a Eva, pero al ver su abstracción no quiso acercarse. No sabía cómo actuar. Dudó si irse. Estuvo a punto, pero entonces comprendió que el único lugar en el que Silvia podía esconderse era en uno de los cuatro arcones que había al fondo. Le parecía absurdo, una verdadera gilipollez esconderse allí para darle una sorpresa, pero quizá aquel juego, teniendo como protagonista a la «pinchitos» podría ser.

—Sois imbéciles —le dijo «Almu» con una mirada victoriosa —. ¿Me escuchas?

Eva siguió sin inmutarse. El primer zapato aparecía perdido entre sus piernas. El segundo comenzaba a tomar vida. Almudena apretó la mandíbula, entrecerró los ojos y volvió a susurrar algún insulto mientras se acercaba con decisión a los arcones, donde la sombra se hacía fuerte.

—Está aquí, ¿verdad? —insistió posando el brazo sobre el primer arcón—. ¡Silvia...! ¡Te voy a encontrar...!

La tapa del primer arcón estaba pegada, pero «Almu» pudo levantarla con fuerza. No había frío, solo oscuridad y polvo. Tosió y la dejó caer. Se alejó tosiendo y volvió a mirar a Eva, que a lo lejos había soltado el segundo zapato y tejía ahora con el ovillo verde.

—¡Estáis como una puta cabra, joder!

Almudena no vio que el segundo arcón estuviera encendido. Tampoco detectó el calor que desprendía. Jamás hubiera imaginado encontrar lo que había en el interior. Fue como una cuchillada por la

espalda que sorprende al corazón y no puede seguir latiendo. Como un palo que se cruza por los radios de una bicicleta y accidentan el rodar sosegado. Levantar aquella puerta, sentir que el vaho del frío le castigaba la nariz, y que tras disiparse la neblina, la imagen de Silvia yacía allí, tal como imaginaba, pero no tal como creía, le detuvo la respiración. La mandíbula se le descolgó de la cara y emitió un desgañitado grito afónico. Eva sufrió una sacudida al instante, como si fuera el eco de su voz. Sus agujas se detuvieron, enfrentadas, besándose punta con punta, luciendo ante la vacía mirada oscura de la niña. El cuerpo menudo de su amiga de infancia había levantado la tapa del arcón hasta la pared. No movía un músculo. Únicamente observaba la realidad de aquella muerte inesperada. Analizaba con detalle el desfigurado y descosido y desordenado cuerpo de la amiga que le había enseñado a fumar un pitillo. Una lágrima se le derramó por la mejilla. Tras ella, un temblor se le disparó en las piernas. El estómago se le anudó con fuerza y una náusea llamó a su cerebro. Otra, y otra más. Gimió y empezó a sollozar con suspiros entrecortados, esperando despertar de aquel sueño. Quería una respuesta pero no quería preguntar. Deseaba unas palabras pero no podía emitir sonido. En ese instante, cuando tampoco lograba quitar sus ojos del cadáver y tenía decidido retomar la vista atrás, Eva le respiró en el cogote. Ambas, sin mirarse, supieron de su presencia; tan próxima. La aguja plateada de su mano derecha estaba en lo alto, a escasos centímetros del cabello de Almudena. Su menuda mano la agarraba con tanta fuerza, que cuando explotara la ira retenida, sabía que tardaría en detener la frenética acción. Sin embargo, cuando la sangre tenía que empezar a salpicarle en la cara y el dolor emitir sus aullidos más insoportables, el imprevisto tomó protagonismo y «Almu» jugó sus cartas. El reflejo blanquecino del arcón desveló las intenciones de Eva.

La punta no llegó a hundirse en la piel de su amiga. El segundo cadáver esquivó el primer ataque. Eva hirió al aire; al vacío,

porque en el preciso instante en el que la nuca iba a sufrir la primera incisión, los pies de Almudena quebraron su posición. Eva volvió a tropezar con la nada.

—¡Joder! ¡Hija de puta! ¡Estás loca!

Almudena estaba nerviosa. Dudó si acercarse, la miró aterrada desde la distancia y cuando Eva se levantó, fuera de sí, furiosa, corrió.

Los pequeños detalles

Hay minúsculos instantes en nuestras vidas que parecen eternos. Los protagonizan pequeños detalles engrandecidos por invisibles pero inalterables cauces de intensidad. Suelen vivir, habitualmente, en cruces de miradas. Las pupilas logran arrojar un poderío tan intenso, que pueden amar, desnudar y hacer el amor sin tan siquiera pestañear. Consiguen odiar, pegar e incluso matar. Las miradas, si miran con plena sinceridad, son un espejo de intenciones; como un corazón desarmado acariciándote; golpeándote la piel. Sucede que la ausencia de valentía no nos permite descifrarlas. Aceptar ciertas miradas da pánico. Siempre esperamos que los hechos o las palabras caigan sobre nosotros para dar un paso al frente.

Eva cayó enferma después de su intensa «cita» con Almudena. Tenía gripe —mocos, tos y fiebre— y su madre no le permitió abandonar la cama. La niña lo agradeció. La noche anterior había regresado casi de madrugada, herida, sucia, extremadamente pálida, bañada en sudor y sin una explicación. Ni una sola palabra que aclarase lo sucedido pese a la tensa discusión. Finalmente, las lágrimas de la hija y un portazo asentaron un tenso y doloroso silencio.

Pronto se encendieron las alarmas en el instituto. Marc notó su ausencia cuando al pasar por el pasillo no pudo evitar mirar de reojo al aula de Eva. Su pupitre gritaba soledad. Al finalizar las clases, después de no localizar a la madre en el móvil y tras consultar sin resultado positivo al jefe de estudios y a la directora, decidió

llamar a Verónica y decirle que llegaría más tarde. Irrracionalmente mintió: «Tenemos una reunión de profesores en el instituto».

Eva aparecía casi escondida bajo la fría bombilla artificial de su lámpara de escritorio. Las persianas descansaban bajadas y la última luz natural del día apenas ultrajaba su intimidad. Leía un libro de escasas páginas que llevaba como título «La mecánica del corazón». Mientras, la madre colocaba todo lo comprado en el supermercado, con prisa y precisión en diferentes cajones de la cocina mientras pedía disculpas a Marc: «Olvidé el móvil en casa, siento haberte hecho venir, ¿quieres un café?». Sonreía y seguía ordenando. «No, muchísimas gracias». El café, el «colacao» y el azúcar en una estantería superior, la fruta y la verdura en la cajonera inferior de la nevera, la leche en un armario inferior, oscuro, los yogures, el queso y varios envoltorios de papel de carnicería también en la nevera, pero en las distintas baldas de cristal. Marc dejó de observarla. Giró el cuello hacia la penumbra del pasillo y lo caminó para llegar hasta el cuarto de la niña.

Descansaba hundida, tapada con su nórdico negro hasta la altura de los hombros. Las mangas de sus brazos revelaban que vestía un pijama de terciopelo azulón. De fondo sonaba un grupo con acento inglés americano. Eva bajó el libro hasta su regazo, torció el gesto, sorprendida, y al acercarse y filtrar su mirada hasta la luz de escritorio, Marc descubrió pequeñas heridas en su labio superior, nariz y ojo.

—¿Qué te ha pasado?

Me detuve en la base de la cama. Eva cerró el libro, imitó mi

lacónica sonrisa y ensanchó la felicidad de sus ojos. Tras ella, también había dolor y cansancio.

—¿Has venido a verme? —La felicidad se expandió aún más por su rostro, como una ola que llega a la orilla e invade la arena.

—Me preocupé —reconocí con timidez.

—Acércate, por favor —pidió al tiempo que comenzaba a recolocarse en la cama—, quiero verte de cerca y creérmelo.

Di dos pasos. Luego di tres. Eva golpeó varias veces con su palma de la mano en la orilla de la cama, indicándome que me sentara. Accedí. El cruce de intenciones chocó. Éramos diferentes. Al tocar la colcha con los dedos sentí un vuelco en mi corazón, como si ella hubiera conseguido apresarme con sus ojos; profundos y deseosos, e inconcretos. Ella, en su interior, sin yo saberlo, gozaba de una claridad concisa y palpitante hacia mí. Aquel deseo inexplicable a su edad, pero deseo al fin y al cabo, vivía frágil entre nosotros. Su mano, lenta y sutil, se estiró y avanzó con decisión hacia la mía. Y en ese instante, una voz interrogativa rompió el hechizo e hizo que yo me pusiera de nuevo de pie.

—Estoy bien, mamá. Déjame, anda. —Eva miraba a su madre con hastío. Sus ojos limpios habían desaparecido.

—Un zumo al menos —insistió desde la puerta, mirándome de reojo con una sonrisa.

No contestó. El silencio volvió a beberse el aire de aquel cuarto. Todos nos miramos de manera intermitente. La tensión se hizo fuerte en nuestros gestos; serios, felices y falsos. Y al final, Eva aceptó.

La calma, tras unos breves reproches por la actitud de su madre, volvió a tomar asiento. Yo hice lo mismo en cuanto la estela maternal pareció lo suficientemente lejana. Sobre aquel colchón, en el borde, observé sus heridas.

—¿Qué pasó? —insistí.

No respondió. Me observaba muda. Allí, con la espalda

pegada a una enorme almohada parecía más adulta. Su gesto brindaba una frialdad remota a cualquier adolescencia. Por segundos, me hacía olvidar que tuviera trece años. Ni siquiera aquel menudo cuerpo sin caderas, ni el dulce rostro albino e infantil. De pronto, su mano violó la mía. Fue por sorpresa, cuando reparaba en cada una de las heridas que le contaminaban la cara. Me cogió los dedos y buscó la cicatriz que ella provocó. Apenas quedaba un mínimo rastro de ella en mi piel. Bailó sus uñas por la yema de mis dedos, y yo, sin razón alguna, dejé que lo hiciera. Entonces, sus gestos detonaron las palabras.

—Me gustas.

Su voz danzó con suavidad entre mis labios, y mi mano asustada se liberó de la suya, fría; febril tal vez. Fue un tono infantil, pero sobrio, firme y sugerente.

—¿Qué? —balbuceé.

—Que me gustas mucho —repitió sin la dulzura anterior.

Mi mano se escondió en el bolsillo de mi americana, como si la hubiera mordido una serpiente. La piel sonrojada de ella se dulcificó como una tarta de fresas con nata deshecha sobre un plato. Yo, dubitativo, amagué con la idea de levantarme. Al intuir mi movimiento, encogió sus hombros y levantó el nórdico hasta esconder su barbilla. En ese instante decidí retirarme unos centímetros, olvidar lo escuchado y volver a recuperar la comodidad.

—¿No me vas a decir qué te pasó?

—No te asustes, Marc —respondió con una amplia sonrisa—, gustas a medio instituto, que me gustes a mí es normal. Eres mi profe particular. Además, yo tengo más cerebro hábil que cualquiera de las zorras de bragas húmedas que se contonean entorno a...

—¡Eva! —interrumpí.

—Perdona...

El paladar me lijó la lengua. El corazón me ahogó el pecho, y ella se hundió más bajo las sábanas. Los dientes buscaron un roce

intermitente. Me mordí un labio y sonreí aceptando su travesura lingüística.

—No vas a contármelo, ¿verdad? —Señalé a su labio e intenté sostenerle la mirada.

—No, Marc, no. —Escondió su cara en la sombra y hundió su cuerpo un poco más—. Lo siento.

Me puse de pie. Miré desde mi altura a la niña recubierta por aquel nórdico. Miedo y deseo decían sus ojos. La intensidad de ambas pupilas me hipnotizaba; paralizaba; bloqueaba. Se colaba por mi mirada tratando de palpar mi corazón. No pude soportarlo. La esquivé, incómodo, y mis ojos aterrizaron a trompicones sobre la descuidada pista del escritorio, donde cuadernos, lápices, bolígrafos y rotuladores compartían espacio con un ovillo herido por las dos agujas plateadas.

—¿Una está torcida?

—Sí —respondió sin entusiasmo.

Yo seguí sin mirarla, perdido entre sus notas. Ella seguía quemándome con sus ojos. El ajeteo de su madre llegó lentamente por el mutismo de ambos.

—Eva, tengo que marcharme —musité entre dientes.

—Lo entiendo.

—Espero que recuperes pronto. —Me acerqué y le cogí la mano, fría—. El lunes tenemos clase, ¿verdad?

—Aquí estaré —sonrió y dio por zanjada la conversación recogiendo su libro del regazo.

Caminé hacia la puerta vigilando de reojo como ella regresaba a la lectura. Allí me detuve, bajo el marco, disconforme con la sensación de aquella visita. Y sin preguntarme el motivo, lancé aquellas últimas palabras:

—Eva, quiero que sepas que tú también eres la chica que más me gusta de clase.

Cuando uno sueña que va a ser atropellado y su vida corre peligro siempre es capaz de evitarlo. Encuentra mil salidas al laberinto de la muerte. No hay ser humano que no haya esquivado el fin de su vida en un accidente. Hay un instinto de supervivencia cerebral en el que todos logramos salir victoriosos. Y ganamos porque controlamos todo; al atacante y al atacado. Sin embargo, todo cambia cuando la realidad nos hiela la sangre, arrolla los latidos de nuestro corazón, dispara la adrenalina y nos inunda de temor. Entonces el coche que se abalanza sobre nosotros nada lo esquivo ni detiene. La escena es mucho más veloz que en los sueños. Apenas dos segundos, y en ese lapso de tiempo no hay maniobra. La fuerza acuchilla con un impacto brutal sin permitirnos pestañear dos veces. Todas las ideas mueren, se bloquean y el instinto que actúa es inútil; ineficaz ante lo que se avecina hacia nosotros.

Eva tenía esa sensación. El vehículo aceleraba a toda velocidad y su cuerpo yacía estático y pegado al asfalto de aquel desván. Almudena era la que conducía, pero paradójicamente la huida era la que le hería. Que «Almu» revelara información sobre lo visto era un ataque de calibre incalculable e inesperado.

A la derecha, Silvia miraba sin vida con el frío aferrado a su piel amoratada. Las agujas de Eva amenazaban al suelo, decepcionadas por el primer desacierto. A la izquierda, Almudena permanecía expectante, asustada y nerviosa queriendo que la realidad le dijera que todo era un sueño. Sin embargo, el despertador no sonó. Únicamente hubo un insulto aullado. La pesadilla acababa de enseñar el primer colmillo.

Los escalones oscuros parecían ser la almohada de la calma

para «Almu», pero erró. Por muy rápido que subiera, el pavor seguía mordiéndole el estómago; provocándole náuseas, porque el aliento de Eva le arañaba el cabello. Los zapatos nerviosos de Almudena no pisaban con firmeza. La debilidad de sus rodillas frenaba su velocidad. Quería huir, pero dudaba que lo fuera a conseguir. La niña no tardó en iniciar la persecución, un segundo después de que su garganta rugiera «¡zorra hija de puta!». A Eva los escalones también se le multiplicaban, y la estela femenina que una vez le enseñó a dibujar sombras de animales le parecía inalcanzable. Las respiraciones agitadas parecían tormentas de verano, y los ojos desencontrados, rayos desbocados. Almudena empujó una silla a su paso. Tronó al golpear sobre la madera. Eva la saltó y esquivó sin que sus agujas perdieran un solo instante la posición de ataque.

Almudena buscaba la luz, la salida. Eva empujarla a la oscuridad definitiva; detener aquel corazón acelerado.

Una mesa redonda de gran amplitud detuvo la carrera. Una frente a la otra en aquella soledad aterradora, donde solo el viento parecía silbar pidiendo auxilio al otro lado de las ventanas. En el interior, las dos respiraban con ahogo, angustia y extenuación. El final del juego parecía inevitable; bandera blanca. Si bien, nada de aquello era un juego. Mirándose por última vez, a dos escasos metros de distancia, separadas por el grosor de una mesa y deseándose de manera tan diferente, engordaba el hilo que tensaba el odio imparable. «Almu» trató de reiniciar la huida, pero su pecho le hizo toser y escupió flemas y vómito de un malestar incubado hace días. Eva recortó la distancia, pero en ese instante, la luz cegó de felicidad a la invitada. Un cuadro de caza al fondo del pasillo reavivó su reminiscencia. Apresada por un pánico doloroso, y tras arrojar un grito desgarrador que desató sus lágrimas, corrió.

Empujar la puerta y que el frío aire del jardín le lamiera la cara le inundó de esperanza. Sin embargo, no hay vuelo sin aterrizaje.

El porche tenía cuatro escaleras. Ella las vio, pero no calculó con detalle el salto. Solo quería sentir que el aliento de aquella diabólica niña de ojos rabiosos desapareciera. Sin embargo, sus zapatos detuvieron la huida. Hundidos en la fría tierra del césped, el castillo humano se tumbó. La rodilla mordió la tierra y los dedos frenaron la caída. Eva vio aquel cuerpo derrumbado tres segundos después. Voló hacia a ella, y cuando Almudena quiso levantarse, una de sus agujas pinchó en su tobillo. El pellizco en los tendones logró derrumbarla. La sangre le escupió en la cara y el talón izquierdo le golpeó el ojo. Eva no se detuvo. La mano que sujetaba la otra aguja torcida clavó con rabia en el otro talón.

La vida roja escupiendo, los gritos agonizando y una escalada de puñaladas asesinando la vida de Almudena en apenas un minuto. Eva perforó sus muslos, sus nalgas y atravesó por la espalda ambos pulmones y su corazón. Sobre ella, sobre el césped, sintiendo cómo dejaba de temblar y respirar, descubrió de nuevo el frío y el viento secándole la sangre ajena y propia de la cara. El silencio nocturno regresaba. Se puso de pie. Observó que la luna estaba anoréxica entre las nubes y que nadie observaba al otro lado de la verja para su tranquilidad. En el suelo examinó el cuerpo. Se agachó, extrajo las agujas, lo giró y apareció su rostro desfigurado; dibujando aún el dolor. Sonrió y con ira abalanzó las agujas hacia sus ojos.

Sospechas

La noticia derramó ríos de tinta en la prensa, ganó fuerza y minutos en los titulares del telediario, y las cámaras y micrófonos fueron atrezo habitual en el patio del centro. Las sospechas brotaron, y aunque apuntaban a dos puntos concretos, aún caminaban con excesiva imprecisión. Los programas televisivos de actualidad, según fuentes policiales, señalaban a un hombre adulto que tuviera de alguna manera trato con los alumnos o a un joven que hubiera tenido relaciones con las desaparecidas. La teoría de una chiquillada adolescente había muerto. Nadie apuntaba al abandono de la casa por una riña familiar temporal. Dos niñas de edad idéntica, del mismo centro, de idéntica clase. Almudena había cambiado el rumbo de las investigaciones. Dos inspectores de largos abrigos ya se habían presentado en el colegio para realizar las primeras entrevistas; interrogatorios. Su principal destino: el sexo masculino.

La mañana que tocaron en la puerta de mi pequeña sala de estudio de profesores no presté ni siquiera atención a sus preguntas. Ni siquiera sospeché que tuviera algo que ocultar. Respondí triste, contrariado y con firmeza, tratando de ayudar. Nada me preocupaba. Tampoco pensé que las preguntas de Marco y Antonio estuvieran arrastrándome al terreno fangoso de la sospecha. Facilité mi nombre y apellidos, edad, mi teléfono, mi dirección de casa e incluso les permití, casi con invitación obligada, registrar mis cajones y estanterías. Educados, tranquilos, pidieron disculpas una y otra vez por las molestias. Yo sonreía de manera forzada, sin la sinceridad que uno ofrece cuando la felicidad le anega el corazón. Cuando estreché sus manos volvieron a agradecerme la colaboración. Desaparecieron. Yo olvidé aquellos quince minutos en cuanto la puerta golpeó en el

marco. Volví a mi silla y regresé a mi trabajo docente. Nunca imaginé el ciclón que iba a golpear a mi vida. Aquella visita era la primera piedra de un castillo de conjeturas que me convirtieron en el principal sospechoso de la desaparición de Silvia y Almudena. Los motivos fueron mi aspecto y los testimonios del alumnado.

En el tiempo que me llevaba arrancar treinta páginas de mi calendario de mesa, el instituto había mudado su forma de ser por completo. Las paredes no mostraban la monotonía de antaño. La alegría de una juventud que creía devorar el mundo y apenas mordisqueaba una miga de él, se había extinguido. A la ausencia de Silvia y Almudena, presentes en infinitos recuerdos por todas las esquinas del centro, había que añadir la posibilidad cada vez más tangible y temerosa de unirse a ellas. El asesino observaba y nadie podía verle.

Los carteles impedían olvidar durante las horas lectivas. El profesorado ya había debatido la posibilidad de hacer una limpieza casi plena para devolver los pasillos a su estado natural, pero los ánimos aún bailaban a flor de piel y el revuelo estudiantil sería de órdago. No había columna o pared que no albergara una foto, un texto, un poema o una vela. Si bien, era la entrada del instituto y el pasillo de su aula los puntos de mayor evocación. Abundaban las fotografías, decenas de flores dormían en el suelo junto a las velas palpitantes, y aparecían algunas camisetas firmadas, así como pulseras, pendientes o anillos en señal de ofrenda.

Mi vida en el instituto también había ahorcado todo sus hábitos. Mis paseos se habían liberado del asedio jovial. Podía llegar de aula a aula en apenas dos minutos, por lo que siempre estaba puntual en cada una de mis clases. La única que detuvo mi caminar fue Eva. En dos ocasiones. En una de ellas, pocos días después de recuperarse de su gripe, me trajo magdalenas de su madre. Me sonrojé, pero las acepté. La segunda, ocasión para recordarme que el próximo lunes tendría mi muñeco. Ella era distinta en público.

Sonreía, pero mantenía la intensidad distante. Tras su mirada se escondían los ojos que me quemaban en la soledad; la energía intensa que me devoraba, y sin duda, dejaba huella.

Eva tomaba un té rojo junto a Julia e Iker, en la cafetería del instituto. Él tenía un libro abierto, pero no leía. Tenso, no podía vigilar de reojo las delgadas manos que sujetaban la taza. Por mucho que lo intentaba, aquello no desaparecía. Estaba nervioso, apesadado por un nudo en el estómago, e inestable por el temblor de sus rodillas. Julia comía risketos, tenía abierto su libro de química y hablaba sin parar. Su tema inamovible era el de Silvia y Almudena. Desde que ocurriera, sus padres siempre le llevaban y recogían. Y la pequeña pelirroja no dejaba de exponer teorías, pensamientos, afirmaciones, temores o sospechas. Eva tejía lo último de los detalles del profesor; una pequeña maleta que siempre llevaba consigo. Ni siquiera miraba a su compañera de clase. Únicamente oía su voz.

—¿Irás? —repitió con voz elevada al ver que su amiga no movía siquiera la mirada.

Eva sintió de pronto un golpe en el hombro. Levantó la barbilla. Descubrió que la silla de Iker estaba vacía. Miró a Julia y sonrió al ver sus labios anaranjados.

—¿Dónde se fue?

—Fútbol, ya sabes. —Masticó otro risketo e insistió—:
¿Vendrás?

—¿A dónde?

—A la manifestación del sábado —aclaró en un susurro.

—¿De qué?

—¡Joder, Eva! —protestó soltando el paquete de entre sus dedos.

Las dos se miraron. Durante unos segundos, hubo expectación, si bien, todo volvió a la normalidad y el bullicio tomó el ambiente. Eva sujetaba las dos agujas, de la que colgaba una fina lana marrón. Julia estiró la mano y cogió la muñeca de la niña.

—Este sábado es la manifestación por Silvia y Almudena. ¿Qué pasa? ¿Vives en este puto planeta?

Era difícil oír a Julia hablar así. Eva entrecerró la mirada buscando a su verdadera amiga. Le había escupido la palabra «puto» y ni siquiera temblaba. No se movía y le mantenía la mirada. Ni siquiera se soltaron de la presión que latía en la muñeca y dedos.

—No, estoy cansada de todo este circo —expuso esquivando sus ojos—. Ha pasado, la policía lo solucionará...

—¿Cómo?

—¡Joder, Julia! A saber qué habrán hecho esas dos golfas —susurró—, nada ocurre sin motivo.

—¿Y no tienes miedo?

—¿De quién?

—Del asesino...

—¡Ja, ja! —La carcajada rompió el tono de la conversación—. ¡Estás como una puta regadera!

—¿Te alegras de su...?

—¿Muerte? —terminó.

—Igual no lo...

—Julia, por favor —interrumpió liberándose de su mano—, no le des más vueltas a esta mierda. Suficiente tenemos con ver a diario toda esta parafernalia cutre apestando a sentimentalismo barato. Tú ni siquiera las hablabas, Julia, ni siquiera te miraban. De hecho, te escupían al pasar, ¡joder!

—Cualquiera diría que te alegra que no estén.

—Pues no sé qué decirte...

Las dos parecían estatuas de hielo; mimos esperando el tintineo de una moneda. Julia temblaba por dentro aunque no lo expresaba su piel. Rompió su quietud cuando cerró el libro de química y apretujó el paquete de ricketos repleto de migajas. Estuvo a punto de levantarse. También quiso abofetear a Eva, una o dos veces, y gritarle lo estúpida e insensible que era. Sin embargo, se mantuvo sentada, gesticuló los labios como si fuera a decir algo, pero únicamente emitió un suspiro.

—No iré a esa farsa, Julia. Lo siento —concluyó.

—Entonces es que estás del lado del asesino —embistió Julia, sobrecogida al instante de escucharse.

—O soy el asesino —ironizó Eva—. ¿Imaginas? Soy la niña que mata a sus víctimas con las agujas... ¡Tú serás la próxima!

Eva hiló durante cuatro segundos, con la cabeza hundida, dando por finalizada aquella conversación. Pero entonces, Julia puso una piedra en el camino que desató la ira de Eva. Su mano apresó la muñeca que sujetaba una de las agujas y detuvo ese fino y rodado remolino.

—A veces, eres una puta loca.

El respingo de Eva movió la silla. Su muñeca paso de ser inmovilizada a coger el antebrazo de Julia. Le arrimó hacia sí, le clavó la mirada, y con la otra pequeña mano libre atacó. La aguja, empinada y firme, se posó en su piel de gallina y tersa. Por segundos, Julia creyó morir. Su organismo sufrió una vertiginosa caída de tensión. El frío acero en su cuello le debilitó. Fueron tres segundos, cuatro, tal vez. Nadie contabilizó aquella pequeña escena porque nadie se percató de ella. Nadie le dio importancia. Sí Julia, que vio como sus pupilas se empaparon, pestañeó y lloró. Eva sintió el pellizco de sus lágrimas en el corazón. Sonrió, relajó su mano y se distanció.

—Es broma, Julia, es broma. —Le acarició el cabello y se acercó para besarle la mejilla—. No aguantas nada.

Julia no habló. Se retiró ambas lágrimas con los dedos índices y con una forzada sonrisa se levantó.

—Tengo que irme...

—Lo siento, Julia —dijo cuando la estela temblorosa de su amiga desaparecía tras la puerta de la cafetería.

Eva necesitó varios días para recuperar la palabra de Julia. Sentadas pupitre con pupitre jamás hubo tanta distancia. Iker se acercó un día y preguntó si le había amenazado a Julia con una aguja. Eva sonrió y corrigió: «Una broma. Julia es una exagerada». Hizo un gesto con su aguja como si fuera un espadachín y luego le acarició la cara y la barbilla. Él se derritió y no pudo evitar dibujar la felicidad en su cara.

Tuvo que regalarle un disco de su grupo favorito. Fue reacia a cogerlo, pero al final el hielo se derritió y ambas terminaron fundidas en un abrazo. Lo hizo el día que los inspectores interrogaron a Eva. Ese día fue el que mi vida comenzó a cambiar. La mañana que quizá ella entró en mi vida sin permiso y todo se complicó en exceso.

—Quieren hablar contigo, ¿tienes diez minutos, Eva? —preguntó la directora haciendo las presentaciones oportunas.

—Sí, claro —respondió sonriendo a Julia de reojo—, no hay nada que ocultar.

—Yo estaré aquí al lado si me necesitas —añadió la directora.

Los dos eran altos. O lo parecían por sus largos abrigos. Uno de ellos estaba calvo, el otro tenía el pelo rizado y barba. Uno miraba con ojos negros, el otro con unas pupilas castañas y claras. Uno sonreía y tenía un rostro afable, el otro neutro. Los dos se sentaron

frente a Eva, que parecía más diminuta en aquella silla. El silencio apenas duró unos segundos.

—¿Conoces a Marc Parrot?

A Eva le sorprendió la pregunta, directa, firme y sin una presentación previa sobre el asunto a tratar.

—Sí, es mi profesor particular.

El hombre calvo, el encargado de las preguntas, se levantó. Hacía que pensaba, pero no lo hacía. Sabía a la perfección cada una de las preguntas, pero examinaba de reojo el rostro de aquella niña. Eva, descolocada por la incursión de Marc en la voz de los inspectores, esperaba expectante e impaciente la siguiente pregunta.

—Eva —reanudó desde la ventana—, debo decirte que después de hablar con tus compañeros de clase nos resulta curioso que muchos coincidan en que Marc y tú mantenéis una relación especial. Hemos escuchado testimonios, quizá inciertos y que ahora no quiero reproducir, pero que le unen contigo más allá de la relación profesor-alumna. Es por eso que queremos hablar contigo. Queremos saber de tus palabras qué de real hay en esta historia.

—¿Qué han contado?

La pregunta sorprendió al Inspector. No esperaba ese tono de voz. La pregunta, que exigía con desparpajo, pareció herirle; arrebatarse el dominio del interrogatorio.

—Queremos saber tu versión —insistió.

—Marc me da clases particulares. Todos los lunes. Nada más —zanjó Eva torciendo el gesto.

—No es lo que nos han contado tus compañeros — interrumpió con hastío el inspector de pelo rizado—. Varios de ellos nos han asegurado que, tú, dijiste a varias chicas de clase que llegasteis a tener una relación.

—Mentira —negó con sosiego.

El hombre calvo caminó hasta su lado. Alcanzó una silla, se sentó y miró a la niña. Sus brazos descansaban tensos sobre la silla,

tenía la mirada firme, enojada, e incómoda. Sin embargo, aparentaba serenidad.

—Eva, solo queremos ayudar. No es necesario que te diga que dos de tus compañeras han desaparecido y todo apunta a que el responsable es muy probable que tenga una importante relación con este centro. Si en algún momento Marc se ha... —Mantuvo una pausa, buscó las palabras y cogió la mano de la niña—, si notas cualquier sospecha, por favor, no dudes en avisarnos.

—Entendido.

Cuando el inspector de pelo rizado vio que la niña trató de levantarse soltándose de la mano de su compañero, que no lo impidió, arremetió de nuevo. Insatisfecho, trató de asediar un poco más; acorralarla, debilitarla, buscar la sinceridad en algún recóndito y delicado sentimiento. Pero no fue posible. Eva estaba segura de las respuestas que había dado y de las que iba a dar. No iba a cambiar ni una sola palabra. Únicamente le sacudió su estabilidad emocional la frase final del inspector calvo. Fue un mordisco en la yugular de improviso que le hirió y aceleró su corazón. Sin duda, fue escupida con intención.

—Tendremos que hablar con Marc, sobre todo esto. ¿Lo entiendes, verdad?

Eva se congeló un segundo, después asintió levemente, y por primera vez en mucho tiempo el cuerpo le tembló de miedo. Cerró la puerta, sintió una pizca de libertad aun cuando las palabras del inspector le palpitaban en el pecho, y llamó a su madre. Necesitaba saber la dirección de Marc de manera urgente.

El corazón volaba. Surcaba ciego por las nubes de su pecho. Acelerado, emborronaba los latidos. Esclarecía su cielo al detener el paso. Noventa martillazos por segundo. Eva rumiaba en la cabeza la sensación veraz de haber esposado a Marc; atado de pies y mano. Le azotaba la imagen de él aleteando panza arriba en una red sin salida, como un pez, ahogándose en el oxígeno; impotente; sin escapatoria; desconociendo su destino.

Le aterrorizaba que se desatara la telaraña. Que los hilos se movieran con destreza, el viento soplara con fuerza y empujara la culpa hacia ella. Aunque para Eva, la muerte de Silvia y Almudena morían en un pasado remoto, sus cuerpos inertes existían congelados en el frío de un arcón, vivían en los recuerdos repetitivos y pedantes del instituto, y desde hace días, en el cerebro policial.

El ensordecedor ritmo de sus latidos, en pleno centro de la ciudad, no se escondía. Ni el bullicio de la gente perturbada por las luces navideñas recién iluminadas, ni el ronquido de los automóviles lo callaba. Dejó atrás la plaza Mayor, caminó por la acera bajo el frío que dormía amontonado sobre las aceras ante la creciente ausencia de luz natural. Cada número del portal que dejaba atrás, mayor recelo. El temor le amordazaba desde los tobillos. Sus dos minúsculas piernas parecían finos alfileres de plastilina sin un solo músculo que la sujetara con seguridad. Las rodillas parpadeaban, y en cualquier momento, creía que su cuerpo iba a derrumbarse como un castillo de naipes. Necesitaba azúcar, beber agua; anhelaba saciar su sed inmediata. Pero aceleró el paso, removió su lengua por su paladar buscando saliva, escondió la barbilla y los labios tras una bufanda y cruzó la calle. Atrás las luces de un teatro iluminaban el asfalto. Entorno a una estación de metro esperaban decenas de personas. Superó una manzana más, y desde la distancia observó el número plateado sobre la puerta del portal. De pie, frente al edificio, se sintió absurda; fuera de lugar. La cobardía y el miedo tomaban

comodidad en su organismo y firmaban el empadronamiento en su pecho. Atravesó el paso de cebra esquivando la pintura blanca mientras la figura verde luminosa tartamudeaba al otro lado. Extrajo del bolsillo de su pantalón una pequeña hoja. Leyó y pulsó el timbre en cuanto puso su zapatilla derecha en el primer escalón del portal. Sonó un desentonado «bip» repetitivo. El silencio esperaba la voz. Eva esperaba traspasar ese fino río tan difícil de atreverse a saltar y tan sencillo de superar.

Nadie contestaba. Los segundos quedaban atrás, miró hacia la izquierda sin saber qué buscaba, y en el hombro que dejó descuidado le tocaron dos dedos.

—¿Qué haces?

La pregunta sonó amenazante. Eva sintió que la ropa se le despegaba del cuerpo. Se sintió desnuda, descubierta, sin excusas. Tenía la sensación de que cualquier palabra sonaría a mentira. Sus ojos, su gesto, su voz, su posición corporal sería una larga nariz de madera. Y lo sabía porque eran muchos años a su lado. Julia sabía cuando le había pillado en un renuncio. Aquello lo era sin espacio ni tiempo para la enmienda.

—¿Y tú? —contraatacó. Se giró y plantó cara—. Dime, ¿tú qué haces aquí?

Julia trocó la mirada. Se le secó la boca. Silenciada no se movió de su posición. Eva sonrió, y al reparar en los timbres, recordó y deseó que nadie hablara al otro lado del telefonillo, pero su voz taladró el encuentro.

Iker, como por arte de magia, entró en plano; escena. Los ojos de Julia se hincharon como a un globo al que le soplan una sola vez. El timbre de voz tambaleó la memoria y dibujó su rostro en el recuerdo. Fue en ese instante cuando el niño de rizos abandonó la invisibilidad y distrajo las pupilas de Eva.

—¡Es verdad! —Le señaló con un dedo y lágrimas en el pecho; con aire descompuesto, herido, desarmado y ahogado.

Eva no supo reaccionar. Las palabras huyeron y el cerebro decidió congelarse. Evitó la mirada de Iker hinchada por la pena; le desgarraba, y optó por centrarse en Julia, que tapaba su boca con ambas manos. Hubo dos intentos más desde el telefonillo. El cuello de la niña tartamudeaba de un lado a otro hasta que se produjo el corte. El vacío parecía haberles transportado al fin del mundo, que el escenario de coches y gentío fuera un espacio negro sin imagen ni sonido.

—¡Qué fuerte, Eva! —irrumpió Julia—. ¡Qué fuerte! ¿Por eso te ha interrogado la policía?

—¡Déjame en paz!

Una densa y desesperada nube negra repleta de rayos y truenos invadió aquel triángulo. Los viandantes no pudieron evitar la vigía al pasar. La ira anegó el pecho de Eva. El viento soplaba intranquilo, sin destino, a gran velocidad. Iba y venía. La sangre disparaba latidos como una ametralladora, y en ese estado, la niña hubiera tejido en la piel de su amiga una muerte cruel mientras sobre la acera lloraba un denso charco de sangre. Sin embargo, no actuó. Huyó. Empujó a Iker para abrirse paso y comenzó a andar muy deprisa.

—¡Eva! —gritó Iker—. ¡Es él!

El tiempo entre ellos tumbó un interminable manto de hielo. Julia buscó su inhalador y la niña dudó y se detuvo tres veces. Giró la cabeza y al descubrir el rostro compungido de Iker decidió regresar.

—¿Qué es él? —intimó a dos palmos de él.

—Lo dice todo el instituto —alegó tímido, buscando ayuda en Julia de soslayo.

—Eso es mentira —dijo en un susurró persuasivo.

—¿Cómo lo sabes? —interrumpió Julia—. ¿Cómo? Dime, ¿cómo? ¿O quieres ser la próxima?

Eva no tuvo que apartar a Iker de su camino. Lo hizo con destreza en un escuálido segundo. Se abalanzó sobre ella y le

abofeteó despertando la atención de las miradas anónimas. El cuello de la pelirroja quebró cuarenta y cinco grados, y cuando quiso recobrar la situación, la niña saltó sobre ella, le escupió y le tiró del pelo zarandeándole con una desbocada furia. Fue un impulso animal. Tres segundos eternos que Iker solo pudo suspender a trompicones. En la mejilla de Julia se le sonrojaba la piel, en los ojos se le humedecían los ojos, en la cabeza había el desorden lógico de la trifulca, y en el corazón le nacía un pequeño embrión bautizado decepción. Eva ansió reanudar la pelea, pero Iker con los brazos abiertos pedía una y otra vez por favor una tregua. Daba la espalda a Julia y rogaba el cese. La niña, que no dejaba de asesinarla con la mirada, sostenía una respiración descontrolada, un estómago revuelto y unas piernas temblorosas. Su amiga buscaba la vergüenza en el suelo. La calma solo ganó autoridad cuando él la vio irse a gran velocidad. Su mochila, sus agujas, su imagen difuminándose a gran velocidad en la noche fría de Madrid. Los dos amigos buscaron el consuelo en un abrazo.

Aquella noche Eva no durmió. Su mente tenía exceso de sueños cortos arrojados por el subconsciente; la conciencia. Solo tejió. Terminó de coser los ojos y la dulce boca del muñeco de Marc. No podía aceptar la supuesta culpa que alimentaban los estúpidos alumnos del instituto desde el desconocimiento absoluto. La pena; la condena y la aflicción, tocaban en la puerta de su corazón cuando imaginaba al profesor asediado por la policía. La indecisión le pedía confesar y callar. Miraba la llave que mostraba los cuerpos de aquellas dos zorras y le hervía la sangre con una sonrisa en los labios.

A las tres de la madrugada quiso llamar a Julia. Mandarle un mensaje, pedirle perdón, invitarla a una coca-cola al día siguiente y a merendar, y matarla sin pensar en las consecuencias. El río de sangre manchando la alfombra de su madre supondría un desajuste y perder el control. Aunque ella, como madre, debiera ayudarla a

esconder el crimen. Eva tuvo su teléfono en el móvil, decenas de veces, pero al final, la cordura envió solo un mensaje en el que le pedía perdón.

El frío gélido tomó la ciudad la mañana siguiente. El sol cada vez era más perezoso y la nieve se aprovechó del despiste para dormir en los tejados. El blanco manto invernal despertaba una sonrisa contagiosa en el instituto, incluso en Eva, que no dejaba de marcar las huellas de sus botas de goma sobre la nieve virgen. Creyó que aquel temporal era un símbolo de cambio. Divisó la figura de Marc abriendo la puerta del centro y entrando. Corrió divertida por el nuevo asfalto resbaladizo en su busca. Al sumergirse en el calor de la calefacción central ya no tenía pista alguna de su paradero. Creyó que después le advertiría de los rumores y le daría la explicación oportuna, el motivo absurdo. Apenas serían unos minutos y todo quedaría aclarado, tanto, como esa mañana el patio del instituto. Sin embargo, las casualidades, a gran velocidad y sin pausa, fueron caprichosas.

Nunca creí las palabras de la directora. Rosa mantenía cara de preocupación, y pese a que estábamos solos, sentía el asedio y la vigilancia. Las orejas en fila, se ordenaban al otro lado de las cuatro paredes. Y no solo en su despacho, en todo el centro. De pronto, aquella mañana, los ojos, decidían que únicamente había un destino; el mío. Ojos de alumnos, ojos de profesores, ojos de trabajadores; ojos. Solo veía ojos alrededor de mí, acusándome de algo que hasta última hora del día desconocía.

La mesa crecía según lanzaba sus palabras con mimo. Luego

pensé que era mi silla la que empequeñecía. Rosa, sobria y sin apartarme los ojos un instante, continuaba a idéntica altura. Cuando el silencio solo era el murmullo de los pasillos, negué con rotundidad. Rosa accedió a creermelo, pero sin la convicción y seguridad de quien no duda del amor ciego hacia su pareja. Le pedí que me dejara marchar. Ella aceptó, pero decidió advertirme con un último consejo:

—Creo que deberías dejar de dar clases particulares a Eva.

Sonreí con indiferencia. No respondí y abandoné el despacho. De pronto, los pasillos me incomodaban. El conocimiento me empujaba a esquivar miradas, evitar susurros, y deducir bulos y frases sin dueño. Caminé veloz hacia mi despacho escondiendo la cara, cogí mis cosas y llamé a Alberto. Necesitaba dos cervezas. Y tres y cuatro.

El bar sostenía un aire andaluz, un camarero con ademanes evidentes de homosexualidad, una camarera con síntomas de alcoholismo, un bullicio atesorando decibelios según avanzaban los minutos y el frío remontaba posiciones. En la barra, dos vasos vacíos nos obligaron a pedir «dos más». En la calle, pocos podían evitar el juego de bolas de nieve con el manto de un palmo que reposaba sobre los coches. La espuma volvió a derramarse por el exterior del vaso y dejar un charco sobre la madera. Era nuestra cuarta ronda y nuestro paladar ya había perdido la sensibilidad inicial.

Avisé a Verónica. Llegaría tarde. Minutos después, apagué el móvil. Necesitaba desconectar. Amigo con amigo. Beber, reír y no pensar; ser feliz; arrinconar la realidad en el olvido. Pero el alcohol, un profesional que desnuda sin quererlo los sentimientos más recónditos del ser humano, destapó mi tormento.

—¿Y cómo es la niña?

—¡Rara, joder! Rara... —respondí con el borde del vaso entre los labios e imaginándomela—. Se pasa el día con sus lanas y unas agujas afiladísimas que le salen de la mochila.

—¡Joder! —Abrió los ojos y relacionó—. ¿La que te...?

La frase quedó suspendida en el aire. Alberto señaló con la mirada mi mano casi sin seña alguna de la herida. En ese preciso momento, sin motivo alguno, reímos y pedimos dos más.

—Entonces no está buena la niña —medió cogiendo una croqueta fría y metiéndosela en la boca de una sola vez.

—¡Qué dices, tío! Es una niña...

—Vamos, que te la han jugado —farfulló mientras masticaba—. Y...

—¿Y?

Los dos nos miramos con esa sonrisa ebria ya inevitable. De repente, un bolazo de nieve golpeó en el cristal del bar. Todos giramos la cabeza, los camareros torcieron el gesto y buscaron el culpable en el exterior. Afuera se veían y oían risas y gestos de culpa y perdón.

—¿Y? —insistí cuando el bullicio en el bar recobró la naturalidad.

Alberto tardó unos segundos en completar la frase. Primero, bebió.

—Y si ha sido ella...

—¡No jodas, tío! —Reí sin poder evitarlo—. Pero si es una enclenque, no podría matar ni una rata...

—Me refería —corrigió serio— a lo del rumor. Igual ha sido ella la que lo ha inventado.

—No creo —afirmé al instante, borrando mi ebria sonrisa—. Eva es la niña más adulta de todos los chavales del instituto. No es su estilo. No jugaría a eso.

Alberto me miraba con una sonrisa pícaro. La cerveza le achispaba los ojos bajo sus gafas y le sonrojaba las mejillas. Bebió y terminó el vaso.

—En buena te han metido —sentenció sacando la cartera—. ¿Vamos a otro?

La noche fría de Madrid empezaba y nosotros que habíamos iniciado la ruta cervecera a media tarde, llegábamos a meta. El frío lo despejaba mi alcohol. Me despedí de Alberto con un abrazo. Él cogió el metro, yo regresé a casa caminando. Extraje el móvil con su pantalla vacía. Decidí no averiguar aún las llamadas. Todavía me quedaban minutos de olvido.

Mi mirada achispada contrariaba con las miradas que iniciaban la noche de viernes. Me sentía tan fuera de lugar, que me encantaba. Desconectado, solo, olvidado, ignorado. Necesitaba embriagarme de oxígeno para un relax completo. Nada de alumnos. Deseaba hacer el amor con Verónica. Expulsar mi ira y descargar el estrés de los acontecimientos que me asediaban. Sentirme protegido dentro de ella; mirarla a los ojos y abrazarnos al tocar el cielo. Después dormir y olvidar que debíamos despertar. Hacernos un mundo único y sin final.

Pero los sueños, sueños son, y para ello el ser humano despertó. La conciencia martilleaba sin cansancio. Los pasillos del instituto se encargarían de ser el espejo que mostrara la culpa constante sobre mi rostro inquieto.

Encendí el móvil cuando divisé el portal de casa. Sonó dos, tres, cuatro y cinco veces. Dos llamadas de Verónica y tres de un mismo número desconocido. Le puse rostro enseguida. Devolví la llamada a Verónica. Después de doce tonos colgué. Insistí. Tampoco. Aceleré el paso, absurdamente angustiado. Abrí el portal e insistí una vez dentro. Tampoco. Evité al ascensor y subí las escaleras, a trompicones, sin aire, ebrio, y con la paranoia ideando en mi cabeza

sin permiso. Insistí y volví a llamar pero no hubo respuesta. Abrí la puerta y a mí llegó la imagen del salón con la luz encendida, vacío. Solo dos tazas y su mochila.

Los ojos de la novia

Desde el primer instante en el que aquellos ojos verdes aparecieron al otro lado de la puerta para clavarse en su mirada, Eva sintió el deseo de matarla. Quiso coserla a heridas con sus agujas hasta hilvanar su muerte. Quitarle de una manera cruel los latidos que la mantenían con vida. Sonreír al contemplar que la sangre derramada por su piel prosperaba al ritmo que su vida desaparecía. Hubiera tejido su figura despedazada e inerte en un pequeño muñeco de trapo hasta que Mark hubiera regresado al hogar; dulce y estable nido de amor desvirgado. Sin duda, le bastó acceder al interior de aquella casa para devorar los pequeños detalles de su bella relación. Al sentarse en aquel sofá no pudo evitar la transición de escenas protagonizadas por sus instantes íntimos. Al segundo fotograma comenzó a saborear una agria sensación protagonizada por incontroladas y repetidas náuseas. Le ahogaba aquella realidad inesperada.

La aparición de aquellos ojos verdes fue una espina veloz y envenenada que, en cuanto la puerta se abrió, le hirió la piel indefensa de su corazón. Desde ese primer pellizco, tuvo la necesidad de extraerla; eliminarla de raíz para respirar sin aquella fricción insoportable. Sus pupilas acuchillaban mientras contoneaban bajo el marco de la puerta. Ella vestía un chándal lila, una sudadera de pijama con un gastado dibujo animado y unas zapatillas de casa a juego. El pelo lo recogía una goma y estaba desmaquillada.

Eva resistía, inmóvil. La punta de una de sus Converse reposaba sobre el felpudo. Le dolía cada pestañeo, cada milímetro de su piel, cada gesto, el eco de su voz aún taladrando en aquella

escalera, los recuerdos infinitos de los momentos que ambos hubieran vivido y que Eva recreaba una y otra vez en su cabeza. Acercarse a él, acurrucarse en su piel; enamorarle requería eliminar aquellos ojos verdes de su vida. En ese instante, la pregunta volvió a invadir sus oídos.

—Busco a Mark, ¿vive aquí? —preguntó avergonzada sin poder sostenerle la mirada.

—Sí —respondió Verónica con aire desconfiado—. Pero ahora mismo no está en casa. ¿Quién eres?

—Soy Eva, su alumna particular —aclaró escuetamente al tiempo que se retiraba dos pasos y sonreía con un gesto jovial ridículamente artificial—. Es urgente que hable con él.

Verónica deshizo la tensión, soltó la puerta y la abrió levemente. Relajó su posición al saber que la pequeña que le incomodaba aquella tarde era la famosa niña de la que tantas veces Mark le había hablado. Hubo un tiempo de expectación, sin palabras, pero finalmente le pidió que esperara y desapareció. Regresó y encontró a Eva de espaldas.

—No he podido localizarle. Tiene el móvil apagado —lo dijo desde la puerta con el teléfono entre los dedos—. ¿Quieres que le dé yo el mensaje cuando vuelva?

—Lo siento, no puede ser —obstruyó Eva—. Tengo que hablar con él directamente... Y tiene que ser hoy.

Verónica se emborrachó de la preocupación que ahogaba la cara de la niña. Emanaba necesidad. La invasión de sus ojos, vacíos de pestañeos, le sorprendió. Buscó un sentimiento en ellos, sin embargo, solo halló decisión, precisión y una intensidad imponente. El silencio regresó a aquella escalera. La niña rogaba. Verónica ansiaba que ella desistiera, pero finalmente la incomodidad la obligó a ceder.

—¿Quieres esperarle en casa?

Era una niña. Solo una niña de trece años. Su figura avanzó, y

Verónica sorprendida se retiró, abrió la puerta y la vio caminar con timidez y silencio a escasos centímetros de sus zapatillas de casa. Olía dulce.

Olía a drama. Mis pasos titubearon ante el deshabitado salón de mi hogar; la desconfiada ausencia de vida inesperada. El té de ambas tazas estaba frío. La mochila de la niña aparecía impoluta junto al sofá. Sus agujas, de nuevo rectas y radiantes apuntaban al techo. Dejé mi cartera en el suelo, apoyada al mueble de la tele, que estaba en stanbye. La minúscula cocina aparecía partida por la mitad con la puerta entreabierta; vacía, sin duda. La habitación dormía a oscuras, al fondo del pasillo, y la puerta del baño permanecía cerrada. Miré atrás. La luz de la terraza permanecía apagada, pero pude apreciar su vacío. Llamé en voz alta, pero ella no respondió. Insistí. Saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón y marqué el primer número de llamadas enviadas. Tres segundos después el teléfono sonó en el sofá. La melodía rompió aquel silencio atroz y yo dí un brinco al oír la primera nota de aquella canción sobre accidentes y crímenes pasionales. Entré en la habitación, encendí la luz. Calma. Como si aquella cama llevara hecha toda la vida. El nórdico sin una sola arruga, las almohadas en su posición original, y los peluches de la Pantera Rosa y Epi y Blas descansando sin ningún secreto que revelar. Volví a gritar su nombre, acobardado por lo insólito de la realidad; nervioso por la ausencia de su paradero. La retahíla de nudos ahogándome la boca del estómago multiplicaba mi ansiedad. La calma de nuestra habitación me empujó hacia al baño. Apresurado por la zozobra, posé mi mano sobre la manilla dorada de

la puerta. No pude moverla, y en ese instante el agua del váter corrió escandalosa e inundó de vida la casa. Volví a gritar el nombre de Verónica. Le pedí que me dijera algo. Mis nudillos golpearon la puerta de madera, y traté de abrir de nuevo, pero la manilla se mantuvo firme en su posición horizontal. El cerrojo chasqueó, el blindaje pereció y la puerta se abrió. Suspiré su nombre, pero sus ojos verdes no estaban al otro lado. Mi mirada asustada continuó inamovible y tuvo que declinar unos centímetros.

—Se ha ido —dijo con voz cansada.

Eva mostraba las mejillas acaloradas, y la cara y las manos mojadas. Apenas me mantuvo un instante la mirada. Giró sin percatarse de mi estado y caminó con decisión hacia la mochila.

—¿Cómo que se ha ido?

—Dijo que tenía que hacer un recado, que volvería tarde.

—No lo entiendo, ¿a dónde? —pregunté persiguiéndola con la mirada, desconcertado—. ¿Y tú? ¿Tú que haces aquí?

—Venía a advertirte de lo que está ocurriendo en el instituto. Todos te apuntan como el principal sospechoso de las desapariciones... —Me miró y sonrió—. Verónica me dijo que podía esperarte aquí.

—¡Joder! —exclamé confundido—. ¿Pero a dónde fue? ¿No te dijo, nada? Algo te...

—No lo sé, Mark —interrumpió desinteresada—. ¿Te da igual lo del instituto?

—En este instante, sí —sentenció—, así que por favor, Eva dime dónde ha ido Verónica, sin su bolso, su móvil...

—No lo sé —repitió—. Y si no te interesa lo que te voy a contar, yo poco más tengo que hacer aquí. ¿Nos vemos el lunes?

Aquella dureza me hería demasiado. Una frialdad excesiva. La mochila de la niña ya colgaba de sus hombros. Su rostro aún seguía enrojecido. Eva giró su cuerpo tras dibujar una sonrisa frustrada.

—¿Le llamó alguien por teléfono? —pregunté desesperado.

—No, Mark, no... —respondió desde la puerta de la entrada —. ¡Ah! Y enhorabuena por tu chica. Es muy guapa.

Abrió la puerta, y sin una sola palabra cerró la puerta de mi casa. Yo inicié una imparable y continua sesión de llamadas desesperadas sin resultado. Movilicé a amigos y familia, pero nadie me otorgó el fruto deseado. A las dos de la madrugada ya había llamado a la policía en cinco ocasiones, pero no pudieron atender mi petición hasta pasadas veinticuatro horas. Cinco días después, el drama me oprimió.

Cuantos fueron los minutos nunca lo supo; ni ella, ni yo, ni Verónica. Cuanto tiempo duró el odio hasta que como una aguja expulsó toda su esencia, tampoco. Pero cuando el aroma a té se deslizaba por la taza y cosquilleaba a su nariz, Eva supo que, aquella noche, Mark dormiría solo. Su ausencia le atizaría sin previo aviso clavándole un dolor difícil de cicatrizar, pero Eva no pudo reparar en ese daño colateral. Mirar e imaginar le obligaba a actuar sin deslizarse un segundo por la razón ni las consecuencias. Ella sería la vacuna que bailarían paciente y con suavidad dentro de la jeringuilla. Con el virus destrozándole el corazón por la irremediable ausencia, ella suministraría la cura. El placer en su vida comenzaría en ese instante.

Eva nunca hubiera imaginado aquella traición, aquel silencio, aquella vida escondida que de pronto le abofeteaba. Ver aquella figura de ojos verdes, sonriéndole, era el azote que le arrancaba y desmenuzaba de un zarpazo todos sus sueños venideros. Era un

sueño, pero quería moldearlo en su realidad. Tan enorme; tan fuerte, que nadie ni nada evitaría su conquista.

Su día a día, entre clases, muñecos de lana y pequeñas conversaciones juveniles y maternas, atesoraba un amplio espacio para recrear una vida junto a Mark. Le era inevitable hacerlo, pese a que en ocasiones la razón le masajeara con la frase, los sueños, sueños son. Sin embargo, Eva mantenía el convencimiento real., Algún día sería la protagonista frente a las velas que aquella tarde dormían en aquel salón. Soplar y saber que habría que esperar unos segundos para hacerlo realidad. El deseo ya estaba pedido. Sus besos serían la guinda de aquel cuento.

Él la cuidaría, le enseñaría a ser mayor, le mimaría, le guiaría a la hora de saborear el primer beso, el segundo, y a sentir el tercero, libre de nervios y presa de pasión. Escondida entre sus brazos, disfrutaría cada milímetro de sus mimos; caricias. Bebería cada gesto, saborearía cada palabra; su voz, su sabiduría. Besaría con lentitud extrema cada instante; todo; el inicio y el fin de sus vidas, y cada detalle del camino que ambos recorrerían. Sabía que Mark era el hombre que si hubiera buscado habría deseado toda su vida. No había encontrado un solo error en él, y el único motivo de aquella ingenuidad era el amor. Eva estaba enamorada; ciega de razón.

Era una mujer guapa. Verónica tenía unas piernas largas, una sonrisa perfecta, un rostro delgado y hermoso, una melena cuidada y sus ojos eran deslumbrantes. Verónica se sentía incómoda frente a la mirada firme y oscura de aquella niña. La timidez aparecía desfallecida en su rostro. Eva masticaba entre arcadas los celos y la ira que le inyectaba su sonrisa. Una vez más, el único pero de Mark volvía a convertirse en una mujer. Con el calor de la taza entre sus dedos, no dudaba que extirparía aquella piedra en su camino.

—Me encanta la casa —musitó Eva entre dientes, sonriendo y escondiendo el aparato dental.

—Gracias —respondió Verónica mirando de reojo a un lado y

otro—. ¿Te la enseño?

Las noticias corrían veloces en el telediario sin tiempo para la reflexión, y entre sus manos, ambas sostenían su taza de té. El vaho escalaba perezoso como el humo de una chimenea, y el aroma se desnudaba sensualmente e inundaba el entorno. La niña aceptó. Verónica volvió a posar la taza sobre la mesa con sumo cuidado, poniéndose de pie al instante e invitándola a recorrer los distintos cuartos. Fue una visita escueta, formal, fría, sin grandes halagos, sin una broma que rompiera el hielo que crecía en forma de estalactitas sobre la escena.

Ambas retomaron sus posiciones. Las dos se miraron, volvieron al té, sorbieron, y tras el sorbo, los ojos de la novia buscaron su bolso. Lo encontró y de él extrajo un paquete de tabaco y un mechero.

—¿Te importa? —Verónica se puso de pie y señaló a la cristalera que quedaba escondida a la derecha del sofá—. Fumaré en la terraza...

—En absoluto —Eva sonrió sorprendida y acercó su mochila—. ¿Te importa?

Las agujas se deslizaron entre sus dedos y junto a ellas un ovillo de lana. Volvió a mirar hacia la cristalera que antes no había visto. Como si alguien la hubiera dibujado allí de pronto, sin previo aviso. Verónica rodeo la mesa sin dejar de mirar a la niña, que sentada y concentrada en el color azul de su lana, tejía...

—Me dijo Mark que haces unos muñecos preciosos... — Caminó lentamente hasta apoyar su mano en la puerta de cristal—. ¿Es cierto?

Eva no contestó. Las palabras no le interesaban y no le perturbaban. Verónica esperó unos segundos, pero solo observó aquella menuda figura sosteniendo sus dos agujas, peleando ambas punta con punta, hilando y creciendo entre sí. Verónica quiso llamarle por su nombre para saber si le había oído, pero entonces

recordó que lo había olvidado. Abrió la puerta, se subió la cremallera de su sudadera y cerró suavemente. Afuera hacía frío. Encendió el pitillo, dio una larga calada y miró al frente las luces del centro de Madrid. Cinco minutos después, perdería sus ojos.

El vacío de la muerte

Los ojos de ella entre sus menudas manos le parecieron más diminutos. La grandiosidad de su mirada, convertida en dos inertes canicas, secas, esponjosas y con un tacto extraño. Pequeños ojos heridos y vacíos de la mirada que tras cada pestañeo le parecía un latigazo. Ahora, lejos de su cuerpo, reposaban sobre el escritorio, aún ensangrentados. Las pupilas la miraban pero no veían; no enviaban información de las imágenes al cerebro. Dejó que rodaran sin éxito para después dormir bajo aquel folio en blanco sin cerrar los párpados y Eva les sonreía. Macabro, infantil y estrambótico.

Despertó del trance mientras sonaba en su aparato musical un tema de The Rumble Strips. Miró sus manos y creyó verlas aún teñidas de sangre, pero solo descubrió un minúsculo resto en una de sus uñas del dedo meñique. Sonrió y escondió sus braquets para no vérselos frente al espejo de su armario.

Había eternizado allí un tiempo incalculable, acusándose en silencio mientras sostenía los ojos de Verónica con sus manos. Fantaseando y navegando por ideas repletas de una absurdidad desmedida. Culpándose, no por el hecho de matar, sino por el hecho de arriesgarse al hurto. Aquellas pupilas verdes vacías, heridas, pegadas a sí, perpetuaban una pista que le ataba a la culpa. Miró a la izquierda y vio el muñeco de lana. Tenía un parecido excesivo a ella; sin ojos, muerta y sonriente. Era siniestro. Observarlo la hizo sonreír.

Estuvo frente al espejo mirando su menudo cuerpo una y otra vez de arriba abajo. Luego examinaba los ojos, el muñeco y el recuerdo. Y aunque aparentaba comodidad en ese estado, tenía, en algún recóndito de su cordura, la necesidad de desdibujar aquel

cuerpo de su memoria, quitarse la sangre, quitar la piel de su memoria, borrarlo todo.

Escondió aquellas canicas humanas en el cajón, en un pequeño sobre de plástico con cierre hermético. Sonrió orgullosa al recordar la precisión de sus agujas. Después, sintió miedo al presentir que aquellos ojos le traerían una ceguera compleja a su futuro. Acto seguido sonó el timbre de la casa. Eva miró la hora y supo que era Marc. Apenas habían transcurrido tres días desde que la niña decidió quitarle la vida a Verónica.

El silencio tenso que se crea en toda espera solitaria desapareció de pronto. Su madre giró la manilla e irrumpió con brusquedad en el cuarto.

—Hoy la clase empezará más tarde, ¿vale? —susurró echándose las pupilas a la espalda.

La niña se sobresaltó, no pudo evitar la vigilancia del cajón que había cerrado recientemente y se acercó a su madre con descaro.

—¿Por?

—¿Qué es? —preguntó al observar un envoltorio con papel de regalo.

—¡Quieta! —se abalanzó y lo retiró de su alcance—. Es para Marc.

La madre estuvo a punto de disparar una leve sonrisa maliciosa, pero detuvo el impulso. Supo que sería vergonzoso. Abandonó su posición cerca y volvió a dirigirse a la puerta del cuarto entre abierta.

—Marc y yo tenemos que hablar...

—¿Y yo no puedo estar?

—No.

Las dos se miraron. El silencio lo interrumpió el timbre de la puerta. La tensión engordó y Eva disparó su última bala.

—¿Es sobre su novia? Si es sobre ella tengo que estar yo, yo estuve cuando ella se marchó de casa...

—¡Sssh!

El dedo índice de la madre se fue hacia sus labios pidiendo silencio al tiempo que engrandecía la mirada. Estuvo a punto de arrojar una contestación, pero finalmente optó por morder, cerrar la puerta y desaparecer. Eva clavó sus uñas en la palma de sus manos, y apretó y rasgó sus molares hinchada de rabia. Miró el regalo, vigiló los ojos de Verónica y clavó la mirada en sus agujas. Los celos le habían hipnotizado.

Los agentes vinieron a mi casa el lunes a primera hora. El sol acaba de colarse por la ventana. Aún tenía los ojos hinchados por la ausencia de sueño; rojizos por su ausencia real y su presencia inevitable en cada uno de los centímetros de nuestro hogar. Un vacío refunfuñaba en mi estómago, una niebla espesa en mi cabeza y un dolor insoportable en mi pecho. Al insomnio se había unido unas dosis considerables de alcohol. No había abandonado aquella casa desde hacía dos días y observar cada detalle otorgaba mayor presencia a la ausente. La tristeza me azotaba como nunca hubiera imaginado. Con todas las letras. Uno no la imagina tan fuerte hasta que te envenena y te ciega la salida al abandono.

Eva la había visto marchar. Aquella escena no se me iba de la cabeza. Eva la había dejado marchar. El domingo decidí llamar a su casa en busca de mayor información; una pista; un resquicio de luz. Su madre cogió el teléfono, pero la niña no estaba en casa. Le pedí que me llamara en cuanto regresara, pero mi móvil no sonó, yo no dormí esperando y bebí sin conseguir el olvido. Me ahogaba aquella sensación de vacío imposible de rellenar. Y la puerta rojiza que me

distanciaba de la realidad no me proporcionaba la felicidad. Cualquier pestañeo en el exterior era ella. Cualquier paso, tos, susurro, risa vecinal era ella. Y sin embargo, jamás tuve el valor suficiente para saltar hacia el exterior. Tampoco accedieron a mi interior. Y yo no lograba desatarme de su vacío y silencio.

Vestía su pijama de cuadros azules y negros, un regalo de Reyes de hacía un año. A Verónica siempre le gustaba acariciarme la pierna mientras veía la tele. Yo corregía exámenes, preparaba las clases, leía, o me perdía en su cuello con mis labios, o le acompañaba viendo la tele mientras apoyaba mi cabeza en su regazo. Aquella mañana sostenía entre mis manos la taza de los Beatles que ella me regaló. El té ardiendo aún tenía su bolsita. Sobre la mesa aún permanecían las dos tazas que Verónica sirvió.

El timbre me descolocó el corazón; lo empujó hacia el estómago. El tintineo rompió un silencio de tres días que apenas habían interrumpido los ajetreos vecinales. Por un instante creí que Verónica estuviera al otro lado, cansada, despeinada, triste, arrepentida y deseosa de regresar a nuestra casa. La taza comenzó a tambalearse entre mis dedos. La aterricé sobre la mesa con dificultades. El timbre volvió a sonar. Examiné a gran velocidad todo lo que ya había sondeado en los últimos tres días; su bolso, sus llaves, sus gafas de sol, unas pulseras y unos pendientes. Como un niño, preso de miedo porque cree que al otro lado esperan los Reyes Magos, caminé hacia la puerta. El corazón se me hizo tan chico como un garbanzo. Los latidos apenas tenían espacio para repartir sangre; la escupían a cuenta gotas. Apresé la manilla, y antes de girarla, puse mi ojo en la mirilla. Aquel rostro en primer plano, distorsionado, segó mis nervios. Sus gestos serios, una orden de registro, una placa y dos abrigos largos. Mi cuerpo aún temblaba. No tenía palabras, pero me las encontraron. Media hora después, sin nada que imputar tuve que descolgar unos vaqueros, unos zapatos, una camiseta y un jersey, y por primera vez, tuve que subirme a un coche de policía.

Aquella mañana descubrí el purgatorio de los delincuentes. No perdí la calma en aquellas cuatro paredes. Nunca el metal me acarició las muñecas, y dos horas después, caminé con libertad. Sin embargo, Antonio y Marco no retiraron su sospecha hacia mí ni un ápice.

—Marc, entienda que la situación es altamente compleja para usted...

—Lo sé —musité—, pero soy el primero que quiere que todo se resuelva, que Verónica aparezca...

—Esa frase la he oído muchas veces aquí, Marc. —Abrió la puerta para invitarme a salir—. No descuide que vamos a tener que vigilarle muy de cerca.

—Lo entiendo —respondí—, pero por favor, busquen a mi novia.

—Lo haremos.

No quería hablar con la madre, sino con Eva. Sin embargo, ella me lo impidió. Me cogió del brazo y me arrastró al salón. Allí, como si fuera una marioneta, me sentó, después se puso de cuclillas, frente a mí, puso sus manos sobre mis piernas y me miró con melancolía sin decir nada. De fondo, el televisor continuaba con su programación. Estaba allí, mirándome, ofreciéndome su cariño, su ternura, esperando mis palabras, pero seguía sin tenerlas.

—¿Qué tal estás?

—Mal —suspiré—, necesitaría hablar con Eva, ella igual tiene alguna pista.

—No sé si es bueno que te vea así, ¿quieres una tila? ¿Una manzanilla? Relájate un poco.

Sus manos seguían pegadas a mis muslos, me miraba a los ojos con una intensidad inédita. Iba a negarme a su invitación, pero en ese instante supe que sería la única manera de lograr un hilo de aire entre nosotros. Asentí y la madre se puso de pie.

—Levántate, anda —ordenó con una leve sonrisa.

Lo hice con lentitud, torpe y desconfiado. Cuando estuve de pie ella me abrazó con fuerza. Sentir sus senos en mi pecho me hizo sentir incomodidad. Su aroma se fraguó en mi piel, su cara rozó mi cuello.

—¡Todo se va a solucionar! ¡Ya verás! Al final será un mero susto, una anécdota.

El abrazo se eternizó un minuto eterno. Extrañamente, cada vez parecíamos más pegados, como si ella nunca perdiera la intensidad de sus brazos sobre mi espalda. Yo ya no podía mantener aquella intensidad. La presión sobre mí me asustó. De pronto sentí un cosquilleo en mi entrepierna. En ese instante, rompí el abrazo.

El té llegó pasados dos minutos, el mismo tiempo que tardó en aparecer el rostro desencajado de Eva. Sigilosa, lenta y seria; enfadada tal vez. Distante, sin decir una sola palabra y mirándome a los ojos, se sentó en el otro sillón, al otro lado de la mesa. A la madre le sorprendió su presencia, pero no dijo nada. Las dos se miraron, incómodas, cautas, como si hubiera una dura riña entre ambas. Yo permanecí sentado en el mismo sillón que la madre me había aposentado, junto a mi carpeta, y había conseguido deshacerme del abrigo que colgaba en el sofá contiguo. La misma pregunta, pero con un extraño desdén, salió finalmente de la boca de Eva. Yo respondí de manera idéntica. La televisión seguía arrojando su programación. La ignorábamos. Los tres dibujamos un pequeño triángulo en aquel salón, sin fluidez en la conversación. Y yo, cuando apenas me restaban dos dedos de té, decidí romper aquella tertulia desconcertante:

—Me gustaría hablar con Eva a solas —sugerí—. ¿Te importa?

—No, en absoluto —respondió dando un respingo, lanzándose a por las tazas.

—Mamá, no hace falta que recojas —dijo Eva sin variar su tono serio—, iremos al cuarto.

La niña se levantó a gran velocidad, y sin esperarme un instante desapareció. Miré a la madre, pedí permiso, y ella con una sonrisa forjada por la antinaturalidad, me invitó a ir. Por primera vez, caminar por aquel pasillo me deparó dolor.

—Lo siento —musitó desde la oscuridad en cuanto mi sombra se coló en su habitación.

Cerré la puerta, encendí la lámpara del techo, una luz que nunca habíamos utilizado y cogí una silla.

—¿Qué pasó, Eva? —mi pregunta castigaba con excesiva seriedad.

—Toma... —Cogió un paquete y trató de entregármelo acercándose a mí—. Te lo iba a dar por Reyes, pero...

Ella lo sostuvo a escasos centímetros de mí. Yo no di un solo paso, únicamente buscaba la respuesta a mi pregunta, pero sus ojos solo esperaban que yo cogiera el regalo. Necesitaba una gota de luz que consiguiera dar un resquicio de esperanza a mi oscuro vacío.

—¿Qué es? —pregunté con desgana.

—Ábrelo, por favor.

Lo cogí y lo abrí con destreza pero lentitud. Dentro hallé un muñeco de lana. Lo extraje con suavidad.

—¡Sácalo ya! —alentó nerviosa mordisqueándose el labio inferior.

—Ya voy, ya...

Era idéntico a mí. El pelo revuelto, las gafas de pasta, mi chaqueta de lana verde, unos vaqueros, mis zapatos marrones, e incluso mi carpeta del colegio. Sonreí. El muñeco suspendido en el aire, entre mis manos, también sonreía.

—Mil gracias —dije sin poder pestañear—. Es genial...

¿Cómo lo haces? Es... es la primera sonrisa que me sacan en tres días.

Lo analicé, lo miré, lo toqueteé y volví a mirarlo a la cara, a mis ojos como botones, viéndome en él. Unos minutos después posé el envoltorio y el muñeco sobre el escritorio. Al soltarlo de entre mis dedos, la tristeza retornó sin piedad. Sin embargo, Eva disparó primero.

—Marc, sé por qué se marchó Verónica —vomitó de pronto—, pero no te lo dije por tu bien. Es mejor que la olvides para siempre.

Aquella última frase fue como si un cuchillo hubiera atravesado mi corazón y hubiera dibujado una zeta con saña dentro de él. El odio y el misterio luchaban entre sí para evitar que la ira engullera a Eva.

Vela de cumpleaños

No podía creer que estuviera abandonando la casa de Eva sin haber descorchado una sola frase de sus labios que me acercara al rastro de Verónica. El porqué de su desaparición podría esconderse en la memoria de aquella niña de trece años, pero por algún recóndito motivo, ella había decidido mantenerlo todavía en su escondite. Había lanzado el anzuelo escondido tras el sabroso gusano y yo había mordido como un pez torpe y primerizo. Sentirme atrapado, cazado; pescado, aleteando y sin escapatoria. Agonizaba en mi huida. Agujerado por el paladar, me ahogaba. La impotencia me roía pellizcando con saña cada uno de los milímetros que conformaban mi corazón. No tenía en mi poder la manera de actuar y ella escondía en su conocimiento mi único deseo. Y sin embargo, mañana era su única respuesta. Con esas vocales separando sus labios comenzó de nuevo a tejer, zanjando por completo aquella conversación.

La luz del cuarto seguía ardiendo sobre un libro de matemáticas. Observé que ella, en la sombra, tejía en círculos un trozo de lana beige. Luego mis ojos regresaron a mi muñeco, junto a su envoltorio, cerca de la luz artificial. Después intenté insistir. Repetí su nombre, pero era como un grito en el vacío de una cueva; solo mi eco era una respuesta. Cogí el muñeco y el papel de regalo, y dudoso desaparecí de la habitación. La rabia enfermaba mi rostro; mis labios; mis ojos. La espera, cuando el deseo es inmediato, alimenta la ira y la impotencia hasta límites insospechados. El viaje en coche entre calles, semáforos, peatones y estrés tampoco ayudó. Ni siquiera el abrazo eterno de la madre antes de abandonar la casa. Necesitaba empujarla, despegarme y desaparecer, pero me contuve

pegado a su bata mientras la úlcera de mi ansia mordía una y otra vez sin clavarse en la piel ajena.

Eva cumplió. Al día siguiente lo expuso. Y lo hizo con claridad. Dibujó en mis ojos la desaparición que tanto deseaba encontrar. Tras el té llegó su luz, una sonrisa y el pinchazo febril que cambió mi vida. Aquella tarde fue la que siempre olvidé de mi vida y nunca sucedió.

A Eva el instituto le resultaba diferente tras las vacaciones de Navidad. Nada había cambiado y todo era distinto. Al olvido no servido se había unido el rumor. Que Marc había perdido a su pareja pronto inundó los pasillos. Los dimes y diretes golpearon veloces entre risitas nerviosas y preocupadas. Además, el protagonista en cuestión se aferraba a la depresión de su hogar; a la espera expectante e irrompible.

En cuanto abandonó el metro, la niña sintió como sus zapatillas negras fueron sorprendidas por una copiosa nevada. Abrigada, veloz, buscaba el vacío y húmedo pasillo que los funcionarios del Ayuntamiento y las pisadas habían abierto. La sal gruesa se hacía fuerte en las escaleras que conducían al centro. Tras la puerta de cristal, el denso calor de la calefacción central. El decorado volvía a ser textos y letreros en memoria de «Almu» y Silvia. No obstante, la sensación transmitía menos recuerdos. El tiempo lo olvida todo. Además, el profesorado había aprovechado el periodo vacacional para eliminar velas derretidas, flores mustias y algunos de los objetos que ya comenzaban a ocupar parte del pasillo

central. Junto a este centro, las mismas miradas, casi todas serias, desconfiadas y apagadas.

Eva decidió avanzar a gran velocidad por el pasillo, sin saludar, con la cabeza hundida en los azulejos monótonos pero educativos. Desfiló con destreza, no se tocó con nadie, aún levemente dormida, y sin más pensamiento que la imagen contrariada de Marc, que abandonó su cuarto sumido en la tristeza. En su endiablada cabeza latía con claridad la pena que utilizaría como arma para desbaratar el escudo y conquistar el contacto.

Sobre su pupitre encontró una nota escrita en medio folio en blanco: «Vete al baño de las chicas». Las letras eran de una maquina de escribir. Sonrió por la pista, pero no atesoraba plena seguridad. Detuvo el movimiento que iba a despegar a su espalda de la mochila. Dudó, buscó testigos, pero solo halló miradas furtivas sin un nimio mensaje. Retiró la silla forzando el ruido. Nadie se molestó. Pensó en sentarse e ignorar la orden, pero el impulso le empujó a caminar. Su mochila la persiguió.

Empujó la puerta con fuerza para sobresaltar al intruso. Quiso plantar seguridad sobre el suelo encharcado y el serrín. Temía una emboscada, una broma, una putada retorcida, y por ello, lo primero que hizo al entrar fue aferrar a sus pupilas las agujas que brillaban frente al espejo agrietado. Sin embargo, no fueron rostros enemigos. No fue una amenazadora fuerza lo que salpicó la calma. Si bien, sí hubo un petardo que repicó como una tormenta inesperada y amenazadora que hizo temblar a Eva. Sobrecogida, se agachó y desenvainó una de sus agujas. En defensa, con el corazón arrugado y

acelerado, atacó al aire sin encontrar sangre ni piel. En ese instante, el confeti comenzó a desnudarse sobre sí. Tras él, Iker y Julia sostenían dos paquetes. En sus dientes la palabra «Felicidades». Eva escondió la aguja a gran velocidad. La empatía redujo sus torpes latidos, una parte del confeti naufragó en la humedad, la otra aterrizó en el desierto serrín. Sus amigos le levantaron de su posición de cuclillas, dejaron los regalos sobre el lavabo, la besaron y abrazaron. Evan apenas mostró entusiasmo.

—¿Y esa cara de miedo? —preguntó Julia—. ¡Es tu cumpleaños! ¡Joder, tía!

—¡Más alegría! —animó Iker.

—Sabéis que no lo celebro —sentenció sin pestañear ni ensalzar un milímetro los labios.

—Pero nosotros sí. —Iker le entregó los regalos—. Ábrelos, por favor.

Eva cedió. Abrió el primero. Era una caja que Julia había hecho a mano con cartón y papeles de colores. En el interior había una tarjeta con palabras de disculpas y olvidos y rencores. En el fondo un libro sobre la mecánica del corazón. El regalo de Iker era más directo. Dos discos. Uno de ellos un «cd pirata» con una selección de canciones. El otro el disco de vinilo de «Thriller». Lo sujetó entre sus pequeñas manos con los ojos como platos. Lo abrió en dos y vio como el cuerpo del Michael aparecía tumbado, mirándola. La felicidad la invadió sin permiso. Eva sonrió.

—Os quiero. —Soltó los regalos y avanzó hasta abrazarles.

La puerta del baño se abrió de pronto. Dos chicas de cuatro de la ESO se detuvieron en seco sobre el agua y el confeti, y observaron estupefactas la escena.

—¿Él qué hace aquí?

Los tres se sobresaltaron. Julia trató de esconderse avergonzada y llevarse consigo a Iker, pero fue inútil. Eva lo cogió del brazo, lo expuso, atrapó sus regalos y caminó hacia ellas.

—Disfrutar de vuestras compresas ensangrentadas —vomitó abandonando el baño.

—¡Eva! —clamó Julia que pidió disculpas con la mirada mientras trataba de alcanzar la estela de su amiga.

Los tres, en el pasillo, mirándose, rieron cuando la puerta volvió a cerrarse. Parecían haber enterrado todos sus rencores y no haber dejado una sola pista para rebuscarlos en un futuro. No obstante, todo fue una ilusión. Los odios fueron muertos vivientes que mantenían dormida su fuerza más intrínseca. La luna llena, con su mínima luz, custodiada por sus pequeñas estrellas, los despertó. Julia sentenció el roce cuando expuso un plan sin preguntar. Eva lo detuvo con sequedad. Su rostro volvió a la sobriedad, como un borracho que trata de lograr la serenidad fingida. Hundió la mirada. Los regalos le quemaron entre los dedos y la figura de Marc se le pegó al corazón en un abrazo infinito.

—Lo siento, no puedo —musitó—. Ya tengo plan.

—¿Cuál? —preguntó Iker.

—Es privado.

Eva deshizo el círculo y dirigió sus pasos hacia el aula.

—¡Quieta! —gritó Julia ante al asombro de los compañeros anónimos—. ¿Es Marc?

La nube negra volvió a rodearles. Los ojos a golpearse, los labios a morderse. La niña acuchilló a Julia con sus pupilas. El contacto se desvaneció. Eva posó sus labios en su oreja derecha y susurró.

—Sí, amiga Julia, sí. Esta tarde, esta tarde, desapareceré...

Los pasos de la niña, con sus regalos bajo uno de sus brazos, con la mochila pegada a su espalda tuvieron una ejecución precisa y sin pausa. Iker fue el único, que triste, farfulló unas palabras de ruego, pero la niña había decidido finiquitar la conversación y en esas decisiones era inexpugnable. Nadie evitó, nadie habló y Eva

reinició su rumbo en cuanto el violento timbre firmó el final del día escolar.

Aquella puerta no sonreía desde hacía días. No había encontrado un solo motivo que iluminara mi vida. No quería deshacerme de la ropa, ni mover sus objetos ni borrar sus recuerdos. Lo contrario, la recordaba con tanta intensidad y deseo, que cada segundo de ausencia propiciaba que imaginara un pequeño cuentagotas descolgando vinagre sobre mi herida.

El silencio en el que vivía preso tintineaba más allá de los grilletes que me impedían caminar con libertad. El mutismo lo rompían las puertas vecinales que tronaban al abrirse y cerrarse. Los pasos por las escaleras que taconeaban al subir y bajar. Las conversaciones que desfilaban elegantes con sus pequeños ecos. Mi teléfono móvil, que escuchaba ánimos, preguntas, condolencias y otro tipo de palabras; todas vacías para mí, y sin consuelo.

Cuatro días e incontables las horas. Desorientado y sin interés de descubrirlo ni descubrirme. Ni la música. Ni la televisión, que mantenía su pantalla umbría con mi reflejo difuminado. La única luz, la del día por la ventana, la de una bombilla de bajo consumo y la del punto rojo en stanbye.

Que de pronto alguien tocara en la puerta de madera, con un ímpetu tan inusual, débil y sutil dinamitó mi corazón. Fue un golpeteo débil, difícil, y aunque esperado y deseado, repentino. Hasta ese momento, quien trataba de colarse en mi intimidad decidía pulsar el timbre.

Hundí la manilla sin sondear el otro lado. Quería que el

sobresalto me atizara sin previo aviso. No obstante, ver la menuda figura de Eva sobre el felpudo no me sorprendió. Ya había extraviado en el vacío las esperanzas. La imagen real de Verónica a mi lado se aferraba en exclusiva a los recuerdos; su aroma, su tacto, su voz, nostalgias.

Nos miramos. Sus ojos me sorprendieron. También su sonrisa; la alegría que acariciaba mi piel. No pestañeaba. Entre su pequeño cuerpo asomaba una pequeña magdalena de chocolate que sostenía con sus dos pequeñas manos. Sobre la cúspide una vela.

—Hola... —tartamudeé—. ¿Qué...? ¿Qué celebramos?

—Mi cumpleaños —respondió flagrante.

—Pero, Eva... Yo no estoy para, ¿no tienes...?

—¿Puedo? —interrumpió.

Posó su pequeña mano sobre la puerta y empujó. Abrí y le cedí el paso. Miré por las escaleras buscando el vacío y lo encontré. El vecino cerrado, el frío jugando en calma en ese ambiente y tratando de colarse en mi casa. Cerré y el silencio volvió a apropiarse del hogar.

—Eva, no creo que sea un buen momento para celebrar tu cumpleaños, entiéndeme —sentenció sin separarme de la puerta.

—Lo es... —Aceptó mientras recogía el muñeco que me había tejido y que dormía sobre la mesa—. Tienes que olvidarla, Marc. Ella se fue.

—¿Qué dices?

—Que se fue, Marc, se fue porque... —sostuvo la palabra en el aire obligándome con los ojos.

—¿Por?

Me acerqué dubitativo y me senté a su lado, amedrentado, con un tembleque inamovible en la rodilla, dolido, y deseoso de una respuesta; una pista...

—Le vino a buscar un chico, Marc. Le besó delante de mí y le pidió que lo dejara todo por ella. Y lo hizo, ¿no lo ves?

—¡Mientes!

Fueron bofetadas afiladas; de las que abren heridas y escuecen. Fueron cuchilladas sin final. Fue ver la muerte a un milímetro de ti y no alcanzarla. Una agonía, una náusea, un mareo que me arrojaba a una lejanía remota de la realidad, una pena inundando mi corazón que no sabía cómo desalojar las lágrimas.

—Lo siento, Marc.

Durante minutos nos mantuvimos el silencio, como si él fuera nuestra tregua. Yo permanecí quieto, helado como un mimo que espera su moneda. Ella con la magdalena entre las manos, paciente, expectante. Ella sabía que el tiempo le iba a regalar su turno. Yo, incrédulo, sin saber si preguntar más. Qué preguntar. ¿Quién era? ¿Cómo era? ¿Era? Me levanté del sofá, la vista se me nubló, el salón tambaleó, sentí debilidad, temblé, pero caminé hasta la cocina. Abrí el grifo, el agua corrió con fuerza y llené un vaso. Bebí. Era muy densa. Aún había un nudo en mi garganta. El vómito amenazó, pero se abstuvo.

—Eva —llamé—, ¿seguro que no estás mintiendo?

La niña giró la cabeza, mantuvo el rostro serio y movió levemente la barbilla a derecha e izquierda.

Las preguntas me agolpaban pero no las lograba escupir con su entonación y palabras. De pronto, un minúsculo rayo de luz irrumpió dentro de mí y posó un centímetro de fe en mi corazón herido. Con la fe vino el odio, la rabia y la impotencia. Mi cerebro dibujó la estupidez. ¿Un amante? Me atropellaba la confusión. Y en esos pensamientos, Eva me interrumpió.

—¿La soplas conmigo?

La magdalena de chocolate brillaba entre sus ojos tristes, pidiendo atención, cariño. Solté el vaso de agua y caminé con un peso excesivo. Me dejé caer en el sofá. Miré a Eva, dulce, inocente, guapa, segura, adulta, limpia de toda la suciedad que invadía el planeta, y con tan solo trece años...

—¿Catorce?

—Sí.

Nos miramos y los dos, sin decirlo, pensamos un deseo, un sueño que quedaría en el olvido y que quizás, jamás cumpliríamos. O sí.

Cuando los dos enlazamos nuestro aliento, y la vela tambaleó y desapareció, emergió una fuerza que distorsionó la realidad durante segundos. La distancia entre ambos no tuvo un valor exacto. El entorno huyó, y Eva clavó su deseo sobre mis ojos. Mi cuerpo, por primera vez, se dejó llevar.

Vértigo sobre su piel

El tobogán subía y descendía a una velocidad de vértigo. Su mirada y la mía no encontraban la ansiada sujeción. Esa mínima distancia que separa al ser humano de lo seguro y el riesgo había decidido esconderse tras una densa niebla de acero. Ambos, empujados por un inédito impulso, nos deslizábamos sin freno hacia el abismo. Con los ojos dormidos, sumergidos en el sueño, sin conocer bien el destino y con la sensación de no encontrarlo nunca. Aquel huracán me retorció por sorpresa y no asumí las consecuencias hasta que la calma me mostró el destrozo.

Deslizarme por su piel no tuvo un solo milímetro de razón. Mis pies habían balanceado sin miedo en el borde del precipicio desafiando al vacío; talón sobre firme, puntilla flotando. Y sin saber cómo, el dedo invisible de la decisión se posó sobre mí y desequilibró mi cuerpo. Caí. Caímos. Ella se reclinó. Yo miré, sonreí, y desapareció el diminuto espacio que existía entre la sujeción y la caída. Tan mínimo, pero tan difícil de cruzar. Robé la candidez y nos anegamos en las llamas del infierno.

Saltar requiere valentía, la que doma el raciocinio. Los dos debimos olvidar la lucidez presos por el alzhéimer más crítico. No pensamos. Caíamos descontrolados con la adrenalina cabalgando libre, a trote de caza por nuestras embarradas venas. El corazón, aterrado, lanzaba sus flechas afiladas, acelerando hasta el extremo nuestra persecución. Golpes atropellados sobre nuestros pechos. Lejos la razón. Apegados a lo pasional.

Sin embargo, no hay placer eterno. Sentir que el cuerpo cae a una velocidad terminal desde lo más alto del cielo sin poder controlar los empujes del viento, sin la posibilidad de un apoyo que

nos dé seguridad, ofrece miedo y excitación. La lejanía del suelo parece eterna. Uno disfruta de ese vacío repleto de velocidad. Pero de pronto, de manera inesperada, el suelo abre su boca, enseña los dientes y los pequeños detalles se engrandecen. El golpe es como una explosión que rompe todos los huesos. Y tras el estallido, la calma. Nuestros ojos mirándose y los suspiros asustados bailando abrazados. Los cuerpos resbalaban, y con la realidad de nuevo a escasos centímetros de mí, sentí un intenso vértigo.

Su piel era maravillosa; como la nieve intacta. Verla caminar por el aire de mi hogar hacía olvidarlo todo. Susurré su nombre en aquel silencio repentino, el que nace tras el deseo detonado. Pese a lo evidente de lo real, de lo difícil que sería desenredar aquella madeja vital, sostenía entre mis labios el recuerdo reciente. Una mirada suya girándose hacia mí, buscando mi cuerpo bajo las sábanas, me empujó bruscamente a mi vida; alumna y profesor. Eva seguía allí. La niña era la misma que me había estrechado la mano en aquella aula. Su pequeño corazón, bajo su piel, latía asustado, excitado. Caminaba y respiraba para mí. Su presencia era inevitable por mucho que pestañeara como las agujas de un reloj. Su ausencia imposible. Y que las plantas de sus pequeños pies blancuzcos se despegaran con excesiva sensualidad de mi parqué me producía una aterradora excitación.

Fui un quinceañero inocente temblando ante su mirada. Fui el demonio que no puede evitar el mordisco a la manzana cuando la ve reluciente a un palmo de sí; tan verde, tan redonda, tan suave, tan virgen. Usurpé su piel cuando el humo de la vela aún serpenteaba entre nuestras cabezas; entre nuestros ojos; entre nuestros labios. Fue un escalofriante error quebrar el límite. ¡Qué difícil! Borrar el garabato hasta que el folio pareciera nuevo e impoluto era una tarea imposible, pero necesaria. Me removí bajo las sábanas y escuché mi corazón acelerado, cobarde y nervioso.

—¿Por qué lloras?

La pregunta salió temblorosa desde las cuerdas vocales de mi voz. Eva siguió mirándome mientras unas minúsculas lágrimas comenzaban a secársele en su mejilla rosada aún acalorada. No había tristeza, pero sí afloraba un pequeño destello de pena. Bullía aferrada a la felicidad de lo acontecido. Como si lo sucedido, para la niña, tuviera una pata coja, un desequilibrio emocional. Pegada al radiador, desnuda, de espaldas a mí, no dijo nada. Escondió de nuevo la cara. Avergonzada volvió a mostrarme de nuevo que era una niña. Yo, adulto, en la cama, sentía que la conciencia se abalanzaba sobre mí. Durante unos minutos, yo había robado su infancia.

—Lo siento —musité—. No sé qué me ha pasado. Nunca debí dejar que pasara...

—¡Calla! —su voz fue de un tono agudo inédito para mí. Los sollozos resucitaron—. Ha sido precioso, lo más precioso que me ha pasado en la vida...

Tomó aire como si fuera lo único que le pudiera evitar el ahogo y se retiró del radiador. Caminó con suavidad hasta la cama y se sentó lentamente en el borde. Logró retirarse las lágrimas con el dedo índice y contemplé sus ojos vidriosos. La felicidad y la pena seguían en plena pelea. Eva tragó saliva y susurró.

—Eres tan sensible...

—Pero yo... —tartamudeé—. Tú eres...

Decidí erguirme y sentarme sobre la cama. Con el torso desnudo sentí un pequeño azote de frío. Busqué mi ropa pero no la localicé a primera vista. Posé mi mano sobre su hombro, ella dio un respingo, luego se calmó y acarició mis dedos.

—Quizá lo necesitaba —medité—, necesitaba cariño.

—Te quiero.

Su piel blanquecina volvía a despertar en sus mejillas. Observé un libro cuyo título, «Asfixia», vivía en armonía con mi estado. Giré su barbilla y aparecieron sus ojos limpios. Su cabello negro, por primera vez ante mí, despeinado. Su cuerpo menudo ante

mí, por primera vez, exhibido. Ella se giró y me abrazó, y en ese instante me devoró la incomodidad insostenible. La piel me ardía. Su pubis, tan diminuto, sus pechos tímidos y firmes, su sonrisa inamovible y sus dedos pegados en mi espalda. Creí que aquella escena no tendría fin, sin embargo, llamaron a la puerta.

Apenas había transcurrido una hora desde que la magdalena había desaparecido de nuestro camino. Sin apenas un mordisco, con la vela extinguida, ella la había retirado y colocado junto a un periódico de hacía tres días. Ella se inclinó hacia mí sin pestañear. Estuve a punto de formular mis dudas, pero la quemazón de sus ojos me hipnotizó. Hundió su cuello hacia la izquierda como si la cabeza le pesara, y como un truco de magia, mientras me sujetaba la mirada, posó su mano sobre la mía. No tuve miedo ni sorpresa. Me abrazó la calidez. Necesitaba ese abrazo sentido, el que mis amigos me habían servido vacío. Necesitaba apretarme y compartir los latidos. Eva me arrastraba como la resaca a las profundidades de un mundo desconocido de sensaciones; indescriptibles e imparables. Lo que nunca creí es que aquel abrazo abandonaría su itinerario para volar hasta mis labios.

Ambos tuvimos idéntico sobresalto. Los dos nos miramos.

Eva se escondió bajo las sábanas como un perro temeroso que oye un disparo. Me levanté de la cama y le tendí las palmas de mis manos pidiendo calma. El timbre volvió a insistir. Mi corazón se desató. El sueño había sido decapitado por completo y la herida de lo acontecido se desangraba. Verme de pie, desnudo, me avergonzó. Encontré mi pijama mientras Eva no dejaba de exigirme con la mirada. Aterrada, pedía una respuesta. Yo mantuve el silencio. No pude localizar los calzoncillos, sí una camiseta para cubrirme el torso. Descalzo caminé torpe hasta la puerta, me recliné sobre la mirilla temblando, y cuando mi pupila atravesó la puerta y tuve la desfigurada imagen del otro lado, destrocé mis nervios hasta convertirlos en miedo, paranoia y desconfianza. No podía abrir aquella puerta. Me quedé congelado, conteniendo la respiración. En ese preciso instante, enredada en las sábanas, noté la presencia sigilosa de Eva. El sobresalto me arrancó el corazón de un zarpazo. Puse mi dedo índice en los labios, pero ni siquiera siseé. Ella alzó los hombros y suplicó una respuesta. El timbre insistió y una voz irrumpió feroz. Sabían que estábamos dentro.

Sospeché de Eva. Esa desconfianza creció en el momento en el que tuve que abrir la puerta y enfrentarme a sus caras acusadoras. Mi rostro tampoco podía esconder la culpa. Mi casa tampoco podía silenciar el cuerpo de la niña, que solo mantuvo su escondite unos segundos. Sus zapatos negros y firmes llegaron a ella sin que yo pudiera oponer resistencia. No lloré, no me resistí. Simplemente me senté sobre el sofá con la sensación de libertad en mi entrepierna por

la falta de ropa interior y con la presión anudándose en los latidos de mi pecho.

Bajar aquella manilla fue la decisión más complicada de mi vida. Bajarla era exhibir la prueba que me acusaba de lo que tal vez nunca había cometido.

—¡Estás en casa, Marc! —gritó la voz—. No alargues la situación.

Los nudillos golpearon en la puerta con furia. Di un paso atrás. Un frío recorrió mi espalda y los ojos de Eva decidieron marcharse. Mi mano se aferró al tirador de la puerta, abrí levemente y asomé mi cabeza despeinada. Ambos vestían de manera idéntica y sin esperar la invitación invadieron mi hogar.

—Buenas tardes —ironicé.

Cerré la puerta y me coloqué junto a una pequeña estantería de discos que casi alcanzaba el techo.

—¿Dónde está, Marc? ¿Dónde la escondes? —inquirió Marco, que había dejado crecer su barba.

—¿Quién?

Antonio se agachó, estiró su brazo y recogió lo que yo había ignorado hasta ese momento. A la altura de sus ojos, ofreciéndomela como un trofeo, balanceó la mochila de Eva. Las agujas relucientes asomaban a través de una pequeña apertura, y tras ellas, el gesto rudo del inspector.

—¿Quiere que sigamos jugando?

No evité la mirada. No pude detenerla y la lancé a la puerta de mi habitación. Los dos captaron mi gesto. Marco ordenó a Antonio, que volvió a depositar la mochila en el suelo, y luego me habló a mí. Me dirigí al sofá tal y como impuso. Caí derrotado mientras sentía el acoso del inspector, que me martilleaba con un desprecio constante. Sus ojos abrasaban, así que permanecí quieto, observando el desorden de las revistas que descansaban bajo la mesa del salón. Después apareció ante mis ojos la magdalena, huérfana,

apostada en un titular periodístico sobre datos del paro. Fueron segundos eternos de silencio, pero al final Eva apareció. Cabizbaja, avanzaba con las zapatillas desatadas, pero casi vestida completamente. Antonio le ayudaba a caminar con aire protector.

—¿Está bien? —preguntó.

—No habla, pero parece que sí.

Eva sintió como el inspector pasaba su brazo por encima del hombro, pero la niña se deshizo.

—No hace falta, gracias —contestó—, estoy bien.

Ambos preguntaron con calma pero con constancia. Eva solo emitía monosílabos y repetía su bienestar con una sonrisa atípica. Pidieron el teléfono de sus padres, pero la niña se negó y únicamente recogió su mochila. Me miraron con mayor desprecio, como si yo fuera el causante de aquel vacío acusador por parte de la niña. Sabían lo que había acontecido, sin embargo, no encontraron la respuesta de la pequeña. No hubo una explicación delatora. Los zapatos de Antonio, que era lo único que yo veía, desaparecieron. Cuando regresaron, Marco me habló e hizo que levantara la vista. Tenía entre sus dedos plastificados otro detalle que me convertía en culpable: un preservativo anudado sobre la mesilla.

Aquella noche no dormí en casa. Eran las nueve cuando ella se fue. Las doce horas nocturnas fueron tortuosas, repetitivas y pesadas. Eva abandonó la escena del crimen después de quince minutos de charla inútil. Marco insistió en hablar a solas, pero no lo logró. Le pidió el documento de identidad. Ella con desgana se lo cedió y el inspector anotó todos los datos. Luego la dejó marchar.

—Marc, nosotros tres vamos a tener que hacer una visita a nuestra maravillosa sala de las preguntas y respuestas —sugirió Antonio.

—¿Es necesario?

—Sí —ordenó—. Aquí hay un juego extraño y aún no sé todas las reglas. No me cuadran todas las piezas...

—¿Cómo? —interrumpí.

—¡Joder, Marc! Medio instituto te señala como principal sospechoso de dos alumnas desaparecidas, tu mujer también ha desaparecido y tú te dedicas a tirarte a una niña de trece años, tu alumna particular. ¿No te parece jodidamente extraño?

Su mirada ardía, su cara dura y severa abofeteaba. Sus palabras repicaban y no pude evitar una sonrisa por lo absurdo de la situación. Tenía razón. Había embarrado mi vida por completo y limpiarla necesitaría una buena dosis de jabón.

Me puse de pie y pedí permiso para vestirme. Aceptaron. Diez minutos después estábamos de camino. Yo sostenía la calma insostenible. El eco de aquella sala me aterraba. Quería estallar con gritos y golpear hasta extenuación. En aquel frío silencio policial, mi vida meditó la muerte como solución.

Los ecos de la batalla

Rompí su nariz. No hallé la raíz de mi ira que desató su sonrisa maliciosa. La cara rojiza, encharcada, mi mirada ebria, la suya gemela, y de pronto, mis ojos lacrimosos, impotentes y arrepentidos. Quedé de cuclillas frente a la cristalera de un bar. En el reflejo aparecía mi cuerpo; mi persona; Yo, desubicado, desorientado, desconociéndome y abrazándome al recuerdo de Eva desnuda. Sentí terror; miedo a aquel fango desconocido y sin fondo. Sin mirar la herida, sin un gesto de remordimiento, huí.

Las llaves tintineaban entre mis dedos a un ritmo acelerado. Abrí la puerta, di un portazo y aparecí dentro de mi hogar. Oía cómo suspiraba mi respiración, yendo y viniendo sin un sendero marcado; inevitable y furioso viento atormentado incontrolado que escupían mis pulmones. Dejé caer mi espalda sobre la puerta. Mi corazón rabioso, mi orden desordenado y mi yo de lana tejido sobre la mesa, frente a mis ojos, observando los restos de lo que fui. Alguien había ultrajado mi calma, mi cuidada vida, roto los cristales impolutos de mi día a día y desfigurado el camino que tenía plenamente iluminado para llegar a mi futuro.

Afuera el frío también tejía mi piel. La hilaba con aspereza. Mis lágrimas las arrancaba el viento, y aunque sus uñas se aferraban a mis mejillas, el empuje de los suspiros las despegaba. Apoyé mis manos sobre la repisa de la terraza. Los nudillos de mi mano derecha palpitaban heridos. La noche estrellada en exceso. El invierno deseando volver a nevar. Menos dos grados centígrados en un viejo termómetro que ella colgó. Lloré, me derrumbé y sentí el mordisco sin anestesia de la soledad. Necesitaba al dueño de mi títere. Y desvanecido, sin un ápice de fuerza en mi organismo, mientras las

heladas baldosas inyectaban su venenoso frío, por unos segundos, borré las caricias de Eva. Los lóbregos tejados de aquella ciudad caminaban por mis pupilas. Las tejas desgastadas y olvidadas, vacías, que solo tenían como principal testigo al cielo, me hipnotizaron. Sin escindir las lágrimas que desnutrían mi pena, en aquel silencio de suspiros meteorológicos eché de menos a Verónica.

Las ojeras chillaban felicidad. Las pupilas brillaban afónicas por el deseo bebido. Los pasos de sus Converse por el instituto no caminaban con la pesadez que desde inicio del curso le había exigido la rutina. Sus suelas saltaban sin orden. Jugaban a esquivar una ruta de caracoles inmóviles que se hubieran rebelado en el asfalto tras una densa lluvia. Su diminuto reloj digital avanzaba sin remedio hacia las nueve; sonreía también pese a las legañas numéricas. Aquella mañana, por primera vez desde que inició su adolescencia, el vacío del alumnado pueril no le aplastaba el inmortal gesto eufórico. Si bien, el murmullo escolar repetía la invasión a su alrededor sin sorpresas en lo soez de su cotidianidad. Eva lo ignoró y perpetuó su paso acelerado hasta la letra «A» de su aula.

La noche anterior había cerrado la puerta de su cuarto sin apenas intercambiar escuetas frases. Dentro desnudó su cuerpo con nerviosismo, apresurada, atropellada. Tropezó, cayó de rodillas, logró zafarse de sus zapatillas, de sus calcetines, y los pantalones quedaron enmarañados sobre el parqué encerado. Saltó sobre la cama y se quedó tumbada mirando el techo oscuro y desierto, recordando cada uno de sus besos, las caricias que le susurró. Estiró el brazo, volteó su cuerpo y palpó bajo el somier. No tardó en tocar la caja que buscaba.

La agarró con fuerza, y con la cabeza en el aire logró arrastrarla hasta detenerla frente a sus ojos. Levantó la tapa con su sonrisa inamovible y extrajo el primer muñeco que tenía a la vista. Colocó sus articulaciones, lo peinó, lo acarició y con suavidad lo posó entre sus senos. Aquel muñeco de lana era idéntico a Marc.

Eva cerró los ojos y comenzó a recorrer con los dedos ficticios de lana cada una de las sendas que Marc había abierto en su piel. Después alcanzó una de sus agujas y repitió la acción. La afilada y fría punta hormigueaba relajando a la niña casi hasta el sueño. Sin embargo, este nunca le apresó. Las horas rememorando el gran episodio de su vida había disparado la velocidad de la noche. El planeta giraba raudo, el azul se aclaraba al otro lado de la ventana y las estrellas perdían su luz. Le había sido imposible cerrar los ojos un solo segundo. Sus labios sonreían y las pupilas buscaban el recuerdo en la oscuridad de su techo. Su corazón acelerado le impedía dormir. La adrenalina bullía sin descanso por su piel y, abrazado al pequeño muñeco de Marc, el sol volvió a salir después de eternas semanas grises de lluvia.

Sus ojos ojerosos buscaban a Marc entre los pasillos, aunque cualquier aparición le hubiera inmovilizado el corazón. No detuvo su paso saltarín pese a los latigazos visuales que le provocaban los espejismos. La letra «A» le detuvo. Quedó frente a la puerta, la empujó con la punta de su pie, esta se deslizó hasta la pared y reanudó su paso con idéntica sonrisa y mismo caminar. Julia repasaba los deberes en el pupitre, pero alzó su mirada de un solo golpe al oír pasos. Eva sintió el movimiento, y aunque mantuvo la felicidad, ignoró la presencia de su amiga.

—¿Qué pasó?

La silla chirrió por el empuje y roce de las baldosas. El libro de matemáticas permanecía abierto por la mitad, en la página correcta. Tenía anotaciones y colores brillantes. Junto a él un cuaderno con un orden exquisito. Al fondo, un corro protagonizado

por las «espejito-espejito». Cuchicheaban. A escasos metros el «Da» mantenía su pose de espera impaciente junto a sus lacayos adolescentes. Las voces subían y bajaban de manera constante como la intensidad de una montaña rusa sin final. Eva les observó, fijó una sonrisa de plástico desechable y buscó su sitio.

—¿Y esos? —preguntó sin cruzar la mirada con Julia—. ¿Qué maquinan?

—Quieren hacer huelga.

—¿Por?

—¡Joder, Eva! —protestó—. ¿Por qué va a ser? Pues por lo de «Almu» y Silvia.

—Están gilipollas —prorrumpió—. La neurona que tienen en común no da más de sí.

La niña depositó sobre la mesa su mochila ignorando a Julia, que le fusilaba con la mirada reclamando respuestas. Las agujas asomaban y chispeaban gracias a la luz temprana que se colaba por el ventanal. Eva comenzó a extraer los libros.

—¿Me vas a contar?

La pregunta sonó exigente. Eva no rehusó de su sonrisa maliciosa al sentir la impaciencia de Julia. Era un gesto de felicidad amplio que llegaba a fundirse con el resplandor de sus ojos. La piel blancuzca de Eva había ganado en color. Sus dientes, por primera vez en años, volvían a no tener miedo. El silencio entre ambas se eternizaba. Únicamente lo interrumpía un zapato que golpeaba de manera incesante sobre las baldosas.

—¿Qué pasa, chicas?

La voz de Iker sobresaltó a Julia e interrumpió el martilleo de su pie. El niño de rizos movió la silla que quedaba a la zaga de las dos, descolgó su mochila y se acercó. No pudo esconder una mirada dolida hacia Eva. La niña, en cambio, permanecía distante y solo nutría el vacío de sus pupilas con recuerdos prohibidos. Julia lanzó

un codazo. Una sombra oscureció ambas mesas, y Eva giró el cuello destripando su boca y luciendo sus braquets.

—Luego —murmuró.

Enhebrar un nuevo tema de conversación fue difícil. Sonó artificial y nadie lo entabló con naturalidad. Sin embargo, fue el cajón que escondió el misterio y el silencio incómodo que los tres alimentaban.

Aquel parque les había visto crecer. De apenas tener el columpio ante sus ojos y necesitar ayuda para subirse a dejar caer sus culos para sentarse. El balance era lento, con un suspiro chirriante que no incordiaba lo suficiente. El juego infantil saltaba, reía y gritaba. Las madres hablaban, compartían experiencias, anécdotas y se intercambiaban la vigía periódica.

Julia sonreía mientras se subía la bufanda hasta la barbilla. Sus dedos estaban recubiertos por unos elegantes guantes de cuero. La velocidad de Eva en el columpio, a su lado, bailaba con suma alegría. La amiga, impaciente, como el que desea lanzar el diente a un postre impoluto, zigzagueaba su mirada a la espera de respuestas.

—¿Vas a parar?

—Hacía mucho que no veníamos aquí —jadeó la niña cogiendo altura.

Julia dudó con la idea de atrapar una de las cadenas de su columpio y frenar el descontrolado vaivén, pero se arrepintió.

—Ya... Pero no hemos venido aquí a columpiarnos, ¿verdad? —indicó enfadada—. He tenido que mentir a mis padres.

Eva inclinó sus zapatillas. Las puntas sacudieron la tierra y el efecto redujo la velocidad. Movié sus pies, posó los talones y la fricción fue deteniendo el columpio hasta su totalidad. Una mínima nube de polvo comenzó a emerger.

—¿Qué es esta vez?

—Violín —confesó avergonzada.

—¿Desde cuándo?

—Empecé la semana pasada.

Las dos mantuvieron sus miradas. Una era tierna, de condolencia, la otra parpadeaba ruborizada. En esa densa escena decidió colarse una pelota y un niño, que temeroso y dubitativo tuvo que caminar torpe entre las dos para coger su juguete.

—¿Y por qué aceptas? —preguntó.

No hubo respuesta. Julia sintió que la tristeza nacía en su estómago y le atrapaba el corazón incomodándole la respiración. Su mirada se quedó ensimismada contando las minúsculas piedritas blancas que le acorralaban los zapatos.

—¿Quieres? —preguntó tendiéndole un caramelo de menta.

Eva negó mientras volvía a avivar el zigzag.

—Algún día tendrás que liberarte —sugirió, de nuevo con una mueca perversa.

—¿Cómo tú? —contraatacó Julia.

La embestida irónica esbozó una sonrisa en ambas. Las dos se vieron invadidas por la risa, tuvieron que mirarse, y Eva, con el recuerdo tan vivo en su piel irradió una desmesurada felicidad. Necesitaba expulsarla. Nunca había contado nada de sí, pero narrar su primera vez era obligado. Le mordía por dentro y le urgía expulsarlo.

Volvió a hincar los pies en la tierra, cogió a Julia del brazo, y con sus palabras voló de nuevo hasta los brazos de Marc.

Alcohol, un remedio para heridas de la piel y el corazón. Así lo marca la historia; pasado, presente y futuro. Recurrí a él. No pude evitar desenfundar mi teléfono y llamar en busca de una compañía

amigable. La noche la había pasado en aquella pequeña sala descuidada, de paredes blancas manchadas. En sus cicatrices dormían las pistas de un sinfín de secretos; palabras y peleas.

Respirar aquel aire frío, sentir como extraña la humedad que invadía la ciudad y tener la libertad de correr me hizo sonreír. Era una felicidad mínima y ficticia; temporal. Porque sus ojos seguían clavados en mí. La nuca se estremecía por su respiración. Sus voces y amenazas golpeaban aún como ecos interminables. Y yo desconociendo por completo cómo había caído en aquel barrizal, así como la manera de salir. La claridad era una luz que había olvidado ver.

Era un clásico. La cerveza derramada, los ojos ebrios, las risas, el humo y el bullicio, y «otra más». No había sorpresas en aquella barra metálica atestada y húmeda. Quizá la única diferencia aparecía en el rostro de Alberto, serio, con los ojos abiertos como dos bandejas redondas y metálicas, con un rostro desencajado e incrédulo ante mis medidas palabras, que todavía no revelaban la verdad de todo lo acontecido.

—¿Qué vas a hacer?

Su pregunta denotaba preocupación. No podía pedirle un consejo ni una solución. Sin duda, él no la tenía.

—¿Irme? —dudé.

—¿A dónde?

—A casa... —respondí.

Fueron dos cervezas después. Nuestra conversación desvarió, caminó un tiempo hasta una lejanía sin trascendencia para volver a pasear por el afilado filo de lo trascendental. Al pisar aquellos azulejos fangosos, preso de la borrachera, expulsé mis venenos.

—Me la tiré.

—¿Cómo?

La pregunta detuvo su trago y silenció nuestro entorno. Yo no supe cómo corregir aquello, pero lo hice y él lo comprendió.

—A la niña, ¿recuerdas? No sé qué pasó, ni cómo, vino a mi casa con una magdalena, se abrazó a mí, y cuando quise darme cuenta la besaba...

—¡Joder! —exclamó y bebió. Y tras beber, la risa.

Bocados de insensatez

El timbre ametrallaba. En aquella calma fría, donde mi organismo no podía iniciar un solo gesto, disparaban las balas sonoras. Alguien apretaba el gatillo que ensordecía mi hogar; vacío. Hundía su dedo una y otra vez, sin descanso, esperando mi voz. Y sin embargo, yo solo podía lamentarme por lo ocurrido aquella noche, la anterior y los últimos meses. El viento volvió a suspirar; bailó suavemente en mi terraza y desapareció por los tejados. Tirité y mi cuerpo se encogió tenso sobre sí mismo. Hubo un silencio. El artillero, tal vez, había vaciado la recámara. Me relajé sentado sobre los azulejos. Me abatí. Pero en ese instante, el disparo telefónico del portal volvió a silbar. La pistola táctil no tenía final, y yo, pese a que no movía un solo músculo, ya había decidido ir a contestar. Rompería esa quietud. La mantuve aún varios segundos. Con la mente vacía y sin malgastar un solo segundo de mi tiempo en plantearme quién era el rostro que esperaba al otro lado.

Necesité una fuerza excesiva para erguirme. Mis heladas manos buscaron apoyo sobre las indiferentes baldosas. De pie, me mareé. El cielo era distinto. Más cercano. Más borroso y frío. Me abracé y sentí de nuevo una artificial vibración. Parpadeaba una luz al mismo tiempo que su nombre. Junto a él la palabra «llamando», que lucía de manera intermitente al ritmo de una canción sobre carne y letras redonditas. Cesó y descubrí que era la catorce llamada perdida que se registraba en mi teléfono. Apenas había transcurrido media hora desde nuestro encuentro, y sin duda, Alberto quería revancha, venganza o explicación. Yo no estaba dispuesto a darle ninguna.

Caminé. Tuve dificultad para sostener mi peso en un firme equilibrio. Di varios bandazos, me sujeté al frío metal de la puerta que separaba el interior de mi casa del exterior. Levanté el pie para acceder al salón y sentí el calor envolviéndome la piel. Al parpadear no conseguí la nitidez deseada. Aquella botella de whisky seguía allí, sobre la mesa blanca. El líquido, inerte, oculto tras la etiqueta. El vacío de aquella botella era el culpable de la ira, la vehemencia, de la complejidad de mi vida.

Volvieron a pulsar el taladro sonoro que me atormentaba desde hacía minutos. Quien estuviera en aquel portal desconocía el abandono. Al tercer pitido reanudé el camino. Torpe, como si lanzara zarpazos ciegos, avanzaba. Descontrolado, dolorido, lacrimoso. Antes de llegar a la puerta me detuve. Con la puntera de mi zapato derecho pisé el talón de mi pie izquierdo y me descalcé. Hice el mismo gesto con el otro pié. Empujé los zapatos con desgana, apartándolos del camino y anduve por el salón mirando de reojo mi cara de lana abotonada. El último pitido vibró en mi mano, y cuando el auricular me rozó la oreja y formulé la pregunta, la sorpresa de su voz revolcó mi corazón. Mi ira, como la magia, de manera inexplicable, desapareció convirtiéndose en un hermoso y fabuloso ramo de rosas. Al otro lado su voz tierna contenía suspiros de desesperación. Rogaba, y yo, como si estuviera ante la sorpresa de un vendedor al que abría sin otear por la mirilla, me bloqueé; dudé, pero cuando la razón quiso servir, el arrepentimiento era tardío e impasible.

Miré entre mis dedos y el móvil volvía a parpadear. Lo ignoré guardándomelo en el bolsillo del pantalón y corrí a esconder la botella torpemente tras la televisión. Sin tiempo para aglutinar una sola idea más que convertir en tarea, corrí al baño, abrí el grifo, me retiré las gafas y recogí agua fría con las manos para echármela bruscamente sobre la cara. Eran sopapos líquidos tratando de disimular la ebriedad. Levanté la cara y me descubrí mojado, con el

cabello goteando y la brillantez de mis ojos reflejándose como un vidrio roto. La piel granulada, borrosa y rojiza. Al mismo tiempo, concebía en mi cerebro la imagen de las escaleras y ella; ambas enfrentadas. Cada escalón era la mecha; mi puerta la dinamita. Eva deseaba detonar el explosivo. Y cuando la sequedad de la toalla rascaba mi cara, ella apostilló sus nudillos sobre mi puerta. No la hice esperar. Observé que mis pupilas aún suspiraban alcohol, pero caminé decidido.

—Hola —siseó ahogada.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a quedarme contigo...

Su minúscula figura emergía avergonzada desde lo alto del felpudo, sonrojada y sin prolongar más de tres segundos su mirada sobre la mía.

—No puedes —repliqué dubitativo y sin razón—, es tarde.

—Mi madre ya lo sabe.

—¿Qué?

Por primera vez sonrió, pero lo hizo con ironía y picardía. La sorpresa de su gesto adulto anegó mis nervios dormidos, y en ese preciso despiste ella hundió su cabeza y se coló en mi salón. Lo hizo bajo mi brazo sin apenas rozarnos. Engordé mis ojos, giré el cuello y la contemplé de pie, detrás de mí, rodeando la mesa lentamente, lamiendo el sofá con sus muslos y observando con detalle el entorno.

—¿Qué sabe tu madre? —repetí.

Cerré la puerta derrotado. Ella seguía caminando con lentitud por mi salón; inquieta. Enhebraba sus pupilas como un faro vigila la orilla del mar. Paseaba por mis libros, mis bolígrafos y lapiceros, unos apuntes abandonados que murieron sobre la mesa y algunos pequeños objetos acumulados en las estanterías.

—¿Bebes?

—No —mentí avergonzado.

—Yo diría que sí —regañó feliz, buscándome la mirada.

No pude defenderme. Eva miraba el vaso que yo había descuidado y del que aún emergía un denso aroma a whisky. Sin descanso, la niña lanzó sus pupilas hacia la puerta entreabierta de la terraza. Yo, sin haber dado un solo paso, congelado pero con un mínimo vaivén etílico, contemplaba mis absurdos calcetines de rombos descamisados de mis pies. Mientras, dudaba si realmente deseaba deshacerme de ella; el descosido podría herirme.

Eva traía una extraña paz al hogar; la medicina; la dosis perfecta. Quizá ella era la ausencia de mis preocupaciones. Alcé la mirada y topé con un vacío en el salón. Había desaparecido. Se había convertido en una sombra difusa de la noche. Observé su silueta a través del vaho que mordía el ventanal y el móvil volvió a vibrar en mi bolsillo. Lo extraje y el mismo nombre masculino relució. Me agaché para buscar la posición de Eva, y al ver su espalda, aprecié que faltaban sus destellos afilados emergiendo de la mochila; también ausente. Instintivamente me busqué sobre la mesa, pero el muñeco tampoco dormía en su posición. Ella lo habría cogido sin darme cuenta. Y atando con la mirada esa distancia; vivencia confusa y apacible, decidí detener la luz intermitente y apagar la comunicación. Tiré el teléfono sobre el sofá y regresé a la terraza con idéntica torpeza ebria.

Ella era mi bienestar en la tormenta vital que estaba diluviando sobre mi organismo. Necesitaba no pensar, olvidar y ser feliz; misión imposible con la herida sin cicatrizar y goteando desde mi corazón. Sin embargo, a su lado, con su infancia era demasiado sencillo.

—Me gustan las estrellas —dijo jugando con mi muñeco entre sus dedos—. Dan paz, libertad y ofrecen un recuerdo infantil de verano que es imposible de olvidar.

Eva sonreía sin vergüenza. Miraba al cielo sin esconder un ápice sus enormes ojos.

—¿Tan lejos queda tu infancia? —murmuré.

—Lejísimos —respondió—. Tengo catorce, ¿recuerdas?

Sus pupilas, aún cargadas de la vida del cielo, me deslumbraron con un gesto pillo y divertido.

—Son preciosas —apuntillé.

—Son las únicas que pueden ser testigo de todo lo que pasa en este mundo.

—¿Y la luna?

—No está siempre entera.

—¿Y el sol?

—Es por la noche cuando pasan los sucesos más interesantes...

Subió la cremallera de su cazadora. Yo, que no deseé continuar rebatiendo, me hipnotizaba observándola, quieto, sin que la distancia nos hiciera daño. Su mano fría se deslizó hasta la mía por sorpresa. Fue un contraste de temperaturas que no me sobresaltó. Ella mantenía la mirada apegada al despejado y frío cielo de la ciudad. Nuestros dedos se entrelazaron, ella apretó, yo respondí, y entonces supe que aquellas caricias de su pulgar recorriendo la palma de mi mano eran el preámbulo de una errónea película ya filmada. No había modo de desenchufar el proyector.

—También me encantan los tejados.

—¿Por qué? —pregunté.

—Esconden muchos misterios —explicó—, en ellos hay tantas historias...

—Dirás dentro de ellos —corregí.

—Y en ellos —añadió sonriente—. Además, poder observar el mundo a tus pies, ¿no te da superioridad? Tener el privilegio de dominar la ciudad con tu mirada sin que nadie te moleste...

—Puede...

Me sentí inquieto por el zurcido que comenzaba a cosquillar en mi piel. Hubo otro silencio denso. El viento nos tersaba la piel mientras los dos nos aferrábamos con fuerza a la unión. Ella seguía

perdida en el cielo, yo en su figura. Eva meditaba, volaba, y únicamente buscaba de vez en cuando mis ojos ofreciéndome una medida ternura. Girándose, de pronto quedó su cabeza a la altura de mi pecho. Su cazadora pegada a mi chaqueta de lana. Las puntas de nuestros zapatos besándose, los ojos quemándonos y nuestros labios deseándose y frenándose por la razón. La otra mano encontró mis dedos, pero yo, rompí el hechizo.

—¿Dónde están tus agujas?

Mi entonación la molestó. Se soltó, sus ojos comenzaron a entrecerrarse y me dio la espalda.

—No las necesito para estar contigo —respondió.

Eva decidió alejarse hasta la esquina que albergaba una pila de ladrillos de una obra que hicimos hacía dos años.

—¿Qué haces?

No respondió. Los fue colocando de dos en dos, uno sobre el otro de una manera mecánica, con la seriedad oscureciendo su rostro.

—Lo siento —dije con sentimiento vacío.

Eva continuó hasta construir un pequeño peldaño, incluida una escalera que le ayudara a subir. El apoyo quedó casi a la altura de la barandilla. Subió con habilidad, y sus zapatillas, tras una pequeña vacilación, se estabilizaron.

—¿Qué haces, Eva? —insistí con seriedad, cavilando la posibilidad de que tuviera que aferrarme al miedo.

Me miró, y sus labios comenzaron de nuevo a enaltecer. Abrió los brazos, alzó la barbilla y cerró los ojos.

—Vuelo, Marc, ¡vuelo! —gritó—. ¡Vuela conmigo!

Me acerqué despacio, divertido, dudé y mordisqueé el temor de que despertara la locura de aquella niña y la empujara a un vuelo real. Su balanceo sutil daba vértigo. Cogí un ladrillo y llegué hasta ella. La cogí de la cintura con suavidad, ella me miró feliz; enamorada. Mirándonos, volando, deseó dejarse caer y aterrizó. La

cogí, me miró desde la máxima aproximación y me ahogó el deseo. Su piel tan blanca, sus ojos tan vivos, sus labios tan deseosos. El beso que pedía no conocía la negación. Sus labios fríos se hundieron en el calor de los míos.

Nos dedicamos diez minutos más. Sentados. Ella acariciaba entre mis brazos, yo escuchando sus latidos acelerados golpeando sobre mi pecho. A los lejos una ambulancia que parecía alarmar sobre lo sucedido.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

—¿Cuál?

Entre los barrotes metió su mano. Señalaba al tejado que quedaba a escasos metros. La noche brillaba sobre el barreño que señalaba.

—La piscina —apuntó.

Sonreí, le giré para que mirara. Sin duda era una niña. Sus ojos inocentes, su rostro limpio, sus labios impolutos.

—Es un depósito de agua —aclaré.

—Pues deberíamos tener una piscina —dijo soñadora, volviendo la mirada hacia mí—. Los dos, en verano, tomando el sol, bañándonos, leyéndonos, besándonos, haciéndonos el...

Detuvo su infantil voz en el suspiro de la última consonante. En mis ojos buscaba la aprobación, pero yo solo debía de emitir miedo. No tuve palabras, solo un escalofrío. Ella escaló hasta mi boca. Nos sumergimos, y al emerger de nuevo, el frío de la noche nos despidió como dos sombras de la mano. El telón cayó cuando el calor de mis sábanas nos abrazó. El amanecer ya se encargaría de atormentar la realidad.

Desliz emocional

Del amor al odio. Ese milímetro maldito tan difícil de cruzar en lo teórico y tan fácil de mancillar en lo práctico. El vestido de amigo siempre esconde en el fondo del ropero un disfraz de enemigo. Los ojos en los que el ser humano tantas veces se apoyó para descargar sus lágrimas, a veces arden por las llamas de la ira. La cara que un día le pintó una sonrisa y paz, de pronto, lograba rascarle la mandíbula. Del borde de la cuerda tiran y tiran con fuerza descosida para apretar el nudo en su corazón. La sangre en el músculo ahogado comienza a gotear.

Tal vez era una amiga. Sus sucios zapatos sobre la tierra húmeda, lluviosa, encharcada y fría, temblaban. A su espalda, aún balanceaba uno de los cuatro columpios; vacío. La lluvia lo humedecía. Julia mantenía los labios arrugados, la mirada apática, pero nerviosa como el muñeco verde de un semáforo que desea huir de su rutina. Sus pupilas apenadas preguntaban por la desconocida mueca de Eva; vacía. Las gotas que empapaban ambos cuerpos aceleraban el paso en su caminar vertical sobre el aire. El vacío conseguía su máximo grito en el entorno y la intranquilidad gozaba de empacho. El miedo pellizcaba los nervios, y la calma, vergonzosa, buscaba escondite en el silencio.

No había palabras después de la acusación. No había explicación al hecho de que Eva balanceara sobre el columpio sin descuidar su tejido apresurado. La timidez del diálogo, poco antes de que la lluvia despertara, lo enaltecía el nombre de Iker. La batalla dialéctica la desató el profesor. Habían cruzado voces, chillidos, insultos y una ausencia de escucha total; brutal. Julia detuvo su columpio, recogió su mochila cuidada, y minutos después de que Eva

hubiera decidido tejer el punto y final a aquella conversación, decidió irse. Sin embargo, Eva escondía una puntada más. Desatada, enajenada, la huida escondía su emboscada. Julia, incrédula, mantuvo su apatía, firme, ni siquiera prestó atención a la fina aguja de la niña.

La calma de las sábanas impedía a Eva mover un solo músculo. El calor soñaba. Yo hacía un tiempo eterno que me sentía despierto. Ella, con su respiración acelerada, también. Me apresaba con sus minúsculos brazos por la cintura. Incómodo, yo escondía los brazos en mi regazo, sobre los suyos. La luz del día, tímida, permanecía respetuosa al otro lado de las ventanas. Apenas hundían sus rayos en el salón. Entreabrí los ojos y por la ranura de la puerta logré observar el reloj que colgaba de la pared. Era temprano pero tarde. Las agujas recorrerían sus habituales horas en mi desocupación plena. A ella, sin embargo, le restaba menos de una vuelta para que el timbre iniciara su activa sesión escolar.

Moví las piernas para buscar una réplica. Ella también se revolvió. Deslicé con suavidad mi posición de costado y busqué el techo. Eva me lo permitió y nos encontramos. Nuestros ojos brillaban. Los míos ofrecían el recuerdo de una resaca, los suyos la felicidad de no desear nada más; con la exactitud de la alegría justa.

—Buenos días.

Mi voz sonaba seca, torpe. Ella me miró. Pese a la grandeza de nuestras miradas, las legañas lucían sueño. Eva vaciló, pero finalmente dio el latigazo y tuvo la osadía de caer en mis labios. Fue extraño; frío, vacío, breve, aunque también recogí un cosquilleo

intenso. Instintivamente me separé y aproveché para levantar mi cuerpo semidesnudo.

—Hay que ir al colegio —sugerí sentado en la orilla de la cama.

Eché parte del nórdico a mi espalda. No giré el cuello. Mis piernas se tensaron, y con los dedos de los pies, busqué las zapatillas de casa.

—Iremos juntos, ¿no? —insinuó—. Al menos hasta el parque...

Eva había lanzado esta frase desde la posición que la había dormido. Yo tartamudeé con mi cabeza, desalojé un leve vistazo de reojo atrás y desaprobé el plan. Mi silencio repuso mis ojos sobre el salón. Ella no pestañeó un centímetro su postura de costado. Era un deseo inamovible para Eva, pero prohibido; imposible.

Desaparecí de la habitación con lentitud sin decir una sola palabra más. Caminé agotado hacia el baño para lavar mi cara. Necesitaba soledad y pensamientos precisos pegado al aroma que emerge de una taza de café; bien cargado. En el espejo, palidecía mi rostro dañado por el alcohol, invadido por una descuidada barba en la que descubrí que asomaban las primeras canas, y sobre la que brillaban mis ojos desnudos; tristes. Había caminado por el sendero equivocado, el que creía atajo y sencillo, y únicamente era un callejón sin salida. Necesitaba regresar, situarme en el cruce de origen y retomar el camino correcto.

—¿Café?

La pregunta me sobresaltó. Su rostro sonriente aparecía entre la puerta y el marco. Asentí, dibujé una aparente sonrisa y me encerré en el baño. El sonido que emitió la puerta al cerrarse, junto con el chasqueo del seguro, me ofreció total libertad. Bajo la ducha tuve la esperanza de que la lluvia artificial borrara su presencia. Sin embargo, solo encharcó mi piel. Lo que vino después fue una inesperada tormenta.

El salón olía a café. La terraza abrazaba la fría luz del sol. Ella observaba la televisión. Sonreía, no pestañeaba y pegaba las pequeñas palmas de sus manos al calor de la taza. Dos magdalenas envueltas en sobres de plástico reposaban sobre la mesa. Su figura, de perfil, despeinada, abandonó el telediario cuando oyó los pasos encharcados y desnudos. Distante, húmedo y cubierto por mi albornoz no dije nada. Observé, analicé la escena y me sumergí en preguntas inexplicables sin respuestas. Por alguna razón mis pupilas aferraron la botella de whisky escondida junto al televisor. Después, una foto de Verónica conmigo ametralló el recuerdo de unas vacaciones en Granada.

—Eva, te tienes que ir —dicté sensato mientras me dirigía de nuevo a la habitación.

Ella no contestó. Ni siquiera vigiló el desfile de mi estela. Levanté la persiana, iluminé el cuarto, y caí sobre la cama deshecha; otro recuerdo chocando en mi cabeza. Comencé a vestirme con lentitud; desgana y tristeza. Reparé que Eva seguía en el sofá. Las noticias se sucedían y ella, abrazada a la taza, sorbía el café a cortos intervalos. Entre sus dedos descubrí el dibujo de una niña francesa con un largo vestido rosa. Era su taza. Me subí los pantalones y caminé con decisión e ira hasta la puerta.

—¿No me has oído?

La duda mordaz sonó desagradable; amenazante. Eva detuvo su trago y frenó un instante su felicidad. Giró la cabeza y fijó los ojos en mí. Tuvo un instante de desconcierto, después, sonrió.

—Estás muy guapo —respondió—, y sí, te he oído, pero tendré que esperar a que te vistas del todo.

Sus palabras me desarmaron como a un espadachín principiante panza arriba que está a punto de ver firmada la zeta sobre su piel. Ella era una lidia sin estrategia cifrada. Improvisaba y corrompía mi orden.

—No, Eva —corregí tras la duda y el mutismo—. Yo no voy

contigo. Vas a ir tú sola. A mí me han suspendido.

—¿Quién? —interrumpió.

—¿Cómo que quién?

Su rostro mordió una rabieta con un complejo viaje de vuelta a la felicidad. Enfurecida, escondió sus labios, posó la taza sobre la mesa y se levantó para estar a la altura.

—¿Por qué te han suspendido?

—Lo saben, Eva —aclaré con hastío—, Creo que...

—¿Qué? —insistió.

—Ellos esperarán a que todo se aclare, pero yo... yo, Eva, yo no puedo esperar, no puedo más —exploté.

Los dos nos miramos, demasiado tensos. Por fin, de nuevo nos sentimos cercanos pese a los cuatro pasos que nos desunían. Ella dibuja con trazo grueso el dolor de su rostro. En mi corazón lo absurdo tropezaba una y otra vez en la incomodidad.

—Me quedaré contigo —señaló buscando de nuevo el sofá.

—Eva, no —rechacé sobrio. Caminé hasta a ella y conseguí levantarla de la axila con facilidad—.Vete, por favor. Esto termina aquí.

—¡No! —gritó y se zafó—. ¡No me iré!

—¡Eva! —chillé.

Los dos corazones hubieran huido si realmente hubieran tenido que mirarse cara a cara, con el aliento mezclándose. Sin embargo, nuestros ojos coléricos no lo hicieron. Ira y austeridad. A ella estuvo a punto de escapársele una lágrima. Hundió la mirada, y adulta, digiriendo con dificultad la realidad de mi enfado, mi voz agria y encrespada, accedió. Dos minutos después, entre lágrimas, la puerta golpeó su ausencia.

Eva nunca había caminado con la rabia hiriéndole tanto dentro de su piel. Hundía los dedos de los pies en las suelas de sus zapatillas y pisoteaba con fuerza tratando de romper cada una de las baldosas de la acera. El dolor le sorprendía y no sabía cómo contraatacar para vencer. Le hería por sorpresa y no había modo de zafarse. La calle era un hilo negro y denso que la abofeteaba y le impedía ver más allá del paso que daba. Chocaba con las piedras errantes y humanas, que incrédulas, esquivaban el tren inamovible que conducía aquella niña. Sus ojos no miraban, dormían en su cerebro, donde el rostro de Marc, su voz y el tono de sus palabras la retorcían como a un trapo mojado. Tensa, solo deseaba llegar a casa y abrazar su calma.

Su madre fue una estalactita de brazos cruzados. La bata arrugada y gastada cubría su cuerpo, pero nada ocultaba su rostro ojeroso. No le interrumpió el paso pero sí disparó una pregunta con el deseo de conocer el lugar. Sin tiempo para que el eco de la detonación desapareciera apretó de nuevo el gatillo para conocer la compañía. Asedio desde la cercanía absoluta, sin embargo, la niña se escudó a la perfección, esquivó y no vocalizó una palabra. Se cargó la mochila a la espalda, desanudó un hilo negro de sus agujas y las guardó. Tres minutos después, tras esquivar con habilidad los agonizantes gritos maternos e insistentes, desapareció. La madre frenó la manilla unos segundos mientras trataba de sostener las lágrimas. La minúscula mano de Eva aceptó el pulso. Las miradas coléricas, y tristes por muy distintas razones, se arañaron. Finalmente, la victoria abrió la puerta, y cuando aún el dolor se estiraba al ritmo que crecía la distancia entre ambas, volvió a cerrarse.

Eva no podía deshabitar de imágenes su cabeza. La idea le atormentaba en el vagón de metro repleto mientras el rostro

enfurecido de Marc seguía retorciéndole el corazón, cada vez más ahogado. Tejía y tejía, pero el goteo de fotografías seguía sucediéndose. No podía quitar de sus ojos a Julia canturreando a todo el mundo que se había acostado con Marc. No cabía otra posibilidad. No había otra manera de que Marc hubiera sido suspendido. Deseaba afilar su rostro frente a esa pánfila y agujerearle hasta escuchar su agónica lealtad. Necesitaba odiarla como nadie jamás la hubiera odiado, sin embargo, no era sencillo.

Ser impaciente es un error vital. Entorpece y equivoca. Eva, que había sabido saborear los alimentos antes de tragar, tenía un denso nudo en la garganta. Una bola de pelo rascaba su yugular. Las arcadas le entorpecían la respiración. Sus pasos la empujaban, pero quería detenerlos, retorcerlos y trasladarlos al salón de él para escuchar palabras más convincentes y amenas. El amor que hubo no podía morir en aquel último gesto agrio. No lograba digerirlo y le asfixiaba en el estómago.

El parque goteaba rocío. El alumnado somnoliento y ágil estremecía por los pasillos de asfalto. Eva continuaba golpeando sus zapatillas sobre el asfalto y apenas tropezaba en la distracción real. Solo buscó un pequeño instante, pero luego volvió a desaparecer porque no encontró. Sabía que la hora situaba a su figura en el aula. Aquella distancia que le separaba de su víctima le inyectaba cuidadas dosis de ira que avivaban cualquier chispa. Su desfile era centro de atención, y es que el rumor, como el aire, había volado descontrolado por todas las ranuras y contaminado por completo el colegio. No había espacio para la duda. Lo extraño era la presencia de Eva.

Su posición era rutina. Desde la puerta, bajo la gigante «A», a Eva nada le sorprendió. Su presencia torció miradas, dobló gestos y avivó susurros. Entró con brío, pero de pronto, una mano tocó su hombro.

—¿Estás bien, Eva?

El contacto la detuvo. La ira con la que caminaba quedó

desinflada. Dio media vuelta y encontró la cara consternada de Iker.

—¡Claro! —exclamó—. ¿Por qué no voy a estarlo?

La pregunta hirió como una amenaza. El chico sintió empequeñecerse y apenas masculló tres palabras entre sus dientes.

—Me alegro mucho...

El enfrentamiento lo rompió ella, que retomó su destino. Localizó el dibujo de la realidad, idéntico al que conoció por primera vez. Apenas había evolucionado. Julia y Eva permanecían pupitre con pupitre, piel con piel, desde que iniciaron la ESO. Nunca hubo cambios. Idéntica ropa, peinado, mismas pecas, el gesto infantil, con rasgos de sabiduría e inteligencia. Mismo estuche de tres plantas, igual modelo, sus anillos dorados en mano derecha y la pulsera que le regalaron en la comunión en la muñeca izquierda. Y sobre la mesa, los libros abiertos, con su luminosidad, colorido, y estudiados para evitar que el temor del desconocimiento le amordazara.

Eva observó de pie. Iker también contempló la escena, pero distante. Julia mantenía su concentración con las piernas cruzadas; su postura habitual. Leía el tema que el profesor iniciaría ese día. La niña, tras la pausa contemplativa, dio un zarpazo, descalzó su mochila de los hombros y golpeó con ella sobre la mesa. Julia pegó un brinco, levantó la cabeza, la vio y sonrió.

—¡Hola, Eva!

—Estás muerta... —amenazó con un susurro escalofriante.

Infidelidades mortales

La soledad de su cama dolía. Sobraban sábanas, correteaba el frío con libertad y yacía ausente y presente su tacto y aroma. Se revolvió. Retiró con suavidad y pereza una y otra lágrima. La almohada humedecida, la oscuridad entristecida. Una de sus mejillas dormía apegada a la comodidad de un pequeño cojín. Quería que el día no llegara, pero deseaba que amaneciera para afrontar más deseos fervientes; furtivos. Necesitaba coser todas las heridas. Las uñas descuidadas le dañaban la palma de su mano, y sus braquets le dolían de tanto apretar la mandíbula. Otra lágrima y un silencio roto por la televisión del salón. Su madre, una noche más, había sucumbido en el sofá sin atender a la actividad irreal que emergía de la pantalla.

Había llegado tarde. Caminó sin sentido, perdida, desorientada y sin ánimo de buscar un destino concreto. Solo el frío y un temblor en los dedos adormecidos la obligaron a regresar casa. Abrir la puerta, y encontrar en el descansillo el rostro de su madre bañado por un cóctel de dolor, enfado y preocupación, le inyectaron la sensación de haber errado. No sabía cómo enmendarlo. La distancia cercaba su vida. No quería navegar a esa deriva. Sin embargo, no sabía evitarlo. Solo conseguía sentirse a salvo en su abstracción irreal. Cerró la puerta, no habló, caminó y se escondió en la cama. Nadie le molestó.

El trecho entre Marc y ella crecía como un trozo de hielo que pierde el apego a su iceberg. Aquella fría imagen le dolía. Inventaba en su cabeza, pero el mar siempre era más fuerte y arrastraba y derretía aquella pieza helada, alejándola más y más, y más. Ambos

puntos, vieses de donde se vieses, apenas eran una mota difusa. El hilo tensaba la distancia que ella, por todos los medios, retenía desde el corazón, pero la fuerza adversa vencía y hería.

Eva volvió a girar sobre sí en la cama. La almohada fría en la mejilla le dio escalofríos. El dedo índice, perezoso, secó de nuevo la base de sus ojos. Sus dedos olían a tierra mojada; barro. Bajo sus uñas moría escondido el delito. Su cabeza peleaba con el desfile de imágenes. Eva deseaba otros fotogramas, opuestos a los que ella poseía. Miró con escasa nitidez a la mesa de estudio. La mochila también tenía barro. Trató de alcanzarla. La arena arañó la madera en cuanto la arrastró hasta su regazo. Abrió la cremallera y encontró el delito. Recordó y le ahogaron como una «aguadilla» cada uno de los errores cometidos. Fue pereza, hastío, un lo que tenga que venir vendrá.

Actuó con ímpetu cuando la cara incrédula de Julia bailaba con esa seguridad y soberbia que le acercaba a la posibilidad de huir; amanecer un día más y continuar caminando por su ordenada vida; sin su castigo. El balanceo del columpio le empujó a la primera incisión. Ella había roto su paz con una lengua viperina y cotilla; embustera. Además, había aprovechado el distanciamiento para esquivar la culpa, acusar y apresar a la única persona que le amaba.

No intercambiaron palabras. Julia pensaba en sus clases de inglés, Eva en colgar las manos del cuello que le acompañaba. Moría por oírla suplicar clemencia. Y pese a que gritaran agónicos los lamentos y anudaran la pena, no tendría piedad. Deseaba quitarle la vida de un zarpazo. Que la herida bañara de sangre su ira hasta convertirla en un remanso de paz.

La niña únicamente había rogado la necesidad de hablar a solas. Tras su frase lapidaria sobre el pupitre emitió una mordaz sonrisa. Julia preguntó el motivo con la amenaza aún tronando en su recuerdo. Eva solo mantuvo sus labios prietos y acunados, miró al frente y extrajo los libros de literatura.

El recreo también lo digirió en silencio. Abandonó el aula con presteza, sin tiempo para la lidia verbal. Absorbió la soledad tejiendo, y la compañía no la distrajo. Tampoco Iker y Julia, que caminaron juntos, cercanos, pero siempre expectantes y distantes. Faltó la valentía suficiente para invadir el entorno venerable de la niña.

Aquel parque sobrevivía descuidado. Mucho más alejado que el de la última ocasión. Vacío de tráfico y viandantes, y vigilado tan solo por las persianas de un edificio que se disfrazaba de abandono. Los barrenderos no habían recogido las hojas del otoño pese a que el año había devorado casi todo el mes de febrero. Las lluvias bautizaban los habituales charcos perfilados con el mimo y la paciencia de la fina lluvia invernal. Julia los esquivaba con desagrado, Eva los circundaba con alegre divertimento. El cielo cubierto ensombrecía el ambiente y el ruido de sus pasos sobre la tierra aterraba. Al fondo, entre caballos con muelles y unos columpios oxidados, una casa elevada de madera con un tejado rojo deteriorado era el final de su recorrido. La niña eligió su espacio junto al tobogán, Julia se arrinconó junto al ventanal, impaciente pero sin la inquietud que le solía provocar el rostro enojado de su amiga. Aquella tarde no temía una discusión. Tampoco una pelea.

—¿Cómo pudiste?

Eva ni siquiera descolgó su mochila. Empujó algunas gotas de agua con la punta del pie, que resbalaron suavemente por el tobogán y esperó respuesta sin prestarle atención.

—¿De qué hablas, Eva? —preguntó con indiferencia.

—De Marc —afirmó mirándola y acercándose a su gesto vacío. Aquel minúsculo espacio les mantenía a apenas dos palmos—. Le han expulsado, y ¿por qué? Dime, Julita, ¿por qué?

—Por, por, porque él... por, por sospechoso, Eva, por sospechoso... —tartamudeó.

—Porque tú eres una zorra chivata que has ido corriendo a la

directora y le has contado lo nuestro. ¡Puta envidiosa!

—¡Eso es mentira! —negó sorprendida, por primera vez intimidada.

—¡Era un secreto!

—Lo sé.

—¿Y no se lo has contado a nadie?

Julia sintió calor dentro de aquella burbuja de frío. Se retiró y sus zapatos correctos bailaron en un puente entablado con una barandilla de cadenas. Eva sonreía sabiéndose ganadora de la batalla. Había retrocedido; desarmado al contrincante. La victoria le daba un regustillo innato, aunque también avivaba su odio y curiosidad.

—¿A quién? —insistió.

—A Iker, —musitó mientras prolongaba la huida.

La sorpresa dejó a Eva congelada. Un solo movimiento habría quebrado su piel convirtiéndola en un jarrón de porcelana roto. Julia ya pisaba la arena mojada. Esquivaba los charcos y clavaba primero la punta de sus zapatos. Desde lo alto de la casa infantil, la niña veía empequeñecer el cuerpo de su amiga. El nombre de aquel chico que un día le intentó besar le taladraba la sien. La imagen de Iker, celoso, acudiendo veloz y atropellado al claustro redoblaba estridente como un tambor en la agonía de una desconocida resaca; una y otra vez, y otra vez.

—¿Dónde vas?

La voz de Eva repicó con un denso eco. Eva se lanzó por el tobogán con habilidad, de cuclillas, sin que su pantalón vaquero tocara la humedad. Al llegar abajo, saltó y recuperó la distancia perdida.

—Tengo inglés —se excusó Julia buscando una ruta alternativa para evitar el impedimento de la niña.

—Eres una zorra moja braguitas, y lo sabes, ¿verdad? —Sonrió hiriente—. Te lo he dicho mil veces...

Julia asintió con hastío y trató de avanzar, pero Eva mordió su

brazo con ambas manos, y atrapó una de sus muñecas.

—¡Suelta! —gritó.

—Me acompañas —ordenó colérica mientras pugnaba por vencer la fuerza adversa de su amiga—. Tienes que arreglar lo que has hecho, decir que es mentira, que nunca nos acostamos. ¡Marc tiene que volver al colegio! Así que necesitamos un plan...

—¿Cómo que un plan?

—¡Joder, Julia! —increpó sentándola en el columpio de un empujón—. Le amo, ¡Estoy enamorada de él! ¿No lo entiendes?

—Y tú no entiendes que es él, ¿verdad? —atacó de improviso con el balanceo sutil en sus nalgas recientemente humedecidas—. Eres una imbécil niña caprichosa. Siempre sola, a tu rollo, creyendo tener la razón y vivir por encima del mundo, y no es así, Eva. Tratamos de ayudarte, pero nunca has dejado que alguien te ayude...

El viento silbó con fuerza como si repicara la campana del cuadrilátero verbal. Las dos sostuvieron las miradas tiritonas. El fuego en las pupilas irrumpía en la sobriedad del día. Julia permanecía aferrada a la cadena metálica del columpio con la congoja de sus palabras secándole el paladar. Eva siguió un instante de pie, con los dedos dibujando un puño en las asas de su mochila. Quería esquivar la razón, perder la cabeza y hacer añicos su estampa exquisitamente ordenada. Porque allí permanecía, inmune pese a los gritos, los insultos y las agresiones. De su gesto neutro brotaban enormes dosis de superioridad que infectaba las llagas de su deseo. Suspendida sobre la cuerda, Julia mantenía el equilibrio sin riesgo, y esa habilidad no la pudo soportar.

—Te gusta Iker...

Julia escuchó la bofetada estupefacta, y sin embargo, mantuvo la impasibilidad ante el ataque. Típico en Eva. Defendía agrediendo. Ella miraba, Julia ya había decidido coser el punto final y reclinar la cabeza en busca de sus piernas; el suelo; la soledad. El silencio insinuaba respuestas, pero no las puntualizaba. La niña

descargó la mochila, se sentó en el columpio sin sortear la humedad, extrajo sus agujas y con la tregua de la lluvia comenzó a tejer, justo cuando Julia dictó una mordaz sentencia con sus palabras:

—Nos hemos besado.

La frase sí obligó a doblegar el cuello de Eva, que volvió a clavar sus muelas, entrecerrar los párpados y aspirar rabiosa y acelerada todo el aire que fuera posible. Detuvo sus agujas. Hinchó la nariz, contuvo el aire en el estómago, y cuando susurró sus últimas palabras, rompió su ira contenida hilando unos zapatos negros:

—Disfrutas haciéndome daño...

Julia se levantó minutos después de que el silencio le aburriera. Eva no había mascado el intento de una palabra más. Temblaba, sin un gesto; vacía, y tejía. La inercia facilitaba un leve balanceo. Las nubes volvían a desprender su humedad y las migas comenzaron a humedecer su piel. Julia sacó el paraguas de su mochila, pero no lo abrió. Temblaron los charcos. La amiga tampoco firmó una despedida. Cuando estuvo de pie y la distancia aún era mínima, miró atrás una última vez. Al ver su silueta, tantas veces vista, entretenida, supo que el olvido de las palabras hirientes las bebería el tiempo. Que mañana, en sus pupitres, coserían los primeros puntos de la llaga abierta.

En el columpio, Eva sostenía sus agujas en cruz; hilaba. Julia buscó la salida dando la batalla por finalizada; perdida. Reanudó sus cuidados pasos, miró el reloj y supo que llegaría a tiempo a clase de inglés. Giró para evitar un charco, y en el instante que saboreaba la soledad, cuando superaba el tobogán, le amordazó un sobresalto. La afilada flecha plateada le amenazaba. Dio media vuelta y la vio tan cerca, que no pudo evitar el susto. Lo creía otra irracional tentativa de Eva por puntualizar su superioridad. Sin embargo, cuando el brazo inflexible cogió altura, y entre las gotas amenazaba su afilada aguja, no pudo evitar sorprenderse, abrir la boca y ver cómo la cuchillada descendía a una velocidad extrema. Un segundo después, el metal

logró estrellarse en su garganta. El arma se coló entre sus dientes, salpicó su rostro y fluyó con suavidad enhebrando la lengua. Tragó, la arcada vomitó sangre y el metal asomó por la nuca. El grito agónico y desgarrador fue el inicio de una muerte solitaria, de punzadas sucesivas y lágrimas.

Eva la vio deshacerse. De rodillas entre sus piernas inertes, sucia, humedecida, mientras fluía lo que fue su vida, por primera vez, la niña despertó. Allí, ante el rostro desfigurado que tantas veces le hizo sonreír, mientras la lluvia encharcaba con ira, lloró. La abrazó un instante. Aún sentía su calor, pero no pudo bailar con su respiración. El arrepentimiento quería tocar con los nudillos en su cordura. Quiso gritar, culparse, correr a la vida y delatarse, pero no movió uno de sus músculos de aquel abrazo eterno. Lloraba ella, lloraba el cielo y continuaba zurcida a ella.

Las agujas se habían desbaratado de sus dedos y caído sobre la arena. Eva quería pero no osaba abrir los ojos. Entumecida en aquella agónica posición quería el punto final a su vida, o el «érase una vez». Anhelaba que Marc abandonara el dolor que no dejaba de morder a su corazón y que el pasado le diera una nueva oportunidad; volver a empezar. Pero allí, no dejaba de llover.

Cuando consiguió empuñar una pizca de valentía, no supo el tiempo que había transcurrido. Su voluntad la devolvió a una posición erguida, de rodillas, desorientada en la penumbra de aquel parque. Reconoció su alrededor. El tobogán, el edificio de persianas dormidas, la vegetación descuidada, los charcos perfilados, las pisadas que ellas forjaron, los columpios viejos y su mochila solitaria. Eva, congelada, vio tiritar sus piernas. Sus prendas chorreaban, sus lágrimas buscaban retorcerse en el estómago y los dedos entumecidos comenzaron a arañar la tierra. Impotencia hambrienta. Miró la arena en la palma de sus manos y la arrojó lejos. La soledad había matado cualquier testigo. De pie, sus calcetines chapoteaban en el interior de sus Converse. Caminó a trompicones hasta su

mochila, guardó la lana, regresó para recoger sus agujas y decidió utilizar la arena que dormía bajo el tejado rojo como nido funerario. Recorrer el camino a casa, empapada y sangrienta, no tuvo limpieza fácil, ni por fuera ni por dentro.

Desanudando celos

La noche dolía. La soledad, la oscuridad y la sensación de haber digerido el deseo que tuvo entre sus brazos. El olor de su piel aún cosquilleaba bajo su nariz. La cama le dolía. Encerrarse bajo aquellas sábanas, con el silencio disparando los gritos de los pensamientos. El sueño no aparecía y dormir eternizaba el sufrimiento. Y al despertar, la echaba de menos.

El pupitre vacío ofrecía una ausencia perturbadora en el aula. Un revuelo embarazoso. Comenzaron a desatarse las histerias, las sospechas, las investigaciones y una crisis apocalíptica que alimentó la desconfianza. Los pasillos miraban de reojo, con el cejo arrugado. Las pupilas lucían miedo entre el paso apresurado de los escolares. Los gestos acusaban, amenazaban. Y de nuevo, el griterío estudiantil y las risas perdían la batalla ante el silencio tan absoluto. Como el vacío del mar, como los besos que aíslan de cualquier suspiro ajeno. Aquel escenario sobrio y gris era como una densa niebla acunada sin deseo de huida. El vaivén difuso no hallaba escapatoria. Las sombras del temporal decidían, cómodas, aferrarse al día a día.

Julia apareció. El olfato canino dio con sus dedos. Los agentes, que tiraron de la correa al tercer ladrido, tuvieron la compleja labor de desenmascarar la arena y comprobar que la piel herida, inerte y consumida pertenecía al cuerpo de una de las niñas desaparecidas. Habían transcurrido tres semanas.

El día después todo fue extraño. Era el último de una semana de febrero. Eva necesitaba enjaularse en el fin de semana y olvidar. Pero entrar en clase le quemó en carne viva. Como la pólvora, los rumores serpentearon veloces y fusilaron uno a uno los oídos de los profesores y estudiantes. Apenas hubo bala sin destino; Julia no había dormido en casa.

La niña jamás se había sentado sola en clase. Jamás había soportado el peso descortés de tantas miradas suspicaces. Retirar la silla, sentarse y no poder levantar las pupilas de su mochila comenzó a asfixiarla. Extrajo los libros y un cuaderno. Luego un bolígrafo. Faltaba aire. Ni el tacto frío de las agujas la relajaba. Ni la punta afilada hundiéndole la piel. Y la ausencia de Julia, mordiéndole. El vacío era inevitable, irremediable, y le desaguaba sus fuerzas. No le hurtaba en la conciencia, pero sí la debilitaba. Porque en aquella hoguera escolar, donde ella era la bruja, su cabeza solo podía continuar sumergida en el pensamiento único. Vivía presa en el recuerdo de las caricias de Marc. Ni siquiera pellizcaba la realidad. La niña vivía amordazada a una inverosímil esperanza, y se obligaba a creer que pronto aparecería el despertador que le devolviera el sueño de su vida. Sin embargo, el hueco sobre la mesa de madera era imposible de llenar.

Fue tedioso. Largo; eterno. La clara de huevo no le permitía escapar sin evitar la viscosidad de la culpa apegada a la piel. Lo que no esperaba Eva era que aquella sospecha encendiera los focos y la cegaran. Que Iker apretara el gatillo de la valentía y disparara la voz directo a su sien.

El profesor de inglés era rudo. La barba le hinchaba; redondeaba su cara. Las mejillas enrojecidas y la grandiosidad de sus ojos emanaban bondad. Tenía un torpe castellano y un auténtico inglés con un tono excesivamente seductor. Él fue el único que cedió la palabra. Restaban diez minutos para que finalizara la clase.

George decidió sentarse sobre su mesa y esperar. Fue el único que puso en escena la evidencia del rumor. Para él casi no lo era tal, y cuando pidió una opinión o unas palabras sobre la desaparición de Julia nació el mutismo. De pronto, una chilla chirrió. El chico se levantó y balbuceó nervioso mientras señalaba con el dedo.

—Tendría que hablar Eva.

Sesenta ojos. Treinta bocas. La cueva del asombro era desmedida, pero sus dueños buscaron un único objetivo. El foco se iluminó. El entorno, que fue borrosa figuración, se ensombreció, y Eva, cegada, creyó arrugarse hasta el infinito más nimio.

—¿Por? —balbuceó.

—Porque fuiste la última persona que la vio ayer —arremetió desde su posición vertical hundiéndole la mirada en el cogote—. ¿O no?

Eva giró su posición, buscando de reojo las pupilas furiosas. Le atenazó una ola inesperada que la hundió en una inédita congoja. Y sin embargo, aquel encuentro derrotó a Iker, que de pie, decidió sentarse. Intimidado, acobardado por la tensión. Los oscuros ojos de la niña eran como pinzas que le sostenían de los párpados sobre un vacío sin final.

—No fue —mintió con firmeza.

—¿De qué hablan? —intervino el profesor acercándose a la niña.

—Quedamos ayer —aclaró volviendo la mirada al frente—, por la tarde, pero Julia no fue. Tenía inglés.

—¿Dónde quedasteis? —terció María desde la fila de atrás.

—En un parque cerca de mi casa —respondió hosca.

Los pensamientos asesinaron el murmullo. Sin embargo, pronto resucitó. Este se hizo fuerte y comenzó con un denso cosquilleo para crecer hasta convertirse en un dolor global. En apenas un minuto, el aula era un hervidero de conversaciones incomprensibles. Eva respiró con alivio. Miró la hora de su reloj y

deseo que la campana del final de la clase repicara con la ira que acostumbraba. Antes, el profesor lanzó una voz para dominar la calma. La paz regresó al segundo «chicos, por favor».

Los compañeros trataron de retrasar la salida de Eva acosándola con cuestiones, pero ella se excusó. Tenía prisa. Necesitaba silencio; soledad, pensamientos distantes de cualquier realidad estudiantil. Esquivó con una maniobra vertiginosa a las «espejito-espejito», e incluso a Da, que por primera vez trató de hablar con ella. Pero logró llegar a los pasillos. Al fondo brillaba la luz del patio y con la mochila a la espalda, pegando la mirada en los azulejos, consiguió llegar al frío de la primavera perezosa. Solo al respirar el parque una mano le detuvo el paso.

—¿Qué quieres? —atacó al ver su cara.

—¿Qué hicisteis?

La pregunta del chico de los rizos de oro sonó a reclamo obligatorio. Eva tuvo que entrecerrar los ojos y dudar.

—¿De qué hablas?

—Sé que sí fue a verte. —Tragó saliva y se acercó a los ojos de la niña sin pestañear—. ¿Estaba él?

La cara de Eva escupió cualquier mueca afable de su rostro. La sonrisa cordial se esfumó como si hubiera recogido un agrio e inesperado bofetón. Y cuando estaba a punto de elevar el ancla y partir sin respuesta, él bailó, dudó, sus pasos se echaron atrás, incómodos, y ella, en esa debilidad, atacó rabiosa.

—¿Quién es él? Di, ¿quién? El que habéis asesinado con vuestras palabras y que no puede pisar este instituto por culpa alguna inventada de nada, ¡y sin pruebas! De ese él hablas, ¿verdad? Y todo por puta envidia y celos, ¿no?

Eva amenazó con irse en dos ocasiones, pero exaltada, con el corazón golpeándole el pecho sin control alguno, retuvo sus giros deseando una réplica. Quería otro golpe verbal. No le bastaba el primer revés, necesitaba más. La sangre que mudaba su rostro hasta

el hogar del miedo era escasa, y Eva estaba sedienta. Iker se mantuvo a un paso de ella. Le temblaba todo el cuerpo. Y cuando logró tragar su saliva seca, escupió una agónica respuesta.

—¿Y Julia? ¿Y Almu y Silvia? —arremetió—. ¡Te ha engañado! ¡Solo quiere aprovecharse de ti!

—¿Fuiste tú? —interrumpió Eva con serenidad.

—¿El qué?

—Tú fuiste a la directora... —Se contuvo y la razón le avisó del jaque que propiciaba su movimiento—. ¡Da igual!

—¡Yo no fui!

—Y tampoco besaste a Julia para darme celos, ¿verdad? —arrojó.

—¿Qué?

Hubo un segundo inadvertido. De nuevo insignificante; inapreciable. Ni siquiera lo cazó el perpetuo alumnado que ya iniciaba el regreso dejando caer el reajo de sus pupilas sobre los protagonistas.

—Julia me lo dijo.

Iker sintió un latigazo. Traición, vergüenza, desnudez inmediata. Un duro retortijón en el corazón. Descubierta y encañonado. La oportunidad desaparecía como la tiza ante la lluvia. Hundió la mirada y la movió tímida, arriba y abajo, ruborizada. Aquel silencio era un cuchillo directo a la decepción. La mínima posibilidad junto a ella moría en aquella escena. Agonizaba lentamente. Y en ese desierto mental y visual en el que quedó abstraído, Eva desapareció. Iker no la vio irse.

La niña había recogido el gesto que atestiguaba aquel beso, aquella relación. La cobardía de Iker le vomitaba una patada en el corazón. Inexplicablemente para Eva le ahorcaba el pecho. Le era imposible desanudar la semilla de los celos que crecía en su interior. No podía respirar. Ni siquiera sus afiladas uñas lograban desatar el nudo que se aferraba a los cordones de su piel. Lloró y el viento

arrastró sus lágrimas hasta despegarlas, empujándolas a volar. Y las gotas, nutridas de confusión y dolor, se desarmaron en el asfalto. La lluvia decidió acompañar minutos más tarde. El caminar no le robó un ápice del dolor, Y además, el azar quiso tirar los dados y darle un nuevo revés vital.

No me había quitado de la cabeza su gesto, pero su ausencia había liberado mi niebla mental. La oscuridad del mañana comenzaba a alimentar la luz del sol. Habían transcurrido escasos días desde aquellos gritos, y aunque la lluvia seguía aferrándose a los ventanales de mi terraza, oscureciendo la ciudad, creía ver con mayor claridad. Verónica era el vacío, Eva el bastón de la necesidad, y en la soledad comenzaba a encontrar el equilibrio.

Alberto cerró la puerta tras un tendido y sentido abrazo. Volví a estar solo. Horas después mi teléfono sonó marcándose desde la comisaría. Confundido, acusado y asustado, la pared colgó el móvil y lo desarmó en cuanto terminó la conversación. Caí derrotado en el sofá y decidí que había llegado la hora de firmar el punto final. Sin tiempo para que la duda me echara atrás, comencé a descomponer mi armario, a abrir y llenar maletas. Luego vacíe mi hogar.

No iba a huir como un fugitivo. Iba a despedirme. Informar a todos. Llamé a mis padres, a amigos, también me atreví a iniciar un frío y agrio diálogo con la directora del instituto, que apenas contuvo palabras vacías y finiquitó con un «lo lamento».

Jugué media hora más con el teléfono y luego lo apagué. Después lo encendí. Preparé un té, puse la televisión, la apagué y terminé en la terraza bebiendo los tejados con la mirada y digiriendo

el sucio tejido de algodón que escondía el cielo azul. Observé las piedras que Eva colocó para volar y ver la piscina ficticia. Sonreí, y sin soltar la taza cogí el móvil del bolsillo y llamé. Su voz mascullaba ironía con una expresión sobre el tiempo transcurrido. Días, semanas tal vez. Incalculable en la neblina de mi razón.

Dos minutos bastaron para concretar la cafetería. Ella quería jugar en casa. A dos manzanas de su hogar. Una hora bastó para encontrarnos. Me duché, me vestí y sin saber el motivo decidí bañar mi piel del cuello y de las muñecas con perfume. La cita era una despedida obligada. La cafetería la llevaba una familia latinoamericana. Ella esperaba impaciente por el innegable taconeo de sus zapatos. Lucía un vestido elegante, emanaba una cuidada capa de maquillaje de domingo. Al verme hizo una pequeña mueca, pero evitó la amplia sonrisa que acostumbraba. Empujé la pesada puerta de la entrada y el aroma a café lo invadió todo. Ella no se levantó. Saludé y me acerqué sin llegar a sentarme.

—¿Has pedido?

—Un café con leche —dijo en un susurro—. Pide lo que quieras.

En ese cruce de miradas inicial sentí el filo de su dolor. Entonces comprendí que aquel adiós no sería de una sola taza. No fue difícil explicar mi marcha con pequeños detalles. Ella asentía, seria y parca en palabras. Miraba su café, mis ojos, daba vueltas a la cucharilla y de vez en cuando jugaba con las hojas de una revista. Mis ojos, también nerviosos, hacían un recorrido similar. Solo añadieron un vistazo al paseo anónimo del gentío callejero.

La tensa charla explotó cuando nuestras tazas solo recogían los posos. Tuve que haber finiquitado el encuentro, pero ambos decidimos alargar el silencio. Quizá yo también esperaba sus frases. La madre de Eva alargó su mano y decidió posarla sobre la mía. El acercamiento me sorprendió y el tacto me incomodó. Le miré, pero su mirada seguía escondida en la mesa

—Vinieron a mi casa —inició compungida—, y me lo contaron. No podía creerlo, pero la niña me... la niña también me lo contó.

No supe qué decir. Aquellas palabras herían, me ahogaban y solo escupí una disculpa que tal vez ni oyó. Entonces, ella lloró. La otra mano se posó sobre la mía y las lágrimas parecieron contagiarme. No supe cómo escapar, porque ella, cada vez apretaba con mayor fuerza mis dedos.

—Me parecías un hombre tan maravilloso —se sinceró—. Y me gustaste, Marc, mucho. Me gustaste. Incluso te imaginé como...

—No, por favor... —rogué— No digas nada, por favor...

Ella levantó la cabeza, sonrió levemente y sus manos subieron a mis mejillas, por primera vez mirándome.

—¿Sabes qué?

—Que...

—Tienes razón. Debemos olvidar. Brindar por tu nueva vida...

Dos minutos después, de manera incomprensible, ella sostenía una copa de vino. Yo una cerveza. Tintinearón. Ella sonreía, yo imitaba su gesto, pero ambos escondíamos dolor, tristeza, incomodidad; oscuras palabras, pensamientos y deseos que ninguno nos atrevíamos a expulsar. Y abstraídos de la realidad, ignoramos la vigía de la gran protagonista de aquellos sentimientos.

La metralla del recuerdo

El ser humano acumula segundos de su tiempo incomprensibles. La razón, acobardada por los atronadores latidos del corazón, se esconde y deja en evidencia lo frágiles que somos. Como un anorético hilo de cristal que brinda aterrado ante una ruda copa y se desarma. El organismo queda en evidencia y acaba deshaciéndose en pedacitos sangrientos; herido y ultrajado. Después, recomponer el puzle llega a ser una misión de extrema dificultad y necesitada abstracción. Y en ocasiones, el ser humano desiste.

El nítido espejo retrovisor de la vida es el único que sugiere el arrepentimiento. Proyecta las imágenes objetivas de nuestro pasado, descalzándonos del organismo y nos evidencia el ridículo. Es el que a menudo rechazamos ruborizados, asegurando a esa persona como ajena a nosotros. Nos odiamos, miramos a otro lado, nos negamos como protagonistas. Y el antagonista, que fue testigo, es pícaro, sonrío y sella en esa mirada nuestra desnudez evidente; eterna sobre el cemento aún fresco.

Aquella cafetería fue el preámbulo de la ira «matricida». Fecundó como un terremoto furtivo y cruel. Nunca imaginé que los ojos ebrios que allí me miraban, apenas un día después, colgarían inertes como falsos atrezos en vilo a las órdenes de unos dedos adolescentes. Nunca imaginé que los ojos por los que estábamos allí sentados, uno frente al otro, ardieran al otro lado de la cristalera.

Mientras la copa de vino que sostenía la madre escondía un deseo y asesinaba poco a poco, como un veneno eficaz e imperceptible, cualquier inquietud maternal por su hija, yo únicamente observaba ansioso. La segunda copa bailaba ausente de

vergüenzas y sin el temblor de la timidez. Su posición más cercana y cómoda. Mi cerveza siempre había desfilado aparentemente segura hasta mis labios. Yo me sentía preciso, calculador y silencioso. Ella era la conversadora, la que agitaba sin rumbo establecido la batuta de la conversación.

Yo no quería aún exponer sobre la mesa el único motivo de mi cita con ella. El camarero se acercó por tercera vez y renovó la bebida. Mi razón palpitaba impaciente como un pequeño explosivo a escasos segundos de dinamitar su cuenta atrás. Más, después de que ella hubiera servido con sinceridad el osado saber de los hechos, y el olvido de los mismos tras un brindis. Sin embargo, aquella aparente paz no me empujaba a hacer público mi deseo de verla. Solo reaccioné cuando ella movió su ficha. La sorpresa me desequilibró, y torpe, sin tiempo para la reacción, caí en la red. Atrapado como un insecto invertido, indefenso, dejé que me devorara. Y lo hizo con una sola frase. Antes sujetó mi mano, como la curtida fiera que caza a su presa. Y yo, sorprendido, no pude zafarme del presidio hasta que sonaron las notas confusas de la despedida.

Bebimos palabras frívolas sin trascendencia hasta que la madre inclinó la cabeza y los ojos hacia la barra del camarero. Nos íbamos, pero yo no podía desplazar mi posición sin su consentimiento. Ella sonreía, risueña, fija en su banqueta. Y consumidos inadvertido pero fugaces segundos, dócilmente, alzó mi mano, y dejándola en libertad vigilada, nos levantamos.

De pie, junto a la cristalera que protegía un gran colorido de tartas artesanales, llegó el segundo asalto. Sostenía la cartera entre mis manos y el camarero esperaba al otro lado de la barra. Su paso fue indeciso, pero suficientemente amplio para evitar que el aire corriera cómodo entre los dos. De pronto, me abrazó. Los dedos se aferraron a mi espalda y su cabeza cayó derrotada en mi hombro. El corazón le latía pausado, como nubes que el viento lanza hacia el

mañana. Y durante esos segundos, no hubo cliente que no colgara su mirada sobre el nexa espontáneo.

—Lo siento, de verdad —acerté a decir en un susurro.

Ella, con la misma lentitud con la que se había pegado a mí, recobró su posición más vertical. El rímel recorría sus mejillas como una herida abierta. La sangre lóbrega había dejado huella en mi americana. Su mirada aún empapada, sus labios prietos, y yo, confuso.

—No tienes la culpa, tú no la tienes —dijo en un susurro.

Pagué con un billete de veinte sin mirar al dueño del bar, que lo recogió ágil.

—Sí, soy el adulto —reprendí—. Debí...

—Ella es muy persuasiva —interrumpió— Siempre lo fue...

Sostuve el gesto turbio. Mis ojos delgados, como un hilo, con sus bolsas repletas de dudas bajo ellos. Pedían una aclaración. Si bien, sus palabras permanecían atrapadas y ni siquiera vocalizaban en el silencio de su paladar.

—¡Vámonos! —ordenó cogiendo mi brazo.

Acopié las monedas y un billete de cinco del plato, me despedí y con el brazo de ella anudado a mi codo, enlazados, tomamos la calle fría. La tarde perdía color y el frío recuperaba el espacio que le había robado el sol de invierno.

Enseguida extraje las llaves. Tintinearón entre mis dedos. Intencionada señal de un adiós deseoso. Traté de escapar, de desembolsar la despedida en cuanto llegáramos a la altura del coche, pero ella, que medía mi distancia y nos provocaba tropiezos al caminar, me cogió de nuevo las manos. Había firmeza anillando mis dedos. Me miró mezclando la pena, su sonrisa y un gesto familiar.

—Me apena que debas irte.

Nuestras miradas inmediatas confundían la nitidez. Nos oíamos respirar. Mezclábamos el humo de nuestro calor prendiendo

el gélido aire. La burbuja compartía la temperatura de nuestros cuerpos. Y en esa escena eléctrica yo desaté mi deseo.

—Me gustaría despedirme de Eva. El lunes podría ser nuestra última clase...

—Deber irte, Marc —respondió de inmediato—. No es buena idea. Tiene que olvidarte.

—Isabel, no quiero marcharme sin decirle adiós. Me equivoqué, lo admito, pero necesito despedirme, se lo debo... — rogué.

La madre apretó mis manos con más fuerza, doblando mis dedos y haciéndome daño. Las lágrimas hincharon sus ojos. El frío ayudó a despegarlas de sus pupilas, y un suspiro las derramó por la piel. Extrajo un pañuelo de seda, se secó y cogió una larga bocanada de aire, como si le fuera necesario para expulsar todas aquellas palabras del recuerdo.

—Su padre no está muerto.

La frase sacudió mi letanía. Me enderezó el cuerpo, arrugado por el frío. El sobresalto me distanció de ella. Mirándonos, nos quedamos como si un tren de cercanías cruzará ensordecedor entre ambos.

—¿Qué?

—Su padre también tuvo que marcharse... Fue hace tres años... Ahora, hoy, vive en Argentina.

—¿Y lo sabe Eva? ¿Por qué, por qué me contó...? ¿Por qué aquella historia?

—No lo sabe, Marc.

—No lo entiendo...

—Es por su bien, por su bien, solo por su bien, su bien, solo...

—repetía entre lágrimas para sí.

Ella posó su dedo en mi boca cuando gesticularon mis labios. A su dedo frío se le unió un segundo, ambos ametrallados, palpitantes, nerviosos y heridos.

La verdad es un hachazo inesperado que te corta la piel por la espalda. La decepción un clavo ardiendo, que al cogerla se pega a la piel dibujando una eterna cicatriz. Mi corazón, inocente, de pronto anochece estrangulado y exhibido a los espectadores; ultrajado. La virginidad del engaño me fusilaba la conciencia y las imágenes comenzaban a correr como un riachuelo que salta veloz con el deshielo. Y yo, que había resbalado, no podía frenar el descenso hacia el abismo de aquella revelación.

Ella me besó en la mejilla. Me acarició el brazo y me alzó la barbilla. Sonreía. Veía su sonrisa pero no supe qué decía. Sus labios bailaron a un lado y a otro, pero tampoco capté las palabras. Vocalizó, más, e incluso emitió su voz, pero no entendí el mensaje. Después, desapareció.

La frase en mi cabeza no encontraba escapatoria. Nada desanudaba el desasosiego de mi estómago. Golpeaba en un lado y otro; cada letra peleaba sola en el eco de mi conciencia buscando el orden que un día atesoró mi vida. Pero las piezas de mis explicaciones no querían encajar en el rompecabezas de mi historia pese a la evidencia. Buscaba otro desenlace porque las respuestas me aterraban. Esquivaba la luz. Buscaba, pero la respuesta acuchillaba las cicatrices de mi corazón.

Un claxon tronó y aporreó mi concentración. Aceleré y un peatón brotó ante mí. Pisé el freno, mi espalda quedó arrancada del asiento y volé hasta el volante mientras mis brazos bloqueaban la inercia. El coche se hundió y mis latidos clamaron como metralla histérica. Mi corazón, desarmado, se revolvía desorientado. Volaba a

un lado y a otro como una bola metálica de «pinball» enloquecida. El rostro del viandante espantado quedó congelado unos instantes, después reanudó su camino. Recuperé la pausa de mi respiración y reanudé la marcha enjaulado en un difícil sosiego.

Mi casa vestía un hermoso traje diseñado por la soledad. Encendí la radio. Cantaba sin la atención necesaria. Necesitaba descolgarme del precipicio al que me empujaban los pensamientos, y sin embargo, la última canción que sonó aquella noche, justo antes de rendirme a la cama, no ayudó.

Bajo las sábanas el espacio quiso ahogarme. Tuve que levantarme porque pensar impedía mis sueños. Caminé en pijama hasta la cocina, abrí una cerveza, bebí y dejé caer mi cuerpo en el sofá frente a la terraza, a oscuras. El frío del cristal humedecía mis dedos. Mi sombra escondía las muecas tristes. Los recuerdos venían e iban como el incesante viento que agita una bandera, y el sueño me apresó de improviso empujándome a la debilidad y a impregnar de humedad etílica mi pantalón.

Convertir mi casa en una montaña de cajas, desvalijarla y ampliar el espacio tampoco desollaba mi runrún mental. Mi hogar era una hilera precisa de cajas a excepción de los muebles y mi muñeco de lana. Buscaba en ese orden el equilibrio que atesoraba hacía escasos siete meses. Sin embargo, la metralla del recuerdo aún me hería. Los disparos a quemarropa no cicatrizaban con facilidad sobre mi piel. Y la frase afilada del día anterior seguía hundida en mi piel. Pasó a vivir conmigo como si fuera mía antes de mencionarse. Como si el recuerdo lo hubiera creado yo. Y para eliminar dudas necesitaba verla; hablar a su lado; darle un último abrazo. Acicalar mi conciencia. Cerciorarme de que aquella confesión solo era una ácida cucharada resentida con aire a despedida.

El tono intermitente latía interminable. Luchaba con mis deseos enfrentados; el miedo de la voz al otro lado y que nadie

contestara. Pero al final, a ella le sorprendió mi voz. Apenas habían transcurrido dos días.

—¿Aún sigues en Madrid?

—Sí, sigo —respondí—. Aún estaré una semana. No voy a huir...

—Creí que el viernes era nuestra despedida —atajó sobria.

—Iré esta tarde —contraataqué—. Quiero...

—Marc, por favor —interrumpió—. Te dije que no es lo apropiado. No tienes la culpa, ya te lo dije. Olvídalo, olvídala, por favor...

Su voz susurrada suplicaba. Creí que la comunicación iba a cortarse en cualquier instante, sin embargo, aún tuve tiempo para la réplica.

—Quiero ir, Isabel —insistí con firmeza—. Lo necesito.

El silencio fue una respiración que iba y venía. Y en medio, un beso. La televisión debía fanfarronear en la lejanía de su hogar. En el mío, una canción de amor en francés.

—Le avisaré —aprobo.

—¿A las seis? —traté de concretar—. Será nuestra última clase...

Farfulló una avara afirmación. No hubo despedida cordial. Segó la comunicación con sus tijeras más hostiles. El tono entrecortado puso un silencio y el vacío. Apenas eran las doce del mediodía. Volvía a llover en la ciudad. Calculé las horas hasta la cita. Demasiadas. Alcanzar aquella hora supondría una ardua peregrinación sin quehaceres pendientes. La espera me desesperó.

Jaque mate. ¿Cómo ocurrió? Ocurrió. Movié ficha con la maestría y sutileza que definió el día que la conocí. Asesiné la partida. No había resurrección ni olvido. Además, aquella tarde clavó su órdago. Levantó las cartas, mostró su jugada y aterrorizó cada naipe. Desnudó sus secretos, quizá presa de la desesperación. Expuso sin medida su ira y mancilló de sangre las reglas que hasta ahora solo parecían inexistentes e inocentes. Ver sus ojos colgados de aquellas agujas; ver sus ojos adolescentes vivos, sin vida, sujetando los muertos bajo una ceguera emocional, terminó de derruir mi equilibrio. La imagen del cuerpo inerte pegado a sus zapatillas negras, pausadas y congeladas, bombardeó de terror mi cuerdo sentido emocional.

Antes, su madre abrió con frialdad. Sonrió cordial. Sus ojos limpios, deshinchados y naturales. Una bata larga. El pelo despeinado y el rostro descuidado. Pidió disculpas por lo que quedaba a la vista y me invitó a pasar. Me cogió del brazo pero esquivó mi beso en la mejilla. No habló en exceso. Únicamente miró al pasillo y tomó rumbo a la cocina. Aquella mirada despiadada acaba de darme el pasaporte. Era el momento de cruzar la frontera. Al otro lado, esperaba Eva, aquella niña que un día fue mi primera alumna particular.

La imagen, tras golpear la puerta, y que esta cediera, me descolocó. Mis pasos avanzaron incómodos en aquella rutina inesperada. Eva aparecía sentada en su silla. La lámpara del escritorio iluminaba los libros abiertos sobre la mesa. Junto a ellos los rotuladores fosforitos y varios bolígrafos. Su mochila, sin las agujas, descansaba sobre la cama.

La madera crujió en mi tercer paso. Ella giró la cabeza, miró y sonrió.

—Llegas tarde —regañó feliz—. Me deberás diez minutos de clase.

La normalidad me contrarió. Ella torció mi silla y me invitó a

tomar asiento. Si bien, tardé en avanzar hacia ella. Aquella ausencia de realidad desbarataba mis planes. Disparataba la realidad.

Al final, tras un quieto duelo contemplativo, me contagió su sonrisa y reanudé la aproximación. Desplegué una mueca aceptando el juego y caí a su lado mientras el calor de aquella escena comenzaba a silbar y a dictar que el café vital de mi corazón ya estaba listo para tomar. Cogí su mano, tembloroso, y serví mi despedida.

—Me voy, Eva —dije con un arrugado hilo de voz aterrado—. Me marcho a Barcelona.

La relajación de su gesto mudó a la rigidez a la velocidad de un disparo repentino. Mi revelación inyectaba en su piel una sobredosis de tristeza. Mis palabras la habían apuñalado, y aún mirándonos, mi puño continuaba aferrando el cuchillo dentro de su piel.

—¡No puedes! —gritó—. ¡No puedes! ¿Qué pasa conmigo? ¿Y mis clases?

Eva levantó su menudo cuerpo y la histeria lo azotó hasta la otra punta del cuarto; inquieta escondía la cara con las manos. En la luz del atardecer creí ver la tormenta en sus ojos, y aunque todavía no llovía, no tardaron en saltar sobre sus mejillas; nerviosas. Su respiración acelerada taladraba mi corazón cobarde. Yo también me erguí. Avancé hacia a ella, intranquilo, y en esa bifurcación visual en el que cada uno buscaba sus porqués nació un abrazo que fue difícil de rescindir.

Fui yo. Mi cabeza, en aquel silencio individualmente respirado, repetía la misma pregunta con sus infinitos disfraces. Pero

la cobardía no permitía una tregua, y la ausencia de la valentía vivía en mis palabras sonoras, que cuando cogían su orden huían de nuevo hacia el estómago avivando las náuseas. La voz empujaba, pero ellas hundían sus uñas en la garganta aferrándose al mutismo.

Apretar el gatillo cuando la víctima duerme, entre sollozos, pegada a tu piel, te puede empujar a una depravación sin posibilidad de abandono. Sus minúsculas manos eran las de una niña que aferraba los dedos a su columpio favorito. Creía volar pegada a las cadenas mientras los padres le cogían de la cintura. Su cara humedecía mi pecho y cada segundo parecía aumentar su fuerza. Y solo cuando ella buscó mis labios, yo cerré los ojos y disparé.

—Yo no seré como tu padre —suspiré—. Yo volveré...

La unidad comenzó a fragmentarse. La afilada hoja de mis palabras fue un bisturí sobre nuestra piel. Fue una cuidada incisión entre los dos que nos distanció con suavidad, lentitud. Me miró con firmeza recobrando la nitidez. La confusión brillaba en sus ojos. La desorientación asomó cuando miró hacia el pasillo. Y después, nació de nuevo aquella mirada inalterable y sensata, adulta y hosca que tanto pánico a sorbitos me había hecho beber. En ocasiones, hasta la borrachera absoluta. Eva no dijo nada. Únicamente esperó a que sus ojos descorcharan mi voz con más respuestas a aquella frase.

Aterrado me acerqué a los libros, a la luz del escritorio. Me mordía el arrepentimiento. Noté que su mirada me perseguía. La bombilla ardía sobre el cuaderno con pequeñas anotaciones a bolígrafo. Eva dio pasos hacia mí, y yo, acobardado, opté por la estrategia defensiva. Cada paso me hundía más aún. Necesitaba el fondo de aquel fango, pisar sobre firme, pero me ahogaba. Y los escasos metros de aquel cuarto, después de una breve caza, firmaron el jaque mate.

Ella me capturó en la esquina que quedaba junto a su cama. En sus ojos ya no había lágrimas, solo odio, rencor; interrogantes. Y yo, indefenso, accedí a la verdad. A la confesión. Reviví la cafetería, la

que ella sin duda, conocía. Accedí a revelar un secreto que tal vez mis palabras nunca debieron fotografiar. Ella digería mi locución conservando su más absoluto silencio. Inalterable en su gesto ofensivo. Solo cuando el recuerdo de su padre resucitó de mi voz absorbió la derrota. Dio un paso atrás. Arrugó los labios, mostró incompreensión y un vacío eterno en su mirada. Desapareció. Cuando regresó, encumbraba las agujas con los ojos sangrientos de su madre.

Puntadas finales

Zurcir el final. Coser mi adiós. Remendar forzosamente cada uno de los flecos, ausentes meses atrás en mi disciplinada vida. Reiniciar una nueva ruta vital con el olvido en la mochila. Aquella habitación, que tal vez fue el comienzo, hilvanaba en mi roto una inesperada despedida. El último abrazo que imaginé anochecía huido. Fantasía y realidad volvían a vivir en la distancia.

Mis dudas tentaron la labia y mis frases desataron la ira. Eva no asimiló el mal trago y retorció durante la náusea la línea recta que yo anhelaba recorrer. La niña concedía sus últimas puntadas. Yo solo deseaba olvidar las ausencias, los errores y renacer con el recuerdo borroso como única cicatriz. Ella solo me quería a mí. Y para conseguirme, olvidaría los límites.

Aún en mi estrangulado corazón tintineaban las agujas, que libres de sus minúsculos dedos se derrumbaron inertes. Hundidas en el charco de sangre que había brotado de la muerte, con los ojos vacíos y acuchillados, explotó la escena cuando las palmas de Eva golpearon el parqué y la infinita lluvia rojiza nos embadurnó las miradas de sangre.

Minutos después de aquella huida, el cuadrangular espejo dibujaba mi rostro famélico; consumido; hundido, destejido por las afiladas cuchillas líquidas y sangrientas que comenzaban a secarse en mi piel. La lluvia de su ira había salpicado mi cara; la suya; el entorno. Allí, en el coche, con los dedos enroscados al volante, con mis pies lejos de los pedales, y sin poder eliminar un milímetro de las imágenes vividas, sostuve una quietud cadavérica durante horas. La decisión tartamudeaba en mis pensamientos. Y mientras la razón alentaba un desenlace de luces coloristas y uniformes de pistola y esposas, el corazón me abofeteaba y suplicaba inmersión en los impulsos de la sangre que quemaba mi piel. Buscar el motivo y confirmar.

Tantos pensamientos ensordecían aquel silencio. La noche oscureció mi figura. La luz solar había desaparecido. Su único brillo lo mostraba la luna, que anoréxica brillaba borrosa en mis ojos, e intermitente con las fugaces nubes. En tanto, el espejo minúsculo, entre sombras, mostraba mi piel envejecida. Aparecí tras una mirada fugaz. La imagen de cristal tropezó con mi ente real. La pupila reflejada se encontró conmigo mismo. No evité la sorpresa. Me sujeté en esa fotografía, alcé la barbilla y encuadré mi rostro. Únicamente mis ojos con sus gafas y parte de mi nariz estuvieron en escena. Fui moviendo la cara para observar con detalle cada una de las trazas que perfilaban mi gesto. Demasiados meses sin examinar el espejo del alma. Había cambios significativos en los rasgos. Como si un costal repleto de años hubiera caído sobre mí, hiriéndome hasta la agonía más infame; como un bombardeo que asola una ciudad. Era yo, sí, pero la metralla aullaba de dolor en cada una de las esquinas de mis calles y rubricaba una cicatriz vital difícil de reconstruir.

Hallé indicios de canas en mi barba, sequedad en mi piel, arrugas con las que nunca había tropezado. Y en aquellos ojos refugiados tras los cristales salpicados, palpitaba una tristeza y un dolor imborrables. Sospeché que solo una imperecedera dosis de

tiempo y kilómetros me ayudaría olvidar que tuve el orden en mis manos y ella lo desbarató. Y ella era aquella niña que apenas sonreía, que miraba con timidez y aseguraba ser una incomprendida en su vida y entorno. Eva fue la que un día se enamoró de su profesor particular. Lo sabía, pero no lo asumí como un hecho real. Lo que tardé en descubrir fue que por amor abandonó su realidad, se abstrajo del mundo y acuchilló cada una de las vidas que decidieron interponerse en su camino.

Las horas, inquietas e inamovibles, iban y desaparecían como los coches que aullaban cada vez que el semáforo les liberaba. Mis dedos persistían entumecidos, clavados, doloridos y mojados. La tensión que mi organismo soportaba sostenía la hipnosis. La duda era mi prisión. Incapaz de hallar una salida, continuaba estático, pero como una vela que se consumía, cada vez más descompuesto y hundido sobre el asiento de mi coche.

Tenía que volver. No podía huir. Deseaba escapar. Y saber. Y en ese tiempo de indecisión, aterrado y con el temblor hirviendo mi sangre, me disparaba la imagen del espejo, envejeciéndome y mostrándome desconocido.

Despegar mis dedos del rugoso volante debía ser el primer paso de mi decisión, pero aún tintineaba como una acción imposible. Pesaban en exceso. Como un pegamento industrial, que despegado aún te sostiene con su hilo adherente. Esa unión me albergaba en todo el cuerpo. En los pies, en las piernas, en las nalgas. El cinturón de seguridad, ausente, también parecía formar parte de la celda invisible. La llave colgaba bajo el volante, recta, expectante. Aquella

quietud, que ahogada por los recuerdos, suspiraba un bostezo eterno, horas después no había modo de abandono. Aquella escena inerte parecía indestructible. Sin embargo, un inesperado golpe duplicado en el cristal lo logró.

El vaho tupido solo me permitía ver la sombra. Mi corazón, que era el único motor que torpedeaba en aquel sigilo, desordenó el ritmo de sus latidos tras el envite tenaz de los nudillos. Giré la llave, puse el contacto, las luces de colores indicaron normalidad en el vehículo, bajé la ventanilla y el frío comenzó a colarse sin permiso solicitado. Poco a poco apareció su flequillo engominado, sus cejas descuidadas, sus ojos negros, su nariz y aquellos labios secos. Encorvado asomó su rostro hasta pegarlo a escasos centímetros de mí.

—¿Va a salir?

La pregunta era fácil, pero dudé la respuesta. Aún seguían mis dedos pegados al volante. Giré el cuello y observé el cambio en su gesto al azotarle mi cara herida. Su rostro, fino de piel, abrigado, frío y contrariado, dibujó el miedo de lo inesperado. Detrás, esperaba su coche.

—Disculpe, ¿va a salir? —insistió inseguro.

No vocalicé ni siquiera un suspiro. Él había retrocedido un paso y enderezado su cuerpo asustado. Bailé la cabeza de derecha a izquierda y subí la ventanilla para aferrarme de nuevo al amparo de mi coche. No supe cuándo desapareció.

Aquel sopetón real me devolvió la mirada hacia el teléfono móvil. Allí dormía la solución. La tendencia policial me estremecía. Acercarme de nuevo al crimen aterraba aún más. Pero fue en esa duda donde surgió el impulso. Evité los tres dígitos y con mi dedo pulgar hundí nueve números. Al tercer tono, Eva, compungida y lacrimosa, contestó.

Abandoné el coche. Antes me giré hacia atrás, recogí unas toallitas y limpié las manchas de mi cara. Luego desenvainé las gafas

y con un poco de saliva froté los cristales. La sangre, sólida, se había secado y me fue imposible eliminar la huella del reguero escarlata.

Jamás tanto miedo. Virgen en el descontrol, de pronto, lo era todo en mi vida. Mi futuro inmediato era una nube negra cegando cada uno de mis pasos, impidiéndome ver más allá de la punta de mis zapatos. Lo desconocido me aterraba, y el acto en el que se sumergía mi vida lo era. Mis pisadas agarrotadas, titubeantes; inseguras. El portal parecía crecer con mi cercanía. Pulsé el timbre y este respondió sin una voz, solo con gruñido metálico que abrió la puerta. El ascensor que tantos lunes me había visto subir con la extrañeza de las clases como estimulación, iniciaba de pronto una cuenta atrás. Esquivé la compañía vecinal y decidí subir una a una las escaleras. Lo hice con precipitación. Necesitaba arrancar el antifaz y palpar la piel de los acontecimientos pasados, presentes y futuros. Deseaba hablar con Eva. Sentarme a su lado, acariciarla, calmarla, darle un abrazo, lavar su cara con un paño húmedo, besar su mejilla, domar la ira, desarmarla y escuchar de su voz el porqué. Digerir la realidad de la muerte. Desglosar cada motivo y saber si aquellas agujas del número 3 eran la primera vez que tropezaban con la vida. No podía aceptar que aquella niña con aire dulce, inocente, de mejillas blancuzcas y aparato dental, firmara con el afilado metal las desapariciones.

Me estremecieron las lanas. Por las escaleras, quietas, corrían como un riachuelo de arco iris. Al fondo, aún borrosa, la puerta aparecía levemente entreabierta. Mis zapatos se detuvieron cuando pisaron la punta de aquellos ovillos deshilachados, que como carreteras me llevaban a su destino. Me recliné y cogí los flecos. Había siete tiras de colores: rojo, negro, azul, verde, amarillo, marrón y blanco. Bajo ellas una nota:

«¿Recuerdas hace siete meses?».

La imagen del aula me arrolló. Sus agujas chispeantes asomando en su mochila, su minúscula mano escondiéndose entre la

mía, nuestras primeras palabras y aquella mirada tímida, pero inamovible. Doblé el folio y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón con torpeza intranquila. Observé las lanas escondidas en mi mano, en la misma que ella hirió. Tiré con suavidad. No pude. Estaban fijas. Me contrarió y las solté como si me quemaran, dejándolas caer. Reanudé la marcha sin poder quitar los ojos de aquella senda colorista. Empujé la puerta sin tocar el timbre. Dentro llamé a Eva. Mi voz sonó vacía, temerosa, incómoda. Eché la puerta hacia el marco, pero no cerré. No obtuve respuesta, y tras un leve titubeo continué el camino que marcaban las siete interminables y ordenadas hileras de lana. Rompí la oscuridad del pasillo, que sobrevivía con la delgada luz del portal y el ocaso natural de la calle. Giré y descubrí lo que sabía. El final del trayecto era su habitación. Ella también había oscurecido la segunda parte del pasillo. También la encendí. Aún había indicios sangrientos del delito, lo que me volvió a grabar en carne viva la realidad. Avancé un paso más, inseguro, y entre pequeños charcos de sangre mi zapato izquierdo pisó una de las agujas. La descubrí entre mis dos pies, a escasos tres pasos de su habitación; poco antes de colarme en aquel ritual de ovillos deshilachados. Dormía en el suelo. Su imagen deshumanizada me tranquilizó. Reposaba desnuda sin los inertes ojos que la niña había mostrado como trofeo de su homicidio. No obstante, sí acopiaba los restos de sangre; húmeda y seca. Su exquisita arma estaba anudada a las lanas, que tras esa pequeña revuelta continuaban su camino hacia la habitación. Busqué, pero no hallé su pareja.

Con decisión empujé la puerta de su habitación. La luz del pasillo contrariaba con la oscuridad del cuarto. Solo la luz artificial de la lámpara de estudio ofrecía claridad a aquella tenebrosa imagen. La famélica bombilla permitía trazar su sombra con facilidad. El cuerpo de la madre reposaba sobre la cama; muerto; escalofriante escena en la que no entretuve mi mirada. Únicamente seguí la estela

de las lanas, que morían zurcidas en el cuerpo desnudo de Eva, vivo, agónico y derrotado. En cuclillas, con un muñeco de lana pegado a su corazón, lloraba mientras la lluvia de sus heridas bañaba su piel.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté aterrado.

Eva tardó segundos en responder. Levantó la cabeza y me miró. Había llorado mucho. El rojizo de sus ojos escocía los míos.

—Tenemos que avisar a los...

De pronto, su cuerpo se puso de pie de un salto y enmudeció cada una de mis inminentes palabras. Mi voz feneció en el aire de mi paladar. Ella secó mi garganta. La imagen dantesca estranguló mi respiración y descorchó del pecho mi corazón.

Las lanas que había pisado cubrían sus pechos ensangrentados. Pero no eran las únicas heridas que dolían en aquel resplandor. Las lanas hilvanaban su piel. La niña se había cosido los muslos, los pechos, la tripa, la cadera, el pubis... Había perforado todo su cuerpo. Los siete rieles coloristas se sumergían y emergían como si ella fuera un mero patrón. Y sobre su pecho una guinda a su obra de arte: mi nombre. Y en esas puntadas sangrientas escondía dos mensajes más. Los leí, los releí y me mareé con el goteo incesante que resbalaba por su blancuzca desnudez. Apoyé la mano en la pared y respiré hondo evitando que las náuseas me vencieran. Busqué la aguja responsable, pero solo pude continuar respirando. Escondí la mirada y balbuceé un susurro torpe y temeroso.

—Necesitas ayuda...

—Te quiero —respondió ella—. Te necesito.

Aquellas frases enajenadas, enamoradas, invadieron mis oídos con confusa dulzura. Junto a ellas, aparecía la imagen del trazo sangriento de lana. Alcé la mirada dubitativo. Eva me mostraba su muñeco. Era yo. Lo sostenía temblorosa mirándome con la ola de sus lágrimas volviendo a emerger; rompiendo al alcanzar su máximo cielo. Olas tristes que querían volar pero que descendían derrotadas y mansas deslizándose por la orilla de sus mejillas.

—Estás herida... —Di dos pasos hacia ella—. Tenemos que llamar...

—¡Marc! ¡No! ¿No me escuchas? —gritó desatada—. ¡Te quiero! ¡Te necesito!

Saltó sobre sí, enrabiada. Las huellas de sus pies, rojizas y vacías, se multiplicaron sobre el parqué. Las heridas que las agujas abrieron sangraban con mayor libertad. Chilló. Agonizó. Las frases que había repetido perdían su forma cuidada y original sobre la piel. El color azul recogía la primera sobre su ombligo, el color rojo dibujaba la segunda en su vientre. Mi nombre en verde junto a su pecho.

—Eva, yo también te quiero —mentí.

Volvió a saltar sobre sí, desatada. No había oído mis palabras. Gritó de nuevo de dolor, histérica; lacrimosa. Y cuando creí que yo volvería a sentirme empapado en su descontrol, reaccioné. Salí corriendo cuando noté que su piel se rompía por las finas lanas que cubrían gran parte de su desnudez. Me lancé a ella y el abrazo surgió recíproco; como un encuentro. No sé qué impulso fue, pero estaba allí. De repente, el lúgubre entorno desaparecía. Su corazón acelerado pegado a mí. Heridos por fuera y por dentro, cada uno con su motivo. Su vida fluía sobre la mía. Ella sintió mi calor, se acomodó en mi cuerpo, soltó mi muñeco de trapo, que rodó hasta un eclipse de sangre y suspiró sobre mí, en paz, enamorada, y dejó que su vida, exhausta, cayera derrotada en el sosiego de su deseo.

Sobre mis brazos, desnuda, pesaba mucho.

—Eva, ¿estás bien? —pregunté al ver sus ojos dormidos.

No respondió. Se aferró más aún a mi cintura clavándome sus diminutos dedos. Ella convertía mi entorno en el suyo. Y en ese trance hipnótico, emergieron de algún recóndito dolor las palabras inconscientes que trataron de justificar sus hechos. Fueron frases sin entonación, ciegas, monótonas, que desembarcaron como susurros confesos.

—No puedes irte. Hice mucho por ti —comenzó—. Todo, Marc, todo. Te quité todo para que estuvieras a mi lado. Eliminé las putas para enamorarte. ¡Arriesgué! Citas en la casa de papá, tu ausencia y una difícil excursión hasta la que pudo ser nuestra piscina, ¿recuerdas? El parque... Y cuando al fin estuvimos solos, nos enamoramos. Nos quisimos. ¿Por qué irte? Si fuimos felices. Si nos atamos, Marc. Lo sentí de ti, tú lo sentiste de mí. ¿Por qué huir? ¡No puedes dejarme sola tú también!

Aquella última frase revolvió el recuerdo que reveló la cafetería. Abrí los ojos para asegurarme de que el cadáver continuaba allí. Eva volvía a llorar. Bajo nosotros, la sangre seguía irrumpiendo; incómoda; ardiendo. Su piel blancuzca también se escondía tras las heridas. Y en ese instante, cuando las últimas palabras hacían eco en mi cerebro, una imagen derrotó el quimérico sueño; rompió el abrazo. Solté a Eva y cayó de rodillas hasta derrumbarse por completo; inerte, dormida, débil. No se lamentó. Yo parpadeé y afiné la vista sobre el escritorio. Me centré junto a los libros, a escasos centímetros del cadáver de su madre. Allí, lucían los ojos. Eran sus ojos. No tenía un resquicio de duda. Jamás los confundiría, Ni siquiera inertes. Allí, secos sin su viva mirada enamorándome, todavía era ella. Sin su cuerpo, sin los gestos, aquellas pupilas heridas continuaban siendo suyas. Allí, sus ojos muertos, alineados, disecados, cosidos junto a otros ocho; unidos por una lana rojiza, todos heridos; fenecidos. Un trabajo manual exquisito.

Eva seguía reclinada en mis zapatos. Ignoró mi descubrimiento. La esquivé, salté su cuerpo y me acerqué. Estaban junto a uno de los últimos deberes que yo le había visto escribir. Sus ojos parecían intactos. Solo faltaba ella. Apenas una incisión en la córnea. Mirándonos, los recuerdos me ahogaron, las lágrimas me asfixiaron, el dolor erizó mi pecho hasta desmigarlo. Me hundí, me arrodillé, me aferré al dolor de mi pelo, del que tiré colérico. Apreté la mandíbula, sollocé, hipé, me invadió la impotencia y en la

búsqueda del porqué Eva encendió sus ojos famélicos y vivos; sonreía desde el parqué herido. Volví mi cuello hacia Verónica. Nos encontramos; vida y muerte. Imaginar a Eva clavándole sus dos agujas asesinó mi calma, mi miedo y encendió una cólera descontrolada. Dos segundos después, su aguja se hundió en mi corazón.

El pinchazo ahogaba. Cortaba, dolía, ensangrentaba. El estupor de su ataque solidificó mi gesto herido. Su ternura confundía. Asesinaba y amaba. Acuchillaba y besaba. Pegada a mí, susurraba «te quiero» sin tregua. Lloraba, abrazaba, me quería mientras su mano firme sostenía la puntada metálica sobre mi pecho. La otra acariciaba mi cuello, serenando mi acelerada y nerviosa respiración. Pegado a ella, fundido, derrotado. Su sangre comenzaba a confundirse con la mía, y su vida y la mía, débiles, se disipaban en aquella soledad. Y en la inconsciencia, cuando el sueño nos ensalzaba al adiós, los ecos histéricos corrían por el pasillo.

FIN

Biografía

Daniel Diez Crespo
(1978)

Daniel Diez Crespo es aprendiz, periodista, escritor, fotógrafo y una vez más, aprendiz. Licenciado en Periodismo por la Universidad del País Vasco, y graduado en Publicidad y Marketing, ha pasado sus últimos cinco años en Inglaterra. Hoy reside en Guadalix de la Sierra, Madrid, donde trabaja como editor de novela, escribe en privado, y da peso a su nevera con ocho horas diarias en un laboratorio farmacéutico.

Autor de la novela «Aún, me despierto», ganadora del I Premio de Novela Yoescribo.com, y tiene publicados más de sesenta relatos en el blog literario El País de la Gominola, un espacio con más de 4.000 seguidores en Facebook.

Su biblioteca se completa con la novela «La paja en el ojo ajeno», la historia ilustrada «El Hijo de Puta Cabrón», y los libros de relatos, «Suspiros» y «The Restroom», todos a la venta en Amazon y lulu.com.

Primera edición: septiembre 2018

©Daniel Diez Crespo, 2018

©WaveBooksEditorial, 2018

Ilustración y diseño de cubierta: ©Karol Scandiu

©Todos los derechos de edición reservados

ISBN:9781723750649

Depósito Legal: GU 200-2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta y las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Obra registrada y con todos los derechos reservados.